

Ojos negros

EDUARDO SGUIGLIA

Nuevos Tiempos **Siruela**



EDUARDO
SGUIGLIA

Ojos negros



Ediciones Siruela

Eduardo Sguiglia

Ojos negros

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Ojos negros
Cita
Créditos

Ojos negros

Hasta hoy los hombres, quietos, atónitos, están a la espera de Suku-Nzambi, padre de los lundas. ¿Aprenderán algún día a vivir? ¿O eso que van haciendo: producir comida para otros, matarse por deseos infinitos, siempre a la espera de la palabra salvadora de Suku-Nzambi, será realmente la vida?

Pepetela

El reloj da las once al tiempo que Modesto Vargas entra a su oficina. Enciende la luz, avanza hacia el escritorio y deja el maletín a un costado, en el piso. Desde allí contempla la sala de guardia. Es una noche de sábado. Ve a sus policías interrogar a unos cuantos jóvenes que acabarán rotos mucho antes de acumular un solo signo de riqueza. Al principio se entretenía observando la fauna que circulaba por la sala. No tiene gracia ahora. Camina hacia la puerta, la cierra con llave y vuelve a su escritorio.

El suboficial Vargas es más bien bajo y delgado, pero sus movimientos revelan cierto aire de confianza que resulta agresivo. Se quita la chamarra, afloja el nudo de la corbata y se estira en la silla. Mira la bolsa de plástico con los objetos que recogió en la pesquisa. Desde hace un rato tiene la inconfundible sensación de que La Milagrosa trabaja de su lado. Mete la mano en la bolsa para sacar una billetera y un grabador digital. El resto son nimiedades. Las trajo de puro curioso. El único lugar que no registró en la habitación del hotel fue la cama. ¿Pero qué secretos puede ocultar una cama vacía? Sueños. Promesas. Ilusiones, tal vez. Hace la señal de la cruz. Luego prende el grabador. Se inclina hacia delante. Escucha unos minutos de confidencias antes de pausarlo. La brisa que entra por la ventana trae el rumor de la calle. Oye el ruido de un camión y luego la sirena de una ambulancia que pasa rápido a lo largo de la calle y se desvanece a lo lejos.

Vargas se levanta, va hacia la ventana, la cierra de un golpe y se vuelve a sentar. Por un instante reflexiona en el sueño que tuvo la noche anterior. Lo había dejado contento. Pero ahora no puede soñar ni distraerse. Consulta el reloj. Faltan siete horas y media para entregar la guardia. ¿Mucho tiempo? En absoluto. Aquel caso quiere resolverlo él solito. Nada de compartirlo con otros. Todo para mí, se dice mientras juega con un rotulador. Un momento después estira una mano, arrima el maletín a la silla y cruza los pies sobre el escritorio. Retrasa la grabación a un principio. Allá voy, murmura antes de dar rienda suelta a sus oídos.

«...Poco antes del mediodía nos atascamos en un camino sinuoso. Didí aceleró el jeep a fondo dos o tres veces pero luego no insistió más. Se quedó quieto, con las manos aferradas al volante. Pierre lo miró de reojo, estiró los brazos y se retorció en el asiento por enésima vez desde el amanecer. Después

permaneció inmóvil, como si no le importara, como si el destino hubiera mandado parar allí, a pocas horas de mi salida, a poca distancia de mi salvación.

Eché un vistazo a un lado y a otro. No se veía nada ni a nadie. Ni siquiera los pájaros de color azul y cola alargada que me habían llamado la atención a lo largo del trayecto. Aquella mañana, en realidad, no habíamos topado con una sola persona. Tampoco dimos con un camino que estuviera en buen estado ni habíamos visto un solo cartel indicador. Luego observé a Didí y a Pierre. Los dos miraban al frente, hacia el horizonte, con los ojos entreabiertos. El sudor, a pesar del aire acondicionado, les resbalaba por la nuca. Supuse que estaban abombados por el viaje o sumergidos en la particular modorra africana. Aunque tenían un semblante enfermizo. Dejé correr un minuto. Después me incliné hacia delante para pedirles, en buenos términos, que hicieran algo. Esos fulanos no eran mis compinches. No. Tampoco trabajaban para mí. Pero el día anterior había convenido en pagarles una buena recompensa a cambio de que me llevaran sano y salvo hasta la frontera con el Congo.

No reaccionaron. Entonces les ordené casi a gritos que se movieran y trataran de solucionar el problema. Les dije que debíamos seguir andando, que no podían quedarse de brazos cruzados. Usé el francés, el portugués y finalmente, desesperado, el español. No hubo caso. Se mantuvieron callados, pasivos, en una especie de hibernación. Dudé en salir del jeep. Pero un momento más tarde, mientras los dos seguían tiosos y mudos, bajé y le di una vuelta completa. Revisé las ruedas y los ejes. Había mucha arena debajo, aunque no parecía un problema insoluble. Se podía cavar delante de las ruedas y extender unas ramas para evitar que se hundieran de nuevo. Decidí encarar a Pierre. Comencé a golpear su ventanilla. En aquel momento Pierre codeó a Didí. Después levantó la ametralladora que estaba en el suelo y me apuntó.

Me costó tomar en serio su amenaza. Tal vez por las circunstancias, por lo que había vivido en las últimas horas o por la clase de mundo que rodeaba aquel páramo. Llegué a especular, incluso, que se trataba de una broma, de un chiste de mal gusto impulsado por los prejuicios raciales de esos patanes. En verdad, durante el viaje, les había escuchado unas curiosas discusiones sobre el tema. Alcé las manos despacio y sin apartar mis ojos de los suyos retrocedí un paso. Pero un momento más tarde, cuando Pierre bajó del jeep, hundió el cañón de la ametralladora en mi panza y me obligó a tirarme boca abajo, comprendí que estaba perdido en una ciénaga. Primero me pateó. Luego preguntó por las piedras. Las costillas me dolieron tanto que temí desvanecerme.

–Dos posibilidades –dijo–: las piedras o la muerte.

–¿Qué piedras, hermano? –le pregunté.

–¿Hermano?, *Ajukula o mutue, Mbiri j'e-nu!*

Entendí algo como: ¡Abre tu cabeza, cara de huevo!

–Amigo, no sé de qué me hablas.

–¿Amigo?, escuchaste, Didí, escuchaste lo que dice este blanquito de mierda, este viejo arruinado, éste no tiene remedio, quiere morir aquí y ahora –dijo, apoyó el cañón de la Uzi en mi nuca y agregó–: contaré hasta diez, las piedras o la muerte, elige.

De inmediato comenzó un conteo regresivo en voz alta: diez, nueve, ocho...

Cuando se tienen los pies en el abismo no existen las reglas. Tampoco conviene inventarlas. Sabía de prisioneros que antes de ser fusilados, en un tiempo cruel y remoto, invocaron el nombre de algún familiar. De otros que insultaron a sus verdugos. También conozco la anécdota del millonario que en el lecho de muerte mencionó el nombre del juguete que había alegrado su infancia. Cada uno con su cruz. Es cierto. En mi caso, aquella mañana de junio del 2002, con cuarenta y nueve auestas, bajo un resplandor que derretía hasta los huesos, sucio, transpirado, con la cara hundida en la arena, lejos del barrio, de mi historia, de mi docena de libros favoritos, del aire y del cielo que me había visto nacer, ante la proximidad del fin, de un desenlace tan ridículo, tan despojado del heroísmo y de la grandeza que había imaginado en mi juventud, en lugar de pensar en mis errores, en alguna maldad cometida, una de tantas, o, sobre todo, en las piedras con forma de ojos de pescado que tenía bien escondidas, recuerdo patente, como si no hubieran pasado estas semanas, que reparé en los gritos de Pierre, que abrí la mente como lo había pedido, y asentí. ¿Quién era yo y quién era él? ¿Un hermano, semejante simio? Ay, madre. ¿Un amigo? ¿Mi amigo, ese criminal? Ay, Vasquito querido, muchachos, perdonen, perdónenme esos reflejos cobardes, herejes, insolentes, pensé y levanté la cabeza para gritárselo en la cara. Para saltarle encima dispuesto, si conseguía una luz de ventaja, a llevármelo conmigo al infierno...

Pierre era una mole y, si dentro del jeep iba apretado, fuera, de pie y sacando pecho, se veía como un elefante joven sin domesticar. Sin embargo, al tiempo que levanté la vista inclinó el cuerpo hacia atrás, cerró los ojos y, ante mi sorpresa, se tambaleó por unos segundos antes de caer de espaldas al suelo. De inmediato miré hacia el jeep. Ahora Didí caminaba a los tumbos hacia los matorrales, vacilando y agazapándose sobre la arena. Enseguida, todavía cuerpo a tierra, oí el motor de un camión y luego el ronroneo de un helicóptero que sobrevolaba bajo la zona. Me quedé helado. Lo primero que supuse fue que se trataba de militares angoleños que iban o venían de la guerra. La paz entre el gobierno y la oposición estaba a punto de firmarse; sin embargo, aún se podían ver en las aldeas o en los caminos, a cualquier hora, grupos de soldados, patrullas o divisiones enteras trasladándose de aquí para allá. Nunca eran agradables esos encuentros y si, además, no se tenían excusas para estar cerca de

la frontera, con un buen jeep lleno de nafta y en compañía de un par de tipos armados, como estaba yo, el panorama podía complicarse. Me pregunté si debía permanecer en esa posición o si sería mejor hacer algo muy pronto. Era probable que me tomaran por un traficante amateur.

Entonces me levanté rápido, fui hacia el jeep y saqué mi portafolio. Me paré en un lugar visible con los brazos en alto. La situación no podía ser peor de lo que era. Acababa de salvar la vida y las piedras por un pelo, pero si los que estaban acercándose no aceptaban mis argumentos o no se conformaban con el dinero que llevaba encima corría el riesgo de perder una o las dos otra vez. Vacilé unos instantes. Luego volví al jeep. Subí al asiento trasero, abrí el portafolio y, tan pronto como pude, saqué todo lo valioso que podía ofrecerles. Dejé al alcance de la mano el reloj y los dólares. Estaba listo para salir cuando divisé a través del parabrisas la cabina del camión. Me di cuenta de que no traía la bandera ni los símbolos de la victoria rojinegra. El ejército regular siempre lucía esos colores. Sospeché entonces que debían ser tropa del comandante Muteba que venía por lo suyo. Este rufián manejaba, entre otros negocios, el tráfico de diamantes con el Congo. En ese momento sentí que mis perspectivas empeoraban, aunque con los hombres de Muteba, si mi sospecha era cierta, no convenía mostrarse como un corderito. Jugado por jugado, bajé y corrí hacia el lugar donde estaba Pierre. El helicóptero ya daba vueltas encima de nosotros. Pierre permanecía en el suelo, de cara al sol, con las piernas abiertas. Apeataba. Su respiración era irregular. Arranqué la ametralladora de sus manos y, sin perder tiempo, volví a la carrera para tomar posición a un lado del jeep. Por el apuro resbalé y mi frente dio contra algo. El golpe fue terrible, sentí que unas gotas de sangre me corrían por la cara pero me quedé firme, de costado, apuntando.

Del camión bajaron una docena de tipos con máscaras y trajes especiales. Se desplazaron lentamente, mirando hacia todos lados. Parecían astronautas. Las aspas del helicóptero levantaron nubes de polvo y arena a su alrededor. Por un instante tuve la sensación de estar en medio del alunizaje del 69. Uno de los tipos usó un megáfono. Habló con naturalidad. Dijo ser médico. Luego me pidió que dejara el arma y me entregara, explicándome que estaba en grave peligro por una epidemia que se había desatado en la zona. Recuerdo que permanecí de pie, quieto, pensativo, abandonado a mi suerte, con el cuerpo pegado al jeep y la ametralladora en mis manos durante un breve momento. El médico, apenas solté el arma, hizo una señal al grupo. Cuatro de su equipo me rodearon, prestaron mínima atención a mis comentarios y me hicieron algunas preguntas. Uno de ellos dijo que un virus fatal se extendía rápidamente por toda la provincia y que el contagio se producía hasta por los contactos más leves entre los seres humanos. ¿La enfermedad del sueño?, le pregunté. No. Es otro

virus, mucho peor que el Ébola: el Marburgo. El ruido de los motores tapaba su voz. Le pedí que lo repitiera. Marburgo, como la ciudad alemana, respondió.

El médico del megáfono ordenó que me llevaran a Mbanza Congo y a los negros a un hospital de campaña. Me condujeron de apuro al helicóptero. Ocupé una banqueta lateral. El piloto, durante la maniobra de ascenso, me dijo que habían evacuado a casi todos los pobladores sanos de los alrededores. Sus manos eran ligeras. Hizo girar al aparato sobre sí mismo, lo mantuvo estático y luego lo impulsó hacia delante. Me asomé por la ventanilla. Miré todo lo que estaba a mi alcance. Pude ver el camión, los cuerpos de Pierre y Didí y el resto de los médicos vigilándolos. También el camino vacío y la tierra seca y rojiza bordeada de matorrales. Un poco más allá, bajo un cielo azul, divisé la meseta desolada y profunda, con algunas manchas de arbustos y maleza donde había agua y, más lejos aún, vi las laderas de un valle donde unos cuantos antílopes se recortaban diminutos. Las sombras de las nubes se deslizaban pacíficamente a través de los valles. El helicóptero avanzó rápido. Poco después ganó más altura y giró hacia el oeste. Recién más tarde me puse a pensar en todas las cosas que habían ocurrido y en las que todavía podían salir mal. Pero lo que voy a contar no concluyó esa mañana. No concluyó ni estaba empezando. Aunque esas imágenes me persiguen. Son las primeras que vienen a mi mente. Quizá porque en aquel lugar perdido mi instinto falló. O porque una terrible sensación de soledad se apoderó de mí. No lo sé. No me interesa saberlo. Nada de eso es importante ahora. Porque, sea como fuere, desde entonces ya no estoy tan seguro de que un hombre solo y porfiado pueda salvar su pellejo y resistir aunque todo el mundo juegue en su contra...

El primer paso de esta historia lo di en Córdoba, lejos de aquí, a principios de ese año. El segundo en Kinshasa, la capital del Congo, cuando decidí continuar adelante. Los otros simplemente sucedieron. Se fueron ajustando, de alguna manera, a los principios de acción y reacción. En Córdoba acepté la propuesta que me hizo una paciente del Vasquito. Él me la había anticipado por teléfono. La mujer, Liliana, tenía problemas financieros, quería vender la propiedad que había heredado de sus padres y necesitaba que alguien consiguiera el consentimiento por escrito de su hermano, con quien estaba distanciada por un asunto familiar. Pero Tony, como le decían a su hermano, no estaba en ningún lugar de la Argentina. Tampoco en un país fronterizo. Había emigrado al Congo varios años atrás. Claro que la propuesta, tanto cuando la escuché en boca del Vasquito como de la propia interesada, me sonó extraña, casi insólita diría, y les aseguro que en otro momento me hubiera dado risa o la hubiera desechado al instante. Así es. Aunque supongo que ustedes saben tan bien como yo que el humor, las percepciones y hasta los deseos más débiles

dependen de si uno está situado muy por encima del terreno, adonde los fracasos no pueden alcanzarlo, o en el fondo mismo de un pozo.

Lo cierto es que, después de la llamada del Vasquito, no demoré más que unas horas para hacer los cálculos, buscar el pasaporte, preparar el bolso y subirme en el primer ómnibus que salía de Buenos Aires hacia Córdoba. Los cálculos que hice fueron simples. Lo que ofrecía pagar Liliana –la mitad en adelanto, el resto contra la firma de su hermano– me permitía embolsar en una quincena, o en un mes a lo sumo, lo que se pagaba por seis meses de trabajo normal. Y mi trabajo de entonces, un curro en realidad, era cualquier cosa menos normal. Al Vasquito, a pesar de la amistad que nos unía, le había contado sólo parte de mis problemas. Le conté que la librería del barrio de Palermo, en Buenos Aires, donde había trabajado como encargado durante catorce primaveras, se acababa de fundir. También que con Alicia, mi mujer o la que fue mi mujer, ya nos habíamos comido mi indemnización y la que recibió ella cuando la echaron del estudio de arquitectura. Con el Vasquito no hacía falta más. Habíamos pasado buenas y malas juntos, desde cuando le di clases en el último año de la secundaria. El Vasquito, en aquel tiempo, ya era famoso entre los estudiantes de su edad. Era rebelde, espontáneo, por rachas pesimista, a veces haragán pero sobre todo mujeriego. Luego, cuando se sintió llamado a encarnar las ideas de su familia, no cambió demasiado. Aunque en la militancia política nunca dejó de cumplir una orden, ni nada pareció capaz de desanimarlo ni de infundirle miedo. Al menos jamás mencionó esas cosas.

A su paciente, en cambio, le hice muchas preguntas. Aquel lunes de enero, en el consultorio del Vasquito, Liliana me describió los problemas legales para vender la propiedad, sus temores para fraguar la firma del hermano, la imposibilidad de acudir a otros parientes y sus expectativas en el encargo que me ofrecía por recomendación de mi amigo. Del doctor, dijo. Liliana tenía un físico respetable, la voz ronca, llevaba el pelo largo, tan blanco como el mío, echado hacia atrás y atado en el extremo. Su voz sonó como la de alguien provisto de cordura aunque, si lo recuerdo bien, sentí que no decía toda la verdad. Antes de entregarme el dinero y los papeles, me mostró unas tarjetas postales y una fotografía. Las tarjetas eran saludos navideños. Tenían por remitente una dirección de Kinshasa y la última estaba fechada en diciembre. La foto, en cambio, no aportaba gran información. Tony, su hermano, tenía como mínimo diez años menos. Posaba frente a un monumento en algún lugar de las sierras y llevaba puesta una camiseta de rugbier. La postura era relajada. No lo pude imaginar dentro de una cancha. Tampoco pude advertir algo más, salvo que su mirada traslucía impaciencia. El mensaje de sus ojos era: pronto me iré de aquí. Ahora puedo afirmar, usando una vieja metáfora, que los indicios del crimen estaban ocultos.

En un momento reparé en Liliana. Tenía las manos cruzadas sobre la falda y la vista clavada en el suelo. Se veía angustiada. ¿Pasa algo?, le pregunté. Ella suspiró, alzó la mirada de nuevo y esta vez la sostuvo. El pasaje, los gastos y lo que le pago a usted vienen a ser como una inversión, dijo acentuando la última palabra como si estuviese debatiendo consigo misma. Sí, exactamente eso, repuse. ¿Qué otra cosa podía decir? Horas más tarde comencé con los preparativos del viaje. También a inyectarme una increíble cantidad de vacunas. Permanecí tres días en Córdoba. La última noche lo invité a cenar al Vasquito. Fuimos a un restaurante de la cañada, que había sobrevivido desde mis tiempos de estudiante. De cuando cursé el profesorado de Lenguas. Nos movimos a pie. Conocía bien la ciudad donde había nacido y vivido por treinta años. Esa noche nos dimos un banquete. El Vasquito mantuvo el aire nostálgico que le conocía de memoria; si bien lo noté más flaco y más viejo. Hablamos un rato del viaje que tenía por delante. No mucho. Quizás estaba un poco avergonzado por habérmelo ofrecido o temía que le preguntase por su relación con Liliana. Aunque en el pasado habíamos compartido experiencias difíciles donde no necesitábamos hablar para entendernos. Luego charlamos de fútbol, de la salud de su padre, que estaba internado en un geriátrico, y también de la crisis que hundía al país. El resto del tiempo nos prendimos a una discusión inútil, prehistórica: ¿quién tenía razón? ¿El francés Mirabeau, al sostener dos siglos atrás que las revoluciones son como Saturno, que devoran a sus hijos, o nuestro Jauretche, cuando afirmaba, invirtiendo la frase de aquél, que las revoluciones en realidad se tragan a sus padres?

Cuarenta y ocho horas después, tras un largo periplo, aterricé en Kinshasa. El antiguo dominio de los belgas era un embrollo perfecto. Media docena de avenidas residenciales, custodiadas por guardias de seguridad, kilómetros de construcciones pequeñas, endebles y pobres, y una multitud de chicos – muchos más de los que se veían en Buenos Aires o en Córdoba– que deambulaban en los márgenes o se trepaban como piratas en los furgones que removían el polvo de los barrios periféricos. El tránsito de Kinshasa andaba a paso de tortuga. Llegué al mediodía, tomé un taxi en el aeropuerto y tres horas más tarde conseguí entrar a la habitación del hotel que había reservado. Era un hotel de cinco pisos, rodeado de bares y clubes nocturnos. Por la ventana de la habitación se veía el río Congo en su lento despliegue hacia el mar. Durante el vuelo había pensado en aquel río y en su historia. Vinieron a mi mente la novela de Conrad pero también los relatos de Norman Mailer sobre la pelea en la que Cassius Clay recuperó la corona que otros yanquis le habían quitado de prepo. Tiempo atrás había distribuido una edición barata y mal impresa de la obra de Mailer. Recordaba una línea. El cuerpo de Clay brilló en Kinshasa, había escrito Mailer, como los flancos de un purasangre.

En el viaje me había hecho la ilusión de pasear por el río y también por el vecindario donde se había disputado esa pelea. Fue imposible. La ribera de la ciudad estaba copada por una serie de mansiones lujosas, residencias de europeos y diplomáticos, y el vecindario famoso se asemejaba, según los rumores, al laberinto de Creta. La primera tarde la pasé pegado a la ventana de la habitación. En una de las escalas había comprado cigarrillos, los primeros en mucho tiempo, y una botella de whisky. Llené un vaso, corrí un poco las cortinas y miré hacia el río. Tomé y fumé un cigarrillo tras otro. Mientras tanto pude ver algunas barcazas que remontaban las aguas, un par de golondrinas que aleteaban en el aire, y poco después una tormenta que borró de un tajo la otra orilla. El otro Congo. Por la noche di unas vueltas por los alrededores del hotel aunque volví pronto, empujado por el sueño. Me acompañó una mulata ardiente y tan bien vestida que parecía venir de un desfile de modas. Al día siguiente llamé a la embajada para averiguar...»

El suboficial Vargas detiene la grabación. Abre un cajón del escritorio para sacar una hoja. Escribe los nombres que el relator ha mencionado. A los de Pierre y Didí los subraya. Al de Tony lo encierra en un círculo. Su grafía no es corrida ni legible. Se asemeja a pictogramas antiguos. Vargas conoce bien sus limitaciones para la escritura. Entre otros problemas han postergado su ascenso. Herencia indígena, bromea de vez en cuando Pascual, su auxiliar inmediato, policía segundo y ocasional compañero de guardia. Esas bromas lo sacan de quicio. También la voz aguda, extraña, como emitida de lejos que tiene Pascual. Vargas, en su pueblo, era aficionado a las bromas. Ahora no. Requieren de un entorno que ya no posee. De repente piensa en Pascual. Levanta el teléfono. Le ordena mantenerse despierto, vigilar a los detenidos y no estorbarlo, ni siquiera por un caso de urgencia. Chasquea los labios. Necesita un buen trago. Pero se deja llevar por otras escenas.

«...Por la tarde fui a la dirección que figuraba en las postales de Tony. Me moví en taxi pero estaba a pocas cuadras del hotel, en un barrio llamado Matonge. En ese barrio, si uno camina por sus calles angostas y de veredas irregulares, tiene que hacerse a un lado para permitir que un negro continúe su camino. La dirección coincidía con un hospedaje ruinoso. Entré al vestíbulo y toqué el timbre que estaba sobre un mostrador. El vestíbulo conectaba a un pasillo que terminaba en una puerta. Las paredes estaban sucias y manchadas. En el suelo, junto a las paredes, dormían algunas personas, mientras otras entraban y salían sin decir palabra. Después de un momento, apareció el

propietario. Avanzó rápidamente a lo largo del pasillo. Era un hombre robusto, de piel blanca, calvo, con tatuajes en los brazos, pulsera de plata y un pequeño colgante en cada oreja. Le pregunté si recordaba a un argentino que había estado allí un mes atrás. Le expliqué el motivo por el cual lo buscaba y luego le extendí una postal.

El patrón, así le referían los otros, le echó una ojeada, abrió un cajón del mostrador y sacó cuatro o cinco iguales. Un dólar, me dijo sin alzar la vista. Cuando le repetí la pregunta guardó las postales. Me dio el precio de una cama con baño. En aquel momento un ruido llegó desde el fondo. La puerta se abrió y se asomaron algunas mujeres con vestidos brillantes. Dos muchachos que esperaban del lado de afuera comenzaron a discutir a gritos. Inmediatamente una de las mujeres se apoderó del brazo de uno mientras el otro lo lanzó de un puñetazo al medio del pasillo. El muchacho cayó sobre el suelo de cemento y se cubrió la cara con los brazos. Cuatro se levantaron del suelo y se abalanzaron contra la pareja. El patrón advirtió mi mirada. Apoyó sus manos en el mostrador y pasó medio cuerpo. Miró hacia el mismo sitio. Luego me señaló la salida. Esto no es un zoológico. Compra las postales, alquila una cama o se va, gruñó. Volví al hospedaje los dos días siguientes. El patrón, la última vez que me vio entrar, abrió el cajón, sacó una pistola y la colocó ante sí. Entonces le compré unas tarjetas y le prometí que pagaría una recompensa a quien me aportara algún dato. El tipo guardó la pistola, levantó la vista y la clavó, sin decir nada, en un punto situado más o menos medio metro por encima de mi cabeza.

Aquel día salí del hospedaje, caminé un par de cuadras y me senté a comer en una fonda cualquiera. Pagué cinco dólares por una sopa de pescado y dos por un vodka con tónica. Cuando terminé de comer, pedí un café. Me apoyé contra el respaldo del asiento. Fumé un cigarrillo y pensé en mi situación. Sentí que el trabajo concluía sin pena ni gloria. Podía insistir con la embajada, la policía, el registro de inmigrantes o, tal vez, llamar al Vasquito. Pero mucho más no quedaba por hacer. Asumí que aquéllas podían ser mis últimas horas en África. Acabé de fumar y enfilé hacia el hotel. Fui calle abajo, doblé por una avenida y anduve despacio. Me moví como un turista. Contemplé un par de murales y la danza de un grupo nativo. Luego me detuve en un templo, que exhibía una buena cantidad de pinturas y retratos con la imagen de Cristo. Allí oí una música más antigua y diferente de la que pasaban en los comercios. Adentro había mujeres y, a cierta distancia de ellas, decenas de hombres bien vestidos. Todos cantaban a coro. Varias mujeres, mientras cantaban, balanceaban un incienso. El humo del incienso fluía hacia el púlpito que estaba al final de la nave. Alguien, con un vozarrón poderoso, agitaba a todos desde allí. Procuré no moverme mucho para no llamar la atención. Poco después me entretuve en

una feria. En las mesas de la feria, debajo de unos paraguas, vendían colmillos, esculturas de marfiles, pieles de víboras y botellas de whisky casero. También había zapateros, costureros y peluqueros haciendo su trabajo al aire libre.

Continué husmeando por aquí y por allá. Pero al cabo de un rato tuve la impresión de que unos pibes me estaban siguiendo. Eché una ojeada sobre mis hombros y crucé la avenida para tomar la otra vereda. Anduve unos cincuenta metros y me volví a fijar. La calle estaba llena de gente, de autos y de ruidos, pero los pibes venían atrás. Aceleré el paso y, aunque faltaba poco para el hotel, busqué un taxi. No encontré ninguno disponible y metí las manos en los bolsillos para evitar un arrebato. Llevaba lo justo, pero no quería perder ni un centavo. Una cuadra más adelante divisé un restaurante. Caminé a toda velocidad. Había hecho más o menos la mitad del recorrido cuando alguien me dio un empujón. Luego dos de los pibes me pasaron a la carrera y se dieron vuelta para quedar frente a mí. El más bajo, con una barbita incipiente y la cara cubierta de granos, me mostró una navaja. Lo miré, me hice a un costado y traté de esquivarlo. En tiempos remotos lo habría insultado y me habría tirado encima de él. Cuando me rodearon los otros detuve la marcha. Eran siete u ocho en total. Uno, que podía ser el jefe, me señaló un callejón que estaba a mi izquierda, donde se comerciaban amuletos, talismanes, varitas mágicas y medicinas milagrosas. Entonces el de barbita me tomó del brazo como si fuese su tío y, medio llevado, medio empujado por el resto, me condujo hacia el interior del callejón.

Quedé de espaldas a una pared, en el centro del semicírculo que formaron en mi derredor. Todos eran muy jóvenes. Calculé que ninguno llegaba a veinte. Vestían ropa deportiva y anteojos oscuros. Dos parecían gemelos. El que las iba de jefe tenía mi estatura y se sentía muy gallito. Me pareció haberlo visto pelear en el hospedaje. Tenía la nariz rota en el puente y su aliento podía emborrachar a una monja. Cuando traté de cruzar la mirada con los comerciantes que estaban a un lado y al otro me amenazó con el índice. Luego se inclinó para hablarme. Usó el francés que hablaban los empleados del hotel.

–¿Usted busca al señor Tony? –me preguntó como si dudara de mí o de la información que tenía sobre mí. La pregunta me tomó por sorpresa, aunque hice un esfuerzo para que no se notara.

Le dije que sí y le pregunté dónde podía encontrarlo. El jefe sonrió. Miró a los otros, que también sonrieron. Los gemelos chocaron las palmas y los puños después.

–¿De dónde viene? –me indagó.

–De la Argentina –dije.

El jefe rió con más ganas. La Argentina, repitió señalándome con el índice y dirigiéndose a la banda como si se tratara de un chiste.

–¿No me crees? –le pregunté mientras llevaba mis manos al bolsillo donde tenía el pasaporte, en un gesto que a todas luces era un error. En territorio africano los pasaportes extranjeros cotizan a precio de oro. Pero ignoró mi pregunta.

–El señor Tony no está en el Congo –dijo.

–Sin embargo sé que estuvo aquí.

El jefe me mostró los dientes. Le quedaban unos pocos, gastados y desiguales.

–Sí, vino persiguiendo a un cagamillones, pero se volvió a Angola.

–¿Angola? ¿Dónde en Angola?

El jefe le habló al resto en otra lengua. Discutió con dos o tres de ellos para después volverse hacia mí.

–¿Para qué busca al señor Tony? ¿Por diamantes? ¿Usted está en los diamantes? –me preguntó.

Yo, a esa altura, estaba tan cerca de los diamantes como de un meteorito. Fue como si me hubiera preguntado por petróleo, fibras de cobre o caballos de carrera. Aunque semanas después fui capaz de hacer cualquier cosa por conseguir uno bueno.

–No –dije–, lo busco por encargo de su hermana.

El jefe asintió. Luego me pidió la recompensa. Le di unos cuantos dólares que examinó a trasluz antes de guardarlos.

–Tony está en Caxinda, al otro lado de la frontera, en las Lundas, cerca del río Luremo. Ahí lo encuentra. Un camión lo puede llevar. Dígale que estuvo conmigo, con Fabrice, y que han aparecido dos cagamillones en el mismo lugar de siempre, ¿de acuerdo?

Asentí.

–¿Y dónde se toma ese camión?

–En el mercado que está al final de la avenida Lumumba –dijo.

Un chiquilín de la banda se puso en puntas de pie y le habló al oído. Fabrice lo apartó de un modo violento.

–¿Sabe lo que es un cagamillones? –me preguntó.

Negué con la cabeza. Fabrice llevó el índice a la panza.

–Tienen fortunas aquí –dijo y agregó–: se tragan las piedritas para sacarlas de las minas y venderlas por su cuenta. Pero los cazamos. Tarde o temprano los cazamos.

Fabrice me dio una versión incompleta aunque moderna de los cagamillones. Más tarde supe que a los esclavos que cumplieron esa función para los reyes y los caciques de África se los conoció como a hombres que les venía la regla. Transportaban diamantes en sus barrigas desde las aldeas más alejadas hasta los lugares que frecuentaban los comerciantes extranjeros. Esa labor, que les había

dato más fama que provecho, había sido el origen de una serie de creencias acerca de que las piedras se habían apoderado del espíritu de los pueblos y ejercían un dominio silencioso y extraño sobre los humanos. De que les maleaba el carácter y los podía transformar en criaturas vivas, demoníacas, capaces de convertir los excrementos en diamantes valiosos. Los cagamillones modernos, en cambio, son otra clase de bichos. En general se trata de hombres o de mineros solitarios, un tanto desesperados y audaces, que confían en un golpe de suerte.

Fabrice me saludó con un gesto. Luego cabeceó al conjunto y todos enfilaron tras él hacia el otro lado del callejón. Los seguí con la mirada. Un momento después regresaron, pidieron sacarse una foto conmigo y se fueron corriendo. Cuando doblaron a la derecha vi que avanzaba hacia ellos una camioneta de vidrios oscuros.

Continué el camino, llegué al hotel y subí de inmediato. La idea de seguir viaje me parecía atractiva. En la habitación repasé los puntos débiles y nada, en principio, se alejaba demasiado del plan original. Me sobraba dinero de los viáticos, Angola no estaba a una gran distancia y además, si Fabrice no había mentido, conservaba las posibilidades de cumplir lo pautado y ganar el doble. También, reconozco, permitía mantenerme en actividad. Pero la jugada, vista desde el presente, suponía algunos riesgos. En Angola, según informaban los periódicos, se había pactado un cese al fuego después de muchos años de guerra. Recordaba algunos episodios de su historia. También los nombres de quien había liderado la independencia, Agostinho Neto, y de una o dos batallas posteriores. Neto era médico y poeta. Su obra más conocida, *Sagrada esperanza*, me había gustado bastante. Pero en las últimas dos décadas le había perdido la pista al conflicto. Quizá la guerra continuaría indefinidamente. Quizá no. En el Congo nadie sabía decirlo. Sin embargo, la duda que tuve esa tarde consistió en si llamaba o no al Vasquito. Lo pensé por más de una hora. Por un lado quería decírselo para que alguien supiera lo que iba a hacer. Pero, por el otro, temí que rechazara la idea. En otros tiempos quizá no, pero entonces era probable. Claro que podía poner punto final a mi gestión, meter los cuatro trapos en el bolso y pegar la vuelta. Había ido hasta el Congo y había ganado plata sin ningún esfuerzo. El Vasquito, al despedirnos, de alguna forma me lo había sugerido. Hacé lo que puedas, me dijo. ¿Con qué?, le pregunté. Con ese asunto del Congo, dijo. Pero esa plata me alcanzaba para pagar algunas cuentas pendientes. Nada más. En Buenos Aires me volvería a acostar a la noche sin saber qué hacer al otro día. Y allí, además, estaría mi mujer. ¿Mi mujer?...

Alicia, un par de semanas atrás, justo antes de que se me ocurriera pedirle ayuda al Vasquito, me había esperado despierta. Tal vez cuidando las plantas que había cobrado como honorarios por remodelar un vivero. En mi

departamento, a esa altura, había potus, palmeritas fénix y palos de agua hasta en la sopa. Aquella madrugada, sin dejar un rociador, me miró a los ojos. ¿Sabés qué?, me preguntó. Alicia siempre comienza con una de ese estilo cuando prepara un sablazo. No le respondí. No estaba en condiciones. Entonces, cambiando el tono, como empujada de repente a la furia, dijo: te vas vos o me voy yo. En esa ocasión no fueron celos. Tampoco una amenaza. No lo sentí así. Fue un adiós. Una ráfaga de viento que borra las cenizas. Lo comprobé poco después. Cuando me comuniqué con ella desde el aeropuerto de Ezeiza. Le dije que tuviera paciencia, prometiéndole que pronto volvería a su lado. Se mostró impasible. Espero que no vuelvas con las manos vacías, fue lo único que dijo antes de colgar. En ese momento tuve la sensación de que todo había acabado entre nosotros. Luego, al subir al avión, me sentí solo y seco. Como si el mar se hubiese retirado para siempre.

Mientras pensaba en Alicia me acerqué a la ventana. La luz del sol caía sobre los sillones, la alfombra, la cama y el escritorio de la habitación. Tomé la botella de whisky y me serví un vaso repleto. Luego fijé la vista en el río. El agua se veía azul grisácea al sol de la tarde. Un barco de gran porte aguardaba en la rada del puerto. Dos o tres canoas de pesca transportaban pasajeros río abajo y sobre el barco fondeado volaban decenas de gaviotas. Por un rato me pregunté si no era mejor embarcarme hacia el este, hacia la jungla. ¿Qué podía perder...? Por la noche, en lugar de llamar al Vasquito, me comuniqué con la recepción. Los camiones para Angola partían al alba. Miré la hora. Tenía tiempo de sobra. Podía salir a caminar o entretenerme en el lobby. Había visto algunas mujeres interesantes allí. Pero preferí quedarme y escribir una postal. Escribí tres o cuatro para romperlas después.

A las seis de la mañana crucé la ciudad hacia el sur. Ése fue el segundo paso importante que di. El punto de referencia era una plaza grande y chata cuyo nombre he olvidado. Alrededor de la plaza se alzaban una iglesia y unas cuantas casas viejas, sin techo y con las ventanas sin vidrios. En la plaza funcionaba un mercado barrial. Los puestos ofrecían carne de cabrito y de pollo, también los había con pan, azúcar y, junto a ellos, otros con cebollas, harina de yuca y tomates. En un extremo, el más concurrido, estaban los que vendían camisetas y zapatillas de deporte, y en el centro de la plaza se apilaban un montón de baratijas. Todos los puestos comenzaban a poblarse de gente, mientras que en el suelo de los laterales, en medio de la basura y el polvo, dormían hombres y mujeres desahuciados.

Apenas bajé del taxi un enjambre de vendedores me rodeó para ofrecerme minucias. Caramelos, chicles, fósforos. Ningún artículo me llamó la atención pero uno de ellos me acompañó de punta a punta. “Compra los CD’s, tío. Toda la colección por sólo tres dólares. Vamos, tío, cómprame esta mierda de

CD's." Terminé comprando una libreta de bolsillo, una falsa Moleskine, donde fui registrando, poco a poco, una sarta de apuntes. La libreta o los CD's me daban igual. Sólo quería quitármelo de encima. Es que un hombre blanco, en esos confines, parece una fruta caída del cielo. Al final del mercado, detrás de los puestos, había una fila de autos y un camión con un cartel adherido al parabrisas. Angola, decía. Cuando Fabrice refirió a un camión no creí que, en verdad, se trataría de un Toyota, con un motor potente, ruedas anchas y una suspensión dura y fuerte, sobre el cual no cabían dudas, por los avisos publicitarios que tenía pintados en la cabina, de que lo habían usado en China o en Japón hasta el cansancio. La caja del camión, abierta y de chapa, tenía seis filas de banquetas sin respaldar, soldadas al suelo. Los laterales se podían subir para tender una lona. El chofer, un negro alto, macizo y arrogante como un emperador, cobraba tres tipos de tarifas: una hasta la frontera y las otras dos incluían el cruce y la llegada a destino, aunque el precio variaba de acuerdo a si el pasajero llevaba o no pasaporte. Le mostré mis documentos, pagué y subí.

Me instalé en un banco del medio, junto a un lateral. Ni el chofer ni el ayudante pudieron decirme los kilómetros que íbamos a recorrer. Hablaron de horas. De ocho a diez horas, dijeron. Terminaron siendo el doble. El camión salió recién cuando estuvo completo. Los pasajeros que habían estado callados y quietos durante la espera, reflexionando en su destino, recordando o haciendo planes tal vez, comenzaron, con los primeros sacudones, a moverse y a mirarse entre sí. Algunos sacaron pañuelos para secarse la cara, otros bizcochos, panes y frutas de sus bolsos, pero todos a cada rato, ante un comentario o balanceo cualquiera, se mataban de risa. La mayoría observó mi presencia con curiosidad. Pude leerla en sus ojos. Sin embargo, no expresaron rabia ni desprecio. De la conversación entre ellos sólo entendí algunas frases sueltas referidas al tiempo, la comida y la selva.

El camión recorrió unos cuantos kilómetros sobre un hilo de asfalto. Luego proseguimos el viaje por caminos de tierra en los que el chofer no podía esquivar los baches ni las grietas del terreno y tenía que bajar los cambios en forma continua. En el primer trecho nos acompañó el bosque tropical, de color verde oscuro. Después, a medida que nos alejábamos de Kinshasa, el paisaje se llenó de arbustos, matorrales, cactus y algunos bosquecitos. Más adelante aparecieron los enormes y altivos baobabs que al otro lado de la frontera eran llamados imbondeiros. Sobre este árbol oí con el tiempo varias historias. La más original hablaba de uno que se tornó rojo por la sangre que derramaron un hombre y un león que habían luchado bajo su sombra.

A las cuatro o cinco horas de viaje hicimos un alto. De varias chozas de barro, similares a las que había visto a lo largo del camino, salieron mujeres y muchos niños para vender porciones de banana frita, mijo y maíz. Algunos

pasajeros formaron grupos y buscaron agua para lavarse las caras. Luego se sentaron en círculos a la sombra de los árboles para compartir la comida. Llenaron una bandeja de arroz con diferentes tipos de salsa y se sirvieron con las manos, uno tras otro, despacio y respetando los turnos. Se alternaban para comer y para hablar, prestándose mucha atención. Yo tomé una cerveza y vacié los paquetes de maníes que había comprado en Kinshasa. En aquel paraje se quedaron tres jóvenes con uno o dos niños cada una. Ataron a los más pequeños a la espalda con sus mantas, se colocaron sobre la cabeza una palangana llena de bártulos y, balanceándose, tomaron a la otra criatura de la mano. Después enfilaron por una senda que se abría entre la maleza mientras miraban desconfiadas por encima de los hombros...»

El suboficial Vargas tiene un súbito ataque de hambre. Durante el día comió poco y mal, y a la hora de la cena no pudo probar siquiera un bocado. Se inclina hacia atrás. Revisa un cajón, luego otro, pero no encuentra nada excepto un pequeño salero. Echa unos granos de sal sobre el dorso de su izquierda y los chupa lentamente, como lo hacía en su infancia.

«...Retomamos la marcha una hora más tarde pero, a poco de andar, el camión se detuvo otra vez. Salieron al paso cuatro hombres con fusiles. Sin pronunciar palabra, subieron a la caja, se acomodaron en una banqueta del fondo y golpearon los laterales con las culatas en señal de que arrancásemos. Les eché un vistazo. Vestían camisas de colores y sus caras parecían de piedra. Por la manera en que miraban a los ojos deduje que convenía mantenerse despierto. Encendí un cigarrillo y observé a mis vecinos. El que tenía pegado a mi derecha estaba enroscado en sí mismo. Permanecía con los ojos cerrados y ni siquiera espantaba las moscas que reposaban en su boca. A su lado, en cambio, se había ubicado un jovencito, con grandes lentes de aumento, la cara algo enfermiza y el pelo cortado al ras, que apenas notó mi atención me pidió que lo convidara. Le extendí un cigarrillo. Lo agarró, lo frotó entre los dedos, se lo puso en la boca y encendió un fósforo con la uña del pulgar. Un momento después se levantó y despertó al otro para sentarse junto a mí.

–Vio que ahora un negro puede fumar al lado de un blanco –bromeó en francés.

–¿Quiénes son los de atrás? –le pregunté.

El joven los miró de costado, sin quitarse el cigarrillo de la boca.

–¿Habla inglés? –me preguntó por lo bajo.

Asentí.

–Entonces se lo digo en inglés: mejor ignorarlos y no meterse con ellos. Son

gente mala. ¿Entiende? En el Congo ahora no hay guerras pero aún quedan muchos problemas, especialmente en el este –dijo.

Su inglés, aunque fluido, parecía el de un afásico.

–Entiendo perfectamente –dije.

–¿De dónde viene usted?

–De muy lejos, de Buenos Aires.

El joven se quedó pensativo. Silbó antes de hablar.

–Ustedes también tienen muchos problemas, ¿a qué se debe? –me interrogó curioso.

Buena pregunta, pensé para mí.

–¿A qué te dedicas? –repliqué.

–Soy abogado –dijo, me tendió la diestra y agregó que su nombre era Alphonse Chilombo o Chilombi. No entendí bien pero me dio no sé qué pedirle que lo repitiera. El mío es Miguel, dije.

Alphonse quiso saber si había estado antes en África y si había viajado por vacaciones o por negocios. Me di cuenta de que no tenía una respuesta preparada. El encargo que me había llevado a cruzar el Atlántico era simple aunque difícil de explicar. Opté por una mentira. No sería la única vez. Le dije que estaba visitando a un amigo. Alphonse dio una larga bocanada, soltó el humo por la nariz y luego torció un poco el cuerpo para mirarme de frente. Me pareció que encontraba algo deshonesto que viajara junto a ellos en el camión.

–¿Cuál es su actividad en Buenos Aires? –me preguntó.

Volví a razonar lo que iba a decir. En Buenos Aires, después que cerró la librería, había intentado dar clases de francés, pero como no se presentó ni un alumno y tampoco conseguí otro empleo había aceptado un rebusque en la cantina de un club de tenis. Desayuno, almuerzo y propinas por atender catorce mesas. Mi condición, como estaban las cosas en Buenos Aires, no era excepcional. Todo lo contrario. Pero me dolía y, por orgullo o por prejuicio, no me gustaba hablarla con nadie. Pensé la respuesta y supongo que mientras pensaba habré hecho algún gesto, tal vez cerré los ojos o me mordí los labios, porque Alphonse, cuando me disponía a responder, me miró de una manera muy rara. Entonces omití el presente de un plumazo.

–Atiendo una librería –le dije.

Alphonse permaneció un momento con la cabeza inclinada.

–Bueno, si no quiere hablar de la Argentina o de usted hablemos de África, pero con un requisito –propuso.

–¿Cuál?

–Que no se burle de nosotros. Si usted no se burla de nosotros, yo no me burlaré de ustedes –dijo.

Sonreí.

–Acepto –dije.

Alphonse asintió conforme y comenzó a hablar. Fumó, habló y más de una vez hizo una pausa para limpiarse los lentes. Por un lado se manifestó quejoso por la realidad que describía, y por el otro, parecía satisfecho de que yo siguiera el hilo de sus razonamientos. De todas formas, como él quería hablar más que escuchar, nuestros impulsos, por así decirlo, se combinaron de entrada.

Si mal no recuerdo comenzó con una larga explicación sobre la trata de esclavos y el papel que jugaron los colonialistas y los reinos nativos durante cinco siglos. Rompió el breve silencio que siguió a su exposición al decir:

–Millones de historias que quedaron en el olvido, en la nada.

Me imaginé a qué se refería. Pero igual le pregunté. Alphonse fue contundente:

–Es que en esta parte de África no se conocía la escritura. Por lo tanto no existen registros ni apuntes, tampoco libros escritos por nuestros antepasados. Todo lo que sabemos fue transmitido oralmente. Ése es otro problema –respondió.

Algunos meses atrás había leído un ensayo que realzaba el valor y la utilidad de las fuentes orales. Los autores, dos o tres europeos, hacían mención al uso que les habían dado los griegos antiguos, Heródoto entre ellos, los filósofos de la Ilustración francesa y, en el pasado reciente, los antropólogos españoles y norteamericanos para reconstruir la historia y los hechos históricos. El texto dedicaba un capítulo a la tradición oral africana y a la labor de los juglares que podían recitar de memoria los orígenes de las familias, las dinastías de los jefes, los mitos y los sucesos naturales y políticos de diez generaciones. Más aún, en defensa de su hipótesis, llamaban a los lectores a desconfiar de todo escrito, ya sean cartas, minutas o diarios, por los prejuicios y distorsiones que solían contener. Me había parecido un ensayo muy bueno. Incluso se lo había regalado al Vasquito. No porque le interesara aquel asunto sino porque él era un fanático de Heródoto. Cada tanto lo citaba. En especial lo que el griego había puesto en boca de un sabio: “No puede llamarse feliz a un hombre mientras esté vivo porque nunca se sabe qué puede acontecer”. Le mencioné el ensayo a Alphonse. Pero él reaccionó indignado:

–No estoy de acuerdo. Los relatos orales por sí solos no sirven. Mejor dicho, pueden servir al narrador para construir su verdad. Para inventarse a sí mismo. Uno recuerda lo que quiere recordar y no lo que en verdad ha sucedido porque construye su pasado con el material que más le conviene. Además, señor, los relatos africanos están basados en la memoria de los viejos, que no sólo es interesada y selectiva como la de todos nosotros, sino que generalmente omite los aspectos menos positivos y aceptables de la vida. No estoy de acuerdo. Insisto: sin libros no hay historia –dijo.

Alphonse hablaba en un tono muy bajo pero con mucha convicción. Tal vez la misma que yo tuve a su edad. Sus puntos de vista sobre los límites de la memoria y de los relatos orales eran discutibles. Cada uno cree lo que quiere. Pero hacía mucho calor para entablar un debate sobre el tema. Así que abandoné la conversación y me levanté para estirar las piernas. Encendí otro cigarrillo y apoyé los brazos sobre el lateral. La estepa se veía despoblada. En algunos sitios los matorrales eran tan altos que se elevaban casi a la altura del camión. Sobre el horizonte, por encima de los matorrales y de uno o dos árboles, flotaban pequeñas columnas de humo que se mantenían quietas en el aire sin viento. El camión trepó una cuesta y enfiló por otro camino. Después de una curva nos topamos con una caravana de mujeres que transportaban víveres y ropa sobre sus cabezas. Caminaban erguidas, a pie firme, dando muestras de estar apuradas. Alphonse se había parado a mi diestra.

–¿Adónde van? –le pregunté.

–No sé –dijo–, tal vez huyen de una sequía o de una plaga.

–¿Son bantúes?

–Aquí somos todos bantúes –dijo–, aunque para entendernos no conviene guiarse por las razas sino por las lenguas que hablamos.

–¿Ellas hablan swahili?

Alphonse sonrió.

–¿Swahili? ¿De dónde sacó eso?

Lo había leído en alguna novela.

–De los libros –respondí.

–No, eso no se habla por aquí. Swahili se habla en el este, pasando los Grandes Lagos –dijo y se inclinó para echar un vistazo hacia el fondo de la caja.

Miré hacia allí. Tres de los cuatro tipos que cargaban fusiles dormían. El cuarto me sostuvo la mirada sin pestañear. Estaba echado hacia atrás, fumando, con el arma sobre las rodillas. Alphonse sugirió que nos sentáramos. Le hice caso. Entonces metió la mano en su mochila, levantó una botella de agua para que la viera, le dio un trago y la dejó en el suelo, a mi disposición, junto a sus pies. Un momento después inició otra charla. Citó uno a uno todos los reinos, las lenguas de las tribus y las redes de influencia que comprendía la historia bantú, pero sólo pude retener los nombres de algunos pueblos de las estepas del sur: los bakongos, los lundas y los chokwe. Tony, a quien conocería poco después, trataba a diario con personajes de estos pueblos, aunque siempre en un inglés o en un portugués elemental. En lo que a mí respecta, nunca pude advertir diferencias entre ellos excepto que la lengua de los primeros, el kikongo, era mucho más fácil de comprender que la de los chokwe. Éstos se habían instalado entre dos ríos al norte de Angola en un territorio que otrora les proveía de caza y marfil y en las últimas décadas pilas de diamantes. Además

sabían trabajar la madera y sus máscaras, pipas y figuras de jefes o de antepasados se vendían a buen precio.

Alphonse, cuando los cuatro del fondo golpearon la carrocería para detener el camión, se hizo un ovillo a mi lado. Se quedó en silencio, quieto, sin decir una sola palabra hasta que recorrimos una buena distancia desde el lugar donde esos cuatro bajaron. Después me preguntó si iba hacia el norte de Angola. Hacia la región de las Lundas.

–Así es –dije.

–Todos los que están acá arriba también van para allí. Sueñan con trabajar en las Lundas. En las minas de diamantes. Aunque saben que si no consiguen trabajo se morirán de hambre o quedarán ilegales –dijo.

–¿En el Congo no hay diamantes?

–Sí, pero no son tan buenos como los que sacan en Angola.

–¿Cómo están las cosas en las Lundas?

–En las Lundas ya no hay guerra. Pero es una tierra de nadie y la situación que viven los mineros es terrible –dijo, abrió otra vez su mochila, sacó un escrito y me mostró el título– eso lo denuncié aquí, en mi tesis, con pelos y señales.

Tomé el escrito para echarle un vistazo. Con más de doscientas páginas, unidas por un broche, se veía muy completo. Al devolvérselo le palmeé la espalda. Luego le pregunté si conocía a un argentino que vivía en Caxinda. Alphonse demoró en responder.

–Sí, conozco a una médica, se llama Laura –dijo pero se corrigió al instante–: no, no, disculpe, pensándolo bien, ella no es argentina, es italiana.

–¿Una italiana joven?

Alphonse sonrió.

–Bueno, más o menos de su edad pero simpática –dijo.

–¿Qué quieres decir?

Alphonse volvió a sonreír.

–Nada, disculpe –dijo.

Laura, lo supe más tarde, era mucho más que una mujer simpática...

Poco antes del atardecer nos paró el ejército. En ese punto fronterizo la tropa, que llevaba fusiles y cascos de acero, había cruzado un palo rodeado de alambres para bloquear el camino y, en lugar de echar un simple vistazo a la cabina, saludar y recibir una propina del chofer como en las paradas anteriores, se tomó un largo tiempo para mirar el camión desde todos los ángulos y la cara de cada uno de nosotros con un gesto opaco y misterioso que pretendía demostrar autoridad. El chofer nos pidió los pasaportes, se metió en la garita de vigilancia y demoró más de lo previsto. Quizás arreglaba sus propios negocios. Cuando salió, casi una hora después, hizo bajar del camión a Alphonse junto a

la mitad del pasaje. Los soldados los hicieron formar en fila. Luego seleccionaron a tres o a cuatro para interrogarlos. Un momento después vi que uno señalaba con el dedo a Alphonse. Dos lo condujeron por el brazo a la garita de vigilancia. Era una pequeña construcción de madera, protegida con piedras y bolsas de arena. El camión arrancó cuando Alphonse entraba por el hueco de la puerta. Se dio vuelta para levantar un pulgar y le imité el saludo. Se veía aterrado. Casi toda la gente que había bajado en la frontera volvió a subir en territorio angoleño, un centenar de metros adelante. Pero a Alphonse no lo volví a ver. Meses después, cuando tuve en mis manos unas páginas de su tesis, recordé su cara y su voz. Las recordé perfectamente.

El camión se alejó del Congo por un camino pantanoso. Luego dobló para andar entre los árboles y adentrarse en unos cerros cubiertos de estepa. El sol había caído tras los cerros, una sombra cruzaba todo el paisaje y, a medida que avanzábamos, pequeñas bandadas de pájaros alzaban vuelo, describían un círculo y se alejaban tras los cerros con débiles llamadas. Un tiempo después se hizo la noche. El chofer aceleró la marcha, como si alguien hubiese abierto fuego cruzado, y los pasajeros se acurrucaron uno junto a otro en los bancos. Ninguno hablaba. Al cabo de un rato el que tenía sentado detrás me tocó el hombro para pedirme fuego. Me di vuelta y le presté el encendedor. Vi resplandecer su cara entre sus manos y el movimiento de las mejillas al chupar un cigarrillo. Menos mal que estamos juntos, dijo. No sé qué suponía, tal vez la muerte o el ataque de un demonio, pero no pasó nada. En un momento me levanté para mirar hacia el frente. Los faros del camión atraían decenas de insectos pero más allá, a un costado y al otro, no había luces. La vegetación era espesa y el terreno estaba seco. Más tarde atravesamos unos puentes de madera, comenzó una serie de curvas pronunciadas y la caja se bamboleó como una barca sacudida por la tempestad. Me apoyé contra el lateral y conseguí dormir un par de horas antes del amanecer. Cuando desperté llegamos a Caxinda. El camino se aplanó en las cercanías del pueblo. Un largo abanico de luz se encendió en el este. Algunos pasajeros, pese a las advertencias del chofer, asomaron la cabeza para mirar a los lados.

Mi primera impresión de Caxinda no varió con el tiempo. Era un caserío bajo y miserable donde nada se unía ni formaba un todo. No tenía más que una calle principal, con algunos bares y tiendas, escenarios de la vida vespertina, un par de manzanas uniformes y las pocas construcciones sólidas que anunciaban la compra y la venta de diamantes parecían terminadas de apuro.

El camión avanzó despacio por la calle principal hasta donde comenzaba una lonja de asfalto. Apenas detuvo la marcha, me bajé y estiré todo el cuerpo. Una brisa soplaba al ras del suelo, pero el aire era pesado. A izquierda y derecha de la calle desembocaban unos senderos angostos de tugurios y depósitos de basura.

Los pasajeros se dispersaron rápido por el interior de los senderos pero yo seguí al chofer con la esperanza de que me guiara a tomar un buen desayuno. El tipo caminó cuadra y media, se metió en un pequeño café y se acodó en el mostrador. Lo atendió un mozo bastante gordo, con un delantal sucio. En un extremo, un poco a la sombra, otros hombres hablaban y fumaban. Entré, fui al baño, me lavé como pude y al volver ocupé una mesa que estaba al lado de la ventana. El chofer interrumpió la conversación con el gordo para lanzarme una mirada nerviosa. Luego tomó algo rápido y salió del lugar. No me gustó su reacción.

Pedí un café doble y en un instante liquidé dos sándwiches de queso y un pastelito de coco. Tenía hambre. La última vez que había comido había sido una porción de arroz con pato en Kinshasa, antes de subirme al camión. El café tenía un color gris oscuro, aunque su sabor era fuerte. El pastelito, en cambio, sabía a aceite quemado. Miré por la ventana. Al otro lado de la calle había un hotel y un restaurante del mismo nombre: Veneza. Estaban el uno al lado del otro. Tenían el frente pintado de blanco y grandes rejas en las puertas. Por un momento pensé que podía alojarme y comer algo allí. Después ordené otro café. Sentí un cansancio terrible. Estaba con la cabeza en otra parte cuando oí una frenada, seguida de un portazo. Volví la vista hacia la calle. Tres policías bajaron de una combi para entrar al café. Miraron hacia el mostrador, saludaron y, sin perder tiempo, vinieron a mi mesa. Se veían agitados. Uno, el más alto, flaco y de uniforme marrón, se inclinó para hablarme. Me preguntó si venía del Congo. Asentí. Tenemos la orden de llevarlo al destacamento central, dijo. Cuando le pregunté por qué se puso agresivo. Las autoridades le van a explicar, dijo. Me levanté de la mesa, alegué varias razones pero el policía ni siquiera mosqueó. Entonces no discutí más, supuse que era un procedimiento de rutina, pagué la cuenta y salí junto a él.

El destacamento funcionaba en un caserón colonial. Los policías me dejaron en una oficina amplia y desprovista de muebles que daba a un patio interior. En la oficina había un mástil con los colores rojo y negro, un retrato del presidente, un escritorio y un par de sillas. El militar que estaba sentado detrás del escritorio leía una revista mientras dos o tres soldados, de pie, hacían guardia en la puerta. En esa oficina no volaba una mosca pero en el patio del destacamento reinaba un lío tremendo. Mucha gente entraba y salía, y en la mesa de entrada no paraba de sonar un teléfono. El militar, después de un minuto, abandonó la lectura, se levantó y me invitó a sentarme. Era bajito y muy serio. Tenía un bigote minúsculo que le colgaba a cada lado de los labios. Cuando se levantó advertí las insignias en su camisa. Se presentó como teniente coronel. Luego, en un portugués comprensible, me pidió que le mostrara los documentos de viaje. Se los extendí por encima del escritorio. Los revisó minuciosamente y me

preguntó dónde iba a residir. En el hotel Veneza, dije. Después se interesó por el contenido de mi bolso y tras una pausa me explicó, invocando el título de una ley, que debía entregarle, a cambio de un salvoconducto, el pasaporte junto a un depósito en efectivo. El corazón me dio un vuelco. Le pregunté por qué. Se inclinó hacia atrás con mi pasaporte en la mano. Citó el número y el texto completo de un artículo de esa ley. A continuación dijo que sus jefes y los de migraciones estaban en la capital de la provincia, que ellos eran los únicos que podían autorizar mi permanencia en la zona y que en quince días, a más tardar, me devolverían ambas cosas. Dos semanas era demasiado tiempo para estar sin pasaporte. Además la suma que había mencionado superaba el efectivo que tenía en los bolsillos. Se lo dije. Me negué a cumplir la exigencia. El teniente coronel tecleó con los dedos los brazos de la silla. Luego me miró como si en la oficina hubiese habido algo peligroso que, al primer amago de movimiento, saltaría sobre mí.

–Entonces no podré dejarlo salir –dijo.

–¿De Angola?

–No, de este destacamento –respondió.

No obtuve ninguna concesión de su parte hasta que mencioné a Tony. En ese momento su cara se contrajo. Después sonrió. Quiso saber si era pariente. Del señor Antonio Orduna, dijo. Le respondí que no pero que le traía noticias de su hermana. El teniente coronel se quedó pensativo. Luego le ordenó a uno de los soldados que me condujera hacia la sala que estaba pegada a la oficina.

En la sala había otro negro. Descansaba contra una pared y cuando entré alzó la vista un instante. Tenía una gran cicatriz en la cara, desde un ojo hasta la pera. Llevaba puesta una gorra de béisbol granate, con distintivos dorados, y una casaca del mismo color. Durante el tiempo que estuvo en la sala permaneció en silencio. La cabeza gacha, con la gorra un poco inclinada, la vista fija en el suelo, sin moverse. Parecía un tipo tranquilo, sumiso. Pero no lo era. Aunque me daría cuenta bastante después.

Puse mi bolso en el suelo y me senté en un banco. Aquello fue un golpe imprevisto. Pensé que había caído voluntariamente en una trampa, que no sabía lo que iba a ocurrir, y me pregunté por qué no había tomado precauciones. Permanecí sentado, prestando atención a cuanto ruido se producía en el destacamento. Desde el patio llegaban voces, una palabra, de vez en cuando una risa. También se oían los pasos de los soldados que se movían a lo largo de un pasillo. Más de una vez me levanté de un salto cuando parecía que uno de ellos venía hacia la sala. En Kinshasa y en el camión me había sentido dueño de mí mismo. En el destacamento, en cambio, la sola idea de que alguien dispusiera por mí comenzó a preocuparme.

Una hora y pico más tarde, cuando Tony apareció, estaba más preocupado

que asustado. Tony no entró a la sala. En lugar de entrar, se quedó a un pie de la puerta, mirando solamente al negro con la gorra de béisbol. El negro alzó los ojos hacia la puerta. Luego volvió la vista hacia mí, se enderezó y fue hacia él. Se movió con prudencia. Cuando estuvo a su lado le habló en voz baja. Tony no hizo ningún comentario. Sólo chasqueó los dedos fuerte y socarronamente. Recién cuando el negro salió de la sala me echó un vistazo, seguido de una sonrisa altanera. ¿Vos sos el argentino que preguntó por mí?, me interrogó. Entonces me levanté para estrecharle la mano. Le di mi nombre y le conté lo sucedido. Cuando mencioné que traía una carta y un sobre de su hermana le restó calce al asunto. Lo sé, más tarde hablamos, ahora lo que urge es sacarte de aquí, dijo y enseguida me pidió dinero para tratar de llegar a un acuerdo con el militar. ¿No hay otra manera?, le pregunté. Ninguna otra, respondió. Le propuse una cifra pero la consideró insuficiente. Separé unos dólares como reserva y le entregué el resto. Lo miré mientras contaba la plata. Con una barba a medio afeitar, un reloj de oro macizo en la muñeca, la piel bronceada, un amuleto debajo de la camisa y el pelo largo, rubio y lacio, parecía un ejecutivo con pretensiones de rockero. Sin embargo, tenía mala cara y daba la impresión de estar tan preocupado como yo. No sé por qué podía estarlo, pero así se veía. Se dirigió al escritorio del teniente coronel con mi plata en la mano. Tocó la puerta y entró. Me asomé para observarlo. Negoció de pie, a puerta cerrada. Al cabo de un rato, salió, me hizo unas señas y enfiló resuelto hacia la calle. Los soldados le abrieron paso. Uno, además, lo saludó con una ligera reverencia.

En la calle esperaba una camioneta lujosa, color plata, con chofer y guardaespaldas. Cuando nos vieron salir los dos bajaron presurosos para recibirnos. El chofer, luego de un gesto de Tony, se ocupó de cargar mi bolso en la parte de atrás. A un costado de la camioneta había un grandote vestido de saco y corbata. Tony fue derecho hacia él. El grandote le sacaba una cuarta de alto. Puso una mano en el hombro de Tony y la mantuvo allí. Le habló en susurros pero induje que le daba instrucciones. Cada tanto los dos me echaban miradas de reojo. Como si estuvieran planeando un ataque. El grandote tenía ojos saltones y una cara chata y oscura. Llevaba puesto un saco color marrón, una camisa negra y una corbata amarilla con un enorme alfiler color dorado. Se veía como un mafioso en ascenso. Un tiburón, pensé. Y las pruebas las obtuve ese mismo día. En una bocacalle del pueblo, taponada por la gente, cruzó un viejo por delante de la camioneta. El balanceo de su paso torcido le hizo rozar el capó. El grandote lo siguió con la mirada. Luego dejó caer unas palabras. Miren, André todavía vive, dijo. Sonó como una expresión amistosa. Aunque, poco antes del anochecer, llegó un mensajero a la casa de Tony. Traía una buena noticia: el mentado André se había marchado con sus penas a otro mundo. Las apariencias de Tony eran bien diferentes. Ya lo dije. Sin embargo,

si uno reparaba en su modo de hablar y de mirar a las personas, no cabían dudas de que estaba hecho de la misma pasta que aquél.

Observé a los dos mientras conversaban en la calle, un tanto encorvados, en secreto, misteriosos, ajenos a la miseria que nos rodeaba, y me pregunté si había sido bueno o malo que ese par de boludos me sacaran de apuros. Al cabo de un rato vinieron hacia mí. La actitud de Tony fue menos altanera. Me palmeó la espalda. Luego dijo: comandante Muteba, le presento al compatriota que usted acaba de salvar. El tipo me extendió una mano floja. Después echó un vistazo alrededor y subió a la camioneta. Le pregunté a Tony cómo le había ido con el teniente coronel. Sacó el salvoconducto de un bolsillo. Te lo conseguí a precio de costo, dijo al momento de dármelo. Lo examiné muy rápido. ¿Cuándo me van a devolver el pasaporte y la plata?, le pregunté. ¿Qué tiempo te dijeron?, replicó. Dos semanas. Tony bajó la vista para mirar a Muteba. Bueno, serán quince o veinte días a lo sumo, dijo, miró su reloj y luego alzó la vista hacia mí: ahora vamos para mi casa, que se hace tarde. El trayecto duró diez minutos. Viajamos en silencio. El comandante, que ocupaba un asiento solitario entre la segunda fila y el lugar de los equipajes, hizo un comentario al pasar. Tony se dedicó a mirar, callado y atento, a toda la gente que iba y venía a lo largo del camino...»

El suboficial Vargas añade otros nombres a la hoja que tiene sobre el escritorio. Vacila cuando escribe el de Alphonse. Lo subraya antes de inclinarse hacia atrás. Luego echa un vistazo a su oficina. Le parece una cueva. Se detiene en la lámpara que cuelga del techo. Un lado del tubo está renegrido. Piensa que su oficina tiene las mismas dimensiones que el cuarto medio desplomado, hecho con palos y adobes, donde duermen su padre y el resto de la familia. Bosteza. El reloj del campanario ha dado la una y las dos de la mañana. El ruido sonó apacible. El domingo comienza a nacer. Pero la voz del relator, continua aunque un tanto deformada, lo mantiene intrigado.

«...La casa de Tony quedaba en la entrada de una especie de chacra. Apenas llegamos me pidió que bajara de la camioneta porque quería conversar a solas con el comandante. Unos minutos después abrió la puerta pero titubeó al salir y volvió a cerrarla. Muteba permaneció dentro de la camioneta. Me echó un ojo por la ventanilla y esperó a que Tony se acomodara nuevamente en el asiento. Luego se inclinó hacia delante y le habló por encima del respaldo. También hizo unos gestos enérgicos. Vi que a Tony el sudor le comenzó a resbalar por la cara. Cuando Muteba partió, Tony soltó un bufido de rabia. Una gran gota le

cayó por la nariz. No abrió la boca más que para insultar en portugués. Pero estaba insultando a alguien que ya no lo escuchaba.

Poco después se dio vuelta para mirarme. Me preguntó quién me había dado su paradero en Angola. Le dije que su hermana me había entregado unas postales con remitente en Kinshasa y luego le resumí mi encuentro con Fabrice. Su cara se tornó grave. No era difícil suponer que lo tomó como una traición. Quiso saber si le había pagado. Le respondí que no, pero le transmití el mensaje sobre los dos cagamillones. Tony sacudió la cabeza. Dijo que ya lo sabía aunque noté que estaba presumiendo. Luego me preguntó a quién más había visto en el Congo. A nadie más, le respondí. Entonces quiso saber si había salido de Argentina para buscar trabajo en África. La idea de salir del país para abrirme otros horizontes rondaba mi cabeza. Por esa razón había renovado el pasaporte. Pero jamás había pensado en África. Le respondí que no. ¿Estás seguro?, insistió. Muy seguro, dije.

Acto seguido me hizo dejar el bolso con el mulato que custodiaba la casa y, con cierto desgano, me llevó a conocer lo que consideraba sus dominios. Eran cinco o seis hectáreas de tierra roja, pobladas de arbustos y maleza, atravesadas por un río marrón que bajaba en pendiente. Tony caminó un paso adelante por un sendero escarpado que se internaba en la mata. Anduvo sin esfuerzo, haciendo crujir las suelas sobre la arcilla arenosa. En un momento se abrió un claro y me señaló media docena de tiendas de campaña. En los bordes algunas mujeres machacaban mandioca y cocinaban algún plato al compás de una música potente que salía del interior de las tiendas. Había escuchado esa música en Kinshasa. Le decían ndombolo. En Kinshasa la gente se apiñaba en la puerta de los comercios para cantar o bailar, en grupos o en parejas, ese ritmo. Ahí vive el personal, dijo Tony. Luego saludó a las mujeres con una inclinación de cabeza, me miró rápidamente por encima del hombro y continuó la marcha. Lo seguí.

En el terreno no había plantas ni huertos, tampoco se veían alambrados ni zanjas. Sólo tierra desnuda, maleza, arena y unas rocas que ardían bajo la luz. Más adelante, donde el sendero se aplanaba, había sido derribado recientemente un árbol que obstruía el paso. Los dos pasamos sobre el tronco y anduvimos otro cuarto de hora. Esquivamos un par de rocas y después subimos una cuesta para apreciar el terreno. Tony se paró al filo de una barranca. Miró a izquierda y derecha. ¿Ves aquel árbol al fondo?, me preguntó, sin volver la cabeza, señalando un punto en el este. Asentí. Bien, todo esto, desde aquel árbol hasta aquel otro, apuntó mostrándome la copa de un imbondeiro que sobresalía en el oeste, es mío. Es una mina de diamantes que comparto con Muteba, dijo, hizo una pausa y agregó: llegué hace unos cuantos años, quise trabajar en mi profesión de veterinario, no me fue bien, después empecé llevando termos con

diamantes para el Congo y Namibia, el comandante me tomó confianza y ahora estoy en otra categoría, dijo. Su hermana ya me había hablado de su profesión. Tony soltó otro párrafo después de suspirar. Muteba maneja otros negocios, con rusos y sudafricanos. Es buen tipo pero no respeta el peligro, tampoco la muerte. Así que cuidado, dijo al tiempo que llevó el índice a un ojo. Pero sus palabras, que iban dirigidas a mí, sonaron como una propia advertencia.

Las dimensiones del terreno no decían gran cosa. En cambio lo que ocurría dentro, en la superficie del río, en los márgenes y a la vera de la barranca, me dejó impactado. No pude reprimir un chiflido. A lo largo de doscientos metros, bajo un aire caliente, se veían cráteres, hoyos, agujeros y surcos por todas partes. Todo había sido excavado hasta el último milímetro, aunque a la larga tuve la impresión de que el río perforaba a los hombres, no a la inversa. Una cuadrilla de hombres negros, semidesnudos, empapados en sudor y agua, hundía cajones en los hoyos y en el lecho, los llenaba, metía sus manos, contemplaba la arena de un color gris azulado y los volvía a vaciar, mientras otros cavaban la grava con el auxilio de picos, palas y motores.

En las laderas de la barranca divisé una docena de guardias equipados con fusiles y chalecos antibalas. Sus uniformes estaban manchados de barro, llevaban gorras muy metidas en la frente y los fusiles colgados al hombro. Se movían lentamente, de aquí para allá, mirando a la cuadrilla. Distinguí sus Kalashnikov de cuarenta tiros pero también en el suelo, entre el canto rodado, pude ver los tubos de algunos cohetes antitanques. La contribución de Muteba, pensé.

Al otro lado del río, en una lonja estrecha, bajo la sombra de un toldo aunque a pasos de la cuadrilla, había un puesto atendido por mujeres con cervezas, bolsas de harina, arroz y otros comestibles. Más allá estaban amontonados los barriles de nafta y las bolsas con desperdicios. Las mujeres hablaban y reían mientras movían sus manos para espantar las moscas. De vez en cuando tranquilizaban, o daban de comer, a las criaturas que cargaban en las espaldas. En un momento miré a Tony. Observaba las cabezas de los mineros como si quisiera contarlas a todas. Poco después comenzó a relatar la historia de la mina. Habló de una manera arrogante. Pero ya me había dado cuenta de que se daba más importancia de la que tenía. Dijo que habían reclutado a los mineros y al personal de vigilancia con una estrategia que copiaron de militares famosos. Los habían seleccionado de tribus o provincias lejanas, incluso de Senegal y del Congo, para que les resultara difícil establecer relaciones de amistad o mantener algún tipo de contemplaciones entre ellos o con los habitantes del pueblo. Son casi todos mercenarios, como la tropa que reunió Lugard, el general que extendió el imperio británico en África, dijo.

Aquel mediodía su relato fue interrumpido por un minero que subió corriendo desde un extremo de la mina. El hombre trepó tan rápido como le dieron los pies. Era alto, desgarrado y de aspecto inofensivo. ¡Jefe, el nuevo buraco está por pagar!, gritó apenas se acercó a nosotros. Tony acarició el amuleto que llevaba en el cuello. Después quiso mayor información, pero el minero estaba muy ansioso. ¡El buraco está por pagar, sí!, gritaba señalando un punto impreciso. Tony me palmeó la espalda. Tengo que ir a ver, dijo, y luego de un modo muy rápido me describió el camino para volver a su casa y la pieza donde podía descansar. Unos segundos después el minero comenzó a correr barranca abajo y él lo siguió detrás, caminando despacio, con las dos manos en los bolsillos. Cuando llegó al borde del río lo escoltaron dos guardias. Inmediatamente después algunos hombres armaron bochinche a su lado para disputar su atención. Lo vi animarlos con gritos y ademanes. Luego desanduve el camino. No era el único que llevaba a la casa de Tony. Había otro, más corto, cercado de una maleza tupida, aunque ninguno de los dos invitaba a recorrerlos de noche. Poco antes de llegar a la casa distinguí un generador de electricidad y más adelante, a un costado, un árbol de copa ancha con una cadenita de acero enredada en el tronco. Me arrimé y estiré el cuello hacia la copa. Pero no advertí nada raro.

La casa tenía la puerta abierta. Era una construcción de tres piezas, una sala, una cocina y un baño. Un pasillo, en línea recta, comunicaba a la sala con la parte posterior. La sala estaba llena de artefactos, muebles y aparadores. Mis cosas descansaban en el suelo. Las alcé y fui hacia la pieza que estaba en el fondo. La pieza tenía lo justo: una cama, una mesa de luz, un armario y una silla. Por una ventana alta se veía un cielo más fresco. En toda la casa, durante el día, se juntaban moscas, escarabajos, hormigas, polillas y otros insectos que no podría nombrar. Andaban por las rendijas del suelo y las paredes, por el marco de la ventana y los rincones del zócalo. Por las noches aparecían las brigadas de mosquitos suicidas. En el momento en que entraba a la habitación, una lagartija, de color gris claro, trepó veloz por una de las paredes, pero me sentí demasiado cansado para aplastarla. Así que cerré la puerta, prendí el aire acondicionado, bajé la mosquitera que colgaba del techo y me tendí en la cama.

Cuando desperté, cuatro o cinco horas más tarde, me di cuenta de que había dormido vestido. Oí la voz de Tony, luego cierto barullo en la sala, pero antes de ir a su encuentro preparé los papeles que le quería mostrar. Tony estaba sentado en un sofá en compañía de un pequeño chimpancé. Lo tenía sobre sus piernas, cara contra cara, mientras le hundía los dedos en las costillas. El mono se bamboleaba, moviéndose hacia arriba y hacia abajo. Después emitía unos sonidos silbantes aunque intercalados, como si fuera un asmático. Uh-uh-ah-ah. Parecía divertirse. Tony le dio unos golpecitos en la espalda con la intención de

interrumpir el juego, pero el mono se hizo el pancho. Entonces se puso de pie, lo llevó en ancas hasta la puerta y movió la cabeza, con un gesto discreto, pidiéndome que me acercara. El mono se veía común y silvestre. Cara arrugada con labios oscuros, orejas separadas, una frente ancha, tremendos orificios nasales y los hombros chupados. Sin embargo, tenía las patas largas y cuando andaba suelto se desplazaba ligero y erguido.

Extendí una mano para tocarlo pero no se dejó. Se aferró al cuerpo de Tony, restregándole la pelvis en la cintura. Tony le mentó la madre pero después soltó una carcajada en tono apagado. Éste es Cachilo, un bonobó auténtico, dijo, apoyó los labios en su testa y al retirarlos agregó: son muy inteligentes, se la pasan cogiendo y encima no hablan. Sin embargo hay quienes los cazan por hambre o por deporte. Increíble, ¿verdad? El comentario me pareció estúpido. Increíble, dije. Pero Tony, apretándolo contra su pecho, inmediatamente añadió: a los que liquidaron a su familia les cortarían las bolas en pedacitos. Lo juro. Al decir esto miró para arriba. En ese instante un nubarrón pasó por su cara. Luego abrió la puerta y salió de la casa. Oí que le hablaba al mono. No entendí lo que decía aunque supuse que eran palabras cariñosas. Yo nunca tuve una sensibilidad especial con los animales. Excepto con los gatos. Pero con ese antropoide las cosas nunca funcionaron bien. Era demasiado vivo y alcahuete.

Tony regresó de un humor diferente. Se sentó enfrente de mí, en otro sofá. Cerró un puño, se lo llevó a la boca y me clavó los ojos antes de hablar. En ese sofá parecía más bajito.

–Me pregunto dónde mierda vas a parar hasta que te devuelvan los documentos –dijo.

Lo natural hubiera sido que le pidiese ayuda. Sin embargo, el tono de su voz y la forma de mirar me sacaron las ganas. No pronuncié una sola palabra. Tony continuó.

–¿Ahí tenés la carta de mi hermana? –me preguntó señalando con el mentón los papeles que tenía en mis manos.

Separé unos de otros, tomé el sobre y se lo extendí sobre la mesita de madera que estaba de por medio. Tony abrió el sobre, le dio un vistazo al poder que tenía que firmar y volvió a meterlo adentro. Después desplegó la carta y la mantuvo un momento en el aire, sin leerla, con sus ojos fijos en los míos.

–¿Esto es todo lo que mandó?

–Sí –respondí.

Entonces bajó la vista y leyó despacio. Cuando terminó hizo un bollo con la carta y lo tiró sobre la mesa. Se levantó molesto, irritado. ¡Qué hija de puta!, dijo y repitió el insulto dando vueltas por la sala. La carta, en mi opinión –y la había leído un par de veces– omitía cuestiones impropias o agraviantes. Además estaba bien redactada. En un momento se paró a mi lado.

–¿Te la cogés? –me preguntó.

Pensé en su hermana. Recordé que el Vasquito, en el consultorio, había tenido algunos gestos con ella que demostraban una relación más íntima de la que decían tener.

–No –dije.

–¿Amiga?

–Tampoco –le respondí, sin quitarle los ojos de encima.

Tony echó la cabeza hacia atrás para comentar: qué raro, porque siempre le gustaron los tipos como vos, veteranos, marginales, fanfarrones, dijo medio en broma, medio en serio, caminó hacia el sofá y se volvió a sentar. Permaneció pensativo unos instantes, tamborileando los dedos sobre las rodillas. Después volvió a la carga. Me preguntó la profesión. Improvisé. Le dije que trabajaba en la inmobiliaria que su hermana había contratado para vender la casa.

–¿Empleado de una inmobiliaria?

–Sí –le dije.

–Debe ser difícil vivir de un sueldito, ¿no?

Decidí no contestarle. No convenía. Aquella tarde me había propuesto no hacer ni decir nada que pudiera ir en contra de mis objetivos. Pero comenzó a caerme mal. Poco a poco concentré todas mis broncas en él. Primero cuando estábamos en la sala; luego, cuando me planteó que me podía quedar en la casa, y más y más aún durante todo el tiempo que permaneció fuera. No sé. De repente se me ocurrió que tenía cierta afinidad con un neurótico insalvable que había sido mi asistente en el trabajo. Quizás un modo de mirar o cambios de humor comparables. Aquel tipo me había hecho la vida imposible. Pura envidia. Claro que su conducta me dolió por mucho tiempo. Me costó asimilarla. Después no quise saber más de él. Tony me siguió mirando con un aire crítico y socarrón.

–¿Cuánto te pagan por sacarme la firma? –me preguntó.

–Bastante bien –le dije.

Entonces llevó una mano a un bolsillo de su camisa. Sacó una bolsita, echó un ojo y metió los dedos para extraer una piedra pequeña. De tres o cuatro milímetros. Se inclinó hacia delante y me la mostró, sosteniéndola bajo la luz natural.

–A éste le falta pulido –dijo–, pero ¿cuánto creés que vale?

–No tengo idea –dije.

La extendió hacia mí.

–Así como está, sin hacerle nada, entre treinta y cuarenta mil de los verdes –dijo.

Tomé la piedra con la derecha y la deposité en la palma de la izquierda. Pesaba como un hilo. La miré con cuidado. Nunca había visto un diamante, ni

en anillos ni en otro tipo de joyas. Para un ojo inexperto, como era el mío, un diamante en bruto parece un pedacito de cristal. El iniciado sabe que la prueba correcta consiste en frotar los dedos por la superficie. La verdadera gema produce una sensación vagamente aceitosa al tacto, el cristal no. Ahora sé que los diamantes se pueden clasificar por su forma, tamaño, calidad y color, pero que nunca encontraremos dos piedras exactamente iguales. Una gema de un quilate de joyería, es decir, doscientos miligramos, puede costar cinco veces más que otra más pesada aunque de calidad inferior. El precio depende de si presenta manchas de nacimiento, roturas, impurezas externas o no. También del color, del corte y del tallado. Pueden cortarse en forma de pera o como un óvalo, y los hay amarillos, rosas, verdes pero los más buscados son los incoloros. Ahora podría hablarles de todas esas cosas y de algunos detalles más que no vienen al caso. Pero aquella tarde, en la casa de Tony, un hormigueo me recorrió la espalda y tuve una rara emoción, tal vez la misma que tenía él u otros de su mismo pelaje. Aunque lo que pasó por mi mente no era romántico. Ni siquiera original. Esa insignificancia valía más que mi departamento en Buenos Aires. Tony no exageraba. De ningún modo. En Angola casi todos los diamantes de aluvión son de buena calidad. Makeables, se les dice. Están limpios y uno de cada diez sirve para joya. En cambio, la proporción entre los kimberlitos, que se extraen de las rocas, es una de cada cien.

Tony, quizá, leyó mis pensamientos porque cuando levanté la vista tenía su palma frente a mi cara. Ya basta, dijo. Después abrió la bolsita y depositó la piedra adentro. Enseguida, como si hubiera dado vuelta una página, me preguntó si me interesaba la política. Contesté que sí. Como a todo el mundo, le dije. Soltó una risa muy breve. ¿Qué mundo?, replicó irónico y agregó: éste, el tuyo, ¿cuál?, y luego, sin esperar mi respuesta, me hizo otras preguntas. Algunas referidas a Mar del Plata, su lugar de origen. No recuerdo lo que respondí. Seguro que nada importante.

Más tarde se puso de pie, levantó la carta, la metió en un bolsillo y fue hacia la puerta. Afuera comenzaba a oscurecer. Se apoyó contra el umbral, con la cara inclinada ligeramente a un lado. Levantó un pie, examinó la suela y comenzó a raspar el barro de sus zapatos con un cortaplumas que colgaba de un extremo de su llavero. Al terminar, se volvió hacia mí. Dijo que tenía que viajar por cinco días, que iba a firmar los papeles a su regreso y que, mientras tanto, si respetaba dos o tres condiciones, podía permanecer en la casa hasta que recuperara el pasaporte y la plata. Debía moverme lo menos posible y evitar el contacto con la gente del campamento. Acá el que fija las reglas soy yo, dijo. Sus condiciones me parecieron ridículas, pero no las objeté. En cambio, cuando salía de la casa lo tomé de un brazo para preguntarle por qué no firmaba los papeles antes de partir. Tony miró mi mano y no habló hasta que la retiré de su

brazo. ¿Qué pasa? ¿Además de viejo sos sordo?, ya te dije que lo haré a mi vuelta, respondió...

Frente a la casa había una camioneta equipada como la de Muteba aunque de color gris metálico. Dos hombres estaban apoyados tranquilamente contra el capó, conversando. Uno, cuando vio salir a Tony, subió a la camioneta para ponerla en marcha. Era un negro más bien alto, de ojos inteligentes, cara ancha y huesuda, y se movía con la agilidad de un muchacho. Su pelo, largo y trenzado a lo Bob Marley, le asemejaba más a un diletante que a un pobre matón.

El otro que estaba allí era el mulato que vigilaba la casa y la entrada de la mina. Tenía manos como pinzas de acero y daba la impresión de que podía hacer lo que quisiera. Incluso arriesgar la vida por sus propios negocios. Respondía al nombre de Paulo pero casi no tuve contactos con él. Llevaba una pequeña pistola de siete tiros en la cintura y un fusil ametralladora al hombro. Andaba siempre sucio y roto, merodeando por las instalaciones con un gesto prepotente, y calculé que le bastaba una orden para degollarme con gusto una noche cualquiera. La frase más larga que creo haberle oído fue la que pronunció tiempo después cuando tendió un brazo hacia la copa del árbol, señaló al mono y dijo con media sonrisa: cuidado, otro ataque así y lo mata. Paulo se acercó a Tony para hablarle en voz baja. Sin embargo, pude comprender el mensaje que alguien de su confianza había dejado para Muteba. Tony caminó hacia el jeep en compañía de Paulo, al tiempo que comenzó a chistar. Un perro gordo y enorme, de raza alemana, salió corriendo de los matorrales para ir a su encuentro. Él le zamarreó la cabezota y le ordenó que subiera adelante, al lado de Bob Marley. El perro lamió sus manos y su cara. Tony ocupó un asiento trasero. De inmediato bajó la ventanilla para hablarme del perro. A este salvaje – dijo agarrándolo por las orejas– no hay negrito que le haga frente. La camioneta salió volando, dobló a la izquierda y en unos instantes la perdí de vista...»

El suboficial Vargas repite bo-no-bó en voz baja. Luego de restregarse los ojos anota los nombres de Paulo y Bob Marley. Este último le suena de algún lado. Tal vez del cine. Recuerda que en el cine de su pueblo pasaban películas los domingos por la tarde. Era una sala al aire libre, en los fondos de una iglesia. Se queda un momento pensativo.

«...Entré, cerré la puerta y di unas vueltas por la casa. La habitación de Tony estaba cerrada con llave y candado. En la sala, sobre uno de los aparadores, había una balanza electrónica, antibióticos, un transmisor de radio y un

marquito con el banderín de Quilmes que hacía alusión a un campeonato ganado varios años atrás. En otro, más bajo, estaban apiladas unas cajas de balas trazadoras y frascos con ácido fluorhídrico. Este ácido, capaz de corroer todo tipo de material, se usaba como último recurso para verificar si una piedra era una gema valiosa. En una biblioteca de caña había tres o cuatro mamotretos que versaban sobre la influencia portuguesa en la historia de África. Entre los libros encontré un viejo recorte de diario. Pertenece a *L'Avenir* de Kinshasa. La noticia, producida en el interior del Congo, daba cuenta de la llegada de un médico veterinario argentino. La cara de Tony, con barba de profeta, era casi irreconocible en la foto. Tenía la mirada seria, perdida. Dejé el recorte en su sitio y fui a la cocina. Sobre la cocina había una cacerola y una cafetera renegrida. En el aparador, unos cuantos platos sucios apilados al azar. Busqué por todas partes, aunque no encontré nada para tomar que no fuera agua o café. Finalmente abrí dos latas de sardinas, me serví un poco de café, volví a la sala y me instalé en un sofá.

Repasé el comportamiento de Tony. No había esperado grandes atenciones de su parte ni ejemplos de cordialidad. Pero tampoco que intentara basurearme. Deduje que los humos le habían aflojado las tuercas o lo llevaban a suponer que todos, absolutamente todos, éramos unos idiotas redomados como él. Además no me gustó que me dejara vivir en su casa. En apariencia fue un buen gesto. Pero desde un principio tuve la sensación de que formaba parte de un plan que habían elaborado con Muteba. Con el correr de los días crecieron mis dudas. También mi bronca. Se la expresé al volver. Aunque eso ocurrió más adelante, cuando los acontecimientos se precipitaron. Por lo pronto era evidente que no toleraba a su hermana, que no quería saber prácticamente nada de ella y que podía cumplir o no su palabra. Traté de adivinar lo que había pasado entre ellos. Su hermana no me había caído ni bien ni mal. En el consultorio del Vasquito le habían faltado palabras para redondear las ideas. Aunque eso no era grave. Tal vez se guardaban celos o viejos rencores. Durante un rato pensé en ese tipo de conflictos y en que si Tony no cumplía su palabra iba a tener que ingeniármelas para que me devolvieran el pasaporte y salir de Angola por mi cuenta. Mientras tomaba el café consideré distintas alternativas. Unas más factibles que otras. Después de un tiempo dejé de pensar. Permanecí en la sala hasta que aparecieron los mosquitos. Luego fui a la habitación. Acomodé mis cosas, me tiré en la cama y comencé a leer el primer tomo de los libros portugueses. Un capítulo estaba dedicado al inglés Lugard y sus hazañas al frente del batallón de mercenarios que a fines del siglo XIX lo acompañó en su expedición por Uganda, Somalia y el interior del continente. Se resaltaba el encuentro del general con el mensajero de un rey africano. El mensajero antes de atacar a Lugard no había hecho otra cosa que escupir en un recipiente de

bambú para purificarse y protegerse de las consecuencias de su contacto con el hombre blanco. Varios párrafos estaban subrayados. Supuse que había sido obra de Tony. Una o dos horas después oí los acordes de una música movida. Venía desde el campamento y se apagó a medianoche. También sentí unos murmullos y después el trote de unos pies descalzos alrededor de la casa. El resto fue silencio. Dormí profundamente pero me desperté mucho antes del amanecer.

Ese día, con las primeras luces del alba, se presentó una muchachita. Golpeó la puerta y las palmas de las manos. Cuando le abrí sonrió con toda la cara, mirándome unos segundos con ojos interesados y amigables. Mi nombre es Francisca, dijo. Había nacido en la frontera con el Congo, andaba en ojotas, tenía brazaletes en las muñecas y en los tobillos, y le gustaba vestirse con una larga túnica, de colores vivos, que le llegaba hasta los pies. La túnica no revelaba la forma de su cuerpo. Daba la pista de que tenía un físico pequeño y sin curvas, de adolescente. Aquel día me trajo una cazuela de plástico llena de arroz, pescado seco y puré de mandioca. Algunas veces incluyó porciones de cabrito de mata. Esos cabritos tenían la carne blanca pero costaba masticarla. Tony había dado órdenes para que me atendiera en su ausencia. Con la poca plata que le pagaba por su trabajo, se compraba jabón y perfumes para estar limpia.

Francisca, al comienzo, aparentó ser tímida y a duras penas me dio conversación. Luego me fue tomando confianza, se mostró abierta, dispuesta a contar, a hacer cosas y a expresar toda clase de opiniones. Es posible que fuera analfabeta pero en cinco o seis semanas le saqué todo lo que sabía. También me enseñó algunas frases en lenguas nativas. Más tarde me consiguió por treinta dólares varios paquetes de Gitanes y un porrón de ginebra holandesa que cuidé como si estuviera viviendo en el medio del polo. Aún hoy me resulta difícil decir con precisión qué era lo que Francisca pretendía de mí. Tal vez la promesa de irnos juntos o que le consiguiera trabajo en otro lado. Lo más probable era que fuera lo primero.

—¿Una mujer como yo tiene posibilidades en la Argentina? —me preguntó la mañana en que trajo los Gitanes.

La pregunta me tomó de sorpresa. Por un segundo vino a mi mente la figura del pibe que había trabajado como cadete en la librería. Lo encontré en plena avenida Santa Fe, de casualidad, algún tiempo atrás. El pibe corría de aquí para allá, abriendo las puertas de los taxis por unos centavos. Me reconoció en el acto. Se detuvo un instante, se encogió de hombros y siguió su carrera. Un momento después pasé de largo por el frente del local donde había funcionado la librería. Las persianas estaban bajas, cubiertas de pintadas. Entonces sentí que estaba haciendo el ridículo. Recordé al pibe y a renglón seguido llegaron las palabras que me dirigió el dueño cuando terminó de comunicarme su decisión

de cerrar el negocio. Llegaron una tras otra. Rápido. Como pinchazos. Serénesé, Miguel, serénesé, me dijo. ¿Serenarme? ¿Cómo carajo podía serenarme? Aquella tarde nublada me dejé llevar por la furia. Tal vez hice mal. Quizá me hubiera convenido pedirle que me ubicara en otro lado. Era un hombre importante y estaba en condiciones de hacerlo. Por unos instantes pensé por qué en algunas circunstancias uno, como tantos otros, elige el camino equivocado.

–Perdón, ¿le pasa algo malo, señor Miguel? –me preguntó Francisca.

–Nada –dije y agregué–: aunque no sé si tendrías posibilidades en Buenos Aires.

–¿Por ser una negra?

–No, no por eso –respondí.

Tiempo después me preguntó, murmurando al oído, si creía en Dios. Un rato antes me había abrazado, apretujando fuerte su cuerpo contra el mío, para hablarme de las costumbres de los chokwe (o *a-yoko*, los que huyen) y de la máscara de mujer joven, de nariz recta y ojos como granos de café, iguales a los suyos, que todavía usaban en las fiestas para evocar el espíritu de la fertilidad. Me di cuenta de la importancia que le daba a la pregunta porque lentamente apartó su cuerpo, apoyó un codo sobre las sábanas y esperó la respuesta sin hacer el menor movimiento. Le dije que no, que me consideraba un agnóstico y le resumí mis puntos de vista. Pero metí la pata. Los principios, como hubiera dicho el Vasquito, me traicionaron. Porque Francisca, que había seguido con atención hasta mi gesto más leve, se levantó de la cama, se vistió agachándose un poco, giró en derredor para mirarme de frente y se marchó de inmediato. Después enfrió nuestros encuentros para limitarse a traer la comida y a pasar un trapo por la casa.

Durante aquellos días fue y vino con un aire levemente dramático. En un momento le pedí una explicación. La redondeó en dos o tres frases, la última en kikongo. Se dio vuelta, apoyó la escoba contra un mueble y apartó el balde con el pie. Recuerdo que tenía el pelo reseco de tanto cambiar de peinado. Para ella existían tres mundos. El que la rodeaba, las personas, los animales, las plantas, el agua, el aire. El mundo de los antepasados, gente que había muerto pero que aún participaba en la vida real. Y finalmente el de los espíritus que habitaban dentro de todas las cosas y les daban un sentido a los acontecimientos. A la cabeza de estos mundos estaba un ser supremo, un Dios que no supo nombrar ni describir con exactitud. Para ella mi postura religiosa era una barrera infranqueable. Casi una ofensa. Durante su explicación me mantuve callado. Sus creencias, y las de los africanos, no me concernían. Mis planes eran otros y lo que más me interesaba en ese momento era ablandarla. Sin embargo, cuando me acerqué dio un paso atrás, mostrándome las palmas de las manos. *Ku a ku*

kala mbote ie, dijo. Así estamos bien el uno para el otro. Algunas de estas cuestiones quise conversarlas con el soba, el patriarca del lugar, pero tuve la sensación de que le importaban tanto como a mí.

Aquel primer día, cuando se presentó Francisca, y casi todos los siguientes, fui a visitar la mina. Me levantaba al amanecer, la esperaba bañado y cambiado, comíamos entre las doce y la una y luego salía de la casa para ir a la barranca. Cargaba una botella de agua, mi libreta de apuntes y un paquete de cigarrillos. Como hacía mucho calor nunca regresaba antes de que cayera la tarde. En el camino me cruzaba con medio campamento. Mineros, mujeres y niños. Varias veces estuve muy cerca de los mineros. Me miraban, sonreían aunque evitaban hablar o relacionarse conmigo. Tampoco me molestaban. Supuse que Tony había dado órdenes al respecto o les había hablado mal de mí porque entre ellos los encuentros parecían una fiesta. Se saludaban con entusiasmo, como si no se hubieran visto en meses, y después reían a carcajadas. Los mineros volvían en grupo del trabajo. Cada uno que subía la barranca para irse había recibido, de alguna manera, el permiso de los guardias. Casi siempre volvían dos a la cabeza y después filas de a tres o de a cuatro.

Una tarde vi a uno de los guardias señalar con el dedo a uno de los mineros que venía rezagado. Era bajo y gordo. Otro guardia se adelantó hacia él, lo empujó hacia atrás y lo obligó a desnudarse. Luego lo tomó de un brazo, torciéndolo hacia arriba y lo condujo de vuelta hacia el río. Pronto se oyeron un par de tiros que retumbaron en la barranca. Los mineros detuvieron la marcha, algunos se llevaron las manos a la cabeza, pero cuando quisieron interceder un tercer guardia les salió al encuentro. Sólo uno se abrió paso a empujones para hacer frente a los guardias. Discutió a gritos, aunque unos minutos después retomó el camino hacia las tiendas junto a los demás. Lo reconocí al instante. Había estado conmigo en el destacamento militar. Llevaba puesta la misma gorra de béisbol pero se veía agotado, con las venas de los brazos hinchadas. En un momento cruzamos la mirada y llevó una mano a la visera para saludarme. Le decían Calús, por haber nacido en Luanda, la capital de Angola, y a diferencia de los otros nunca le vi entregar un diamante a las autoridades de la mina.

En la barranca había dos o tres acacias en pie. Me sentaba a la sombra de una muy grande para observar el panorama. Apoyaba la espalda contra el tronco del árbol, fumaba y miraba el trabajo en la mina. En ese lugar no corría una gota de aire y se estaba muy bien a la sombra. Pero si me movía o el sol se trasladaba mientras estaba mirando y dejaba una parte del cuerpo fuera de la sombra, el calor era insufrible. Desde allí podía ver cómo se perforaba la tierra, cómo se removía la arena del lecho y, con la ayuda de las motobombas, cómo se achicaba el agua y el barro de los hoyos volcándolos pesadamente sobre el río.

Por momentos alzaba la vista más allá de la barranca, por encima de los árboles. El cielo solía estar manchado de nubes y a lo lejos se veía la estepa africana, extensa y monótona. Muy atrás, en el horizonte, se distinguían unos cerros pelados y brumosos. Entonces, en lugar de pensar en la conducta de Tony o en mi futuro inmediato, pensaba en mi juventud y en la gran ventaja que proporciona la experiencia de haber pasado por tiempos difíciles.

También recordaba mis años al frente de la librería. Cuando en los días tranquilos de invierno tomaba dos o tres clásicos de los estantes, me servía una jarra llena de café y me acomodaba en un sillón que estaba en el depósito para tirarme casi toda la tarde leyendo. Dos o tres horas después venía mi secretaria a fumar un cigarrillo, a comentar las novedades y a mostrarme los números. Hablábamos, fumábamos y nos reíamos de cualquier idiotez, de lo que había dicho o de lo que había pedido un cliente. Pero ya me había metido en los libros. Había vivido bajo otra piel, en otros mundos y en un sinfín de digresiones. Había viajado con ellos. Consideré que había leído poco sobre África. Podía citar los escritos de Conrad, de Hemingway y de Bowles. También los de Gordimer, algo de Mankell y *Mayombe* de Pepetela. No mucho más. En esos relatos aparecían la jungla, los antílopes, las dunas, el apartheid y otros conflictos humanos pero sobre todo el fervor de los grandes escritores. Releía esos libros bastante seguido. Cuando los dejaba apartados era para volver a hojearlos poco tiempo después.

Aquel trabajo en la librería fue importante para mí. Era lo único que siempre me hacía sentir bien. También fue el lugar donde conocí a Alicia. Todo empezó de una manera muy simple. Ella vino a buscar un manual de arquitectura que no estaba en el catálogo y le pedí el teléfono. Tenía la voz suave y unos ojos almendrados, color castaño, que me flecharon en el acto. Alicia era más joven que yo, pero me tuve fe. Luego, durante un largo tiempo, fuimos puro romance y prefería estar en la cama con ella más que con cualquier otra. Viví con la sensación de estar enamorado. Aunque eso fue antes. Porque en el último año y medio, desde que comenzamos a hundirnos en la miseria, rara vez hicimos el amor. Más bien tomábamos y peleábamos mucho...

En la barranca, por momentos, pensaba en mi vida. Si bien ya no estaba sentado en el depósito, ni esperaba fumar un cigarrillo en compañía de mi secretaria o de Alicia. Soñaba despierto. Pero después volvía a mirar el río y el trabajo de los mineros. Era evidente que mi presencia no tenía ningún sentido para ellos. Pero me quedaba observando su trabajo hasta que llegaba la oscuridad y la barranca se transformaba en una cueva vacía y silenciosa.

El río que bañaba la mina estaba bajo y era poco profundo. Por las manchas de humedad que había en las rocas supuse que en la temporada de lluvia crecía más de un metro. Las aguas corrían en zigzag de este a oeste y un poco más

adelante se perdían en un desfiladero para desembocar, kilómetros abajo, en el curso del Cuango. Francisca decía que el Cuango arrastraba en su caudal los espíritus de los antepasados de los chokwe y de los lundas. También que las lágrimas de los hombres habían formado los ríos y las de las mujeres los lagos. Lágrimas de oro, las llamó. Lo recuerdo muy bien. Los mineros del campamento podían atravesar las aguas oscuras del río de una orilla a la otra pero su trabajo tenía un ritmo frenético. El año, la estación, el día, la hora eran detalles olvidados. Una ruleta invisible giraba al compás de las palas, de las motobombas y del murmullo de la arena que caía a través de los coladores sacudidos por una centena de brazos. La cuadrilla era dirigida por Luisinho, el jefe de los guardias. Era un mulato hijo de portugueses y, sin merecerla, gozaba de la confianza de Tony. Tenía un aspecto imponente y usaba un casco de seguridad color rojo, una mugrienta camisa blanca, pantalones cortos y unos zapatones viejos de color marrón. De la comisura de sus labios colgaba siempre un cigarrillo, y dirigía las operaciones con un movimiento de brazo, señalando hacer tal o cual trabajo o tarea de inspección.

Sólo una vez intenté hablar con él. Me deslicé por la barranca, me quité los zapatos y atravesé el río en su parte más angosta. El agua estaba tibia y la corriente era débil, pero como traía mucha basura y desperdicios resbalé y estuve a punto de caerme. Sin embargo, ni uno de los mineros hizo el menor movimiento para ayudarme. Tampoco los guardias. Los guardias me vieron cruzar pero no me dieron el alto. Luisinho estaba hablando con una de las mujeres que atendían el puesto de comidas. La mujer lo miraba de frente, desde detrás de la mesa, con la boca abierta y una masa de mandioca y arroz frito a medio masticar. Tenía la expresión de una niña. Entre la mesa y los barriles de nafta apilados en la arena había dos guardias vigilando el trabajo de la mina. En esa orilla los gritos de los mineros y el ruido de las máquinas retumbaban muy fuertes. Luisinho tenía el codo apoyado en la mesa. Su piel, tostada por el sol, parecía grisácea y amarillenta comparada con la de la mujer. Cuando le hablé, suspendió la charla, se dio vuelta y me saludó con una leve inclinación de cabeza. Luego se plantó derecho. Era mucho más alto y robusto que yo. Me echó una mirada despectiva sin sacarse el cigarrillo que tenía en la boca. Lo mantuvo sin encender, inclinado hacia abajo, mientras respondía mis preguntas. Me dijo que Tony había viajado por negocios y que no sabía cuándo iba a volver. Después me pidió, con su voz ronca, que evitara hablar con los mineros, meterme en el río y en aquellos lugares donde se extraían los diamantes. Por su seguridad, dijo.

En el río, durante horas nadie encontraba algo o apartaba nada. Aunque, de un instante a otro, alguien pegaba un grito seguido de risas y se veía a un minero que llamaba a Luisinho para mostrarle el resultado de una colada.

Luisinho se reunía con el minero a la vera del río. Sumergía el cajón colador en un tanque de poca profundidad y lavaba las piedras. Luego las volcaba sobre un pedazo de arpillera. Tomaba un rastrillo de metal, plano y de forma triangular, para distribuirlas. Las separaba en forma de cuña, las extendía en una esquina de la arpillera y comenzaba a recogerlas una a una. Cuando lo consideraba necesario usaba una lupa y una pequeña balanza. Luisinho permanecía en cuclillas junto al minero y pasaban un buen rato discutiendo y calculando bajo la mirada de los guardias. Luego metía las piedras en una bolsita de tela, apuntaba en una libreta, chocaba los cinco con el minero y éste empinaba una cerveza antes de regresar al hoyo de donde había salido. Poco después uno de sus compañeros comenzaba a cantar y el resto lo seguía.

Tony les pagaba a los mineros un tanto por ciento del producido cada seis meses. ¿Cinco? ¿Diez? Nadie me lo supo decir y no es probable que llegue a saberlo. También aportaba las herramientas y la comida. Los mineros estaban obligados a entregar todo lo que encontraban, aunque la tentación de mantener en secreto una gema para intentar venderla después era muy grande. Si uno descubría un diamante en la superficie o en el fondo de un hoyo podía ocultarlo en un segundo con sólo ponerle un pie encima. Después, cuando nadie lo veía, era posible embolsarlo, esconderlo en la boca o tragarlo. Tony disuadía las tentaciones a punta de fusil. También se ocupaba de buscar a los cagamillones que conseguían escapar. Aunque de sus conceptos sobre el negocio no era fácil distinguir entre un robo y el comercio legítimo. Francisca me había contado que en el río Cuango, aguas abajo, habían existido años atrás grupos de mineros que trabajaban por su cuenta, pero que la desconfianza y la violencia entre ellos los habían liquidado. Lo producido era de todos pero los problemas surgieron a la hora de vender las piedras, pues el que se encargaba de negociar con los traficantes siempre era sospechado por sus compañeros de engañarlos con el precio. Ahora ese tipo de explotaciones eran prohibidas por el gobierno, aunque los sobas obtenían a cambio de favores y dinero la tolerancia de las autoridades políticas, del ejército, de la guerrilla opositora y de los pistoleros a sueldo. Tony, por lo visto, tenía bien amarrados los cuatro poderes. Además, los guardias de Luisinho vigilaban la mina durante el día y también por las noches. De tanto en cuando un par de ellos salía de caza por los alrededores del terreno.

La tarde en que volvieron cargando unos cabritos de mata apareció el soba. Se llamaba Corimba. Bajó al río, estuvo un rato conversando con Luisinho, viendo las piezas que habían cazado sus hombres, y luego enfiló directo hacia mí. Se movía como un anciano bajo un paraguas con adornos que lo protegía del sol. En Angola aprendí que los sobas tienen poder entre las familias porque representan a los espíritus, administran hereditariamente la tierra que habitan y,

además, median entre el mundo de los antepasados y el de los vivos. La gente como Francisca creía que los antepasados estaban por todas partes. Que podían ayudarlos, pero también castigarlos. Por esta razón querían mantener buenas relaciones con ellos y consideraban a los sobas como un enlace sagrado. Los sobas no andan descalzos y pueden tener tantas mujeres como deseen. En un tiempo no muy lejano entregaron esclavos a los negreros por dinero y prebendas. Después, entrado el siglo XX, se dedicaron a asignar las parcelas de tierra, a resolver las disputas y solucionar los conflictos de las aldeas.

Corimba, que le permitía a Tony extraer diamantes de sus tierras a cambio de un porcentaje, hablaba poco con su gente y casi nada con los extranjeros. Según Francisca, se pasaba la mayor parte del día con sus mujeres, en una carpa instalada a un costado del río, conectándose con los antepasados. Ella me confió que lo había consultado una vez. Le preguntó por las sombras que oía rondar por las noches en su tugurio y solían moverle la cama cuando estaba durmiendo. Francisca estaba convencida de que eran las almas de aquellos hombres que se habían dejado dominar por las piedras. Tanto ella como su familia creían que los diamantes se apoderaban de los humanos para sumirlos en una confusión. La palabra confusión tiene múltiples acepciones para los angoleños. ¿Cómo es eso?, le pregunté. Hizo un puño con la mano. Les despiertan el lado salvaje, dijo. *Ditari diabenha ditunda koxi ia mavu*. Así dijo. Sin embargo el soba no dio una respuesta contundente a su consulta. Si esas sombras son malas hay que sacarlas, dijo, si no, que se queden.

Para hablar con el soba había que esperar pacientemente. Pero aquella mañana Corimba subió la cuesta para sentarse unos minutos a mi lado. Tenía los pantalones remendados, una camisa gastada y los zapatos llenos de barro. Se sentó con dificultad, aceptó un cigarrillo y fumamos juntos a la sombra de la acacia que seguramente estaba allí cuando él era un chico. Estuvo unos instantes en silencio, después habló sin mirarme. Se refirió a los cabritos y a las cobras que anidaban en los matorrales. El humo del cigarrillo cruzaba, enroscándose, ante su cara. Dijo que las cobras no eran venenosas y que les temían a los ruidos de los hombres. Cuando le pregunté por otros animales me contó que poco tiempo atrás, a dos horas de camino hacia el este, algunas personas habían visto leones. Un macho y dos hembras, dijo. Entonces señaló el imbondeiro para relatar la anécdota sobre un combate entre un león y un valiente, otra acerca de una cosa oscura que llevaba tiempo haciendo ruido entre los arbustos y dos más que sonaron increíbles. Poco después levantó su cara flaca, vagamente atormentada, hacia el cielo. Un día de éstos van a volver los elefantes, auguró. Ahora se fueron por el barullo de la guerra pero van a volver, dijo, hizo una pausa y agregó en voz no muy alta: su cementerio está río arriba. Allí se meten

para tomar agua, para bañarse, y los más viejos quedan atrapados, pierden el equilibrio, se agitan, luchan, aunque al final no salen. Allí quedan, dijo.

–¿Usted los ha visto morir? –le pregunté.

–Morir no, pero hechos cadáveres sí –dijo.

–¿Le provocó tristeza?

–¿Tristeza? No, ninguna tristeza –dijo Corimba–, la trompa de un elefante, si se cuece bien, llena la panza.

No supe qué decir ante ese comentario. Me quedé callado, estupefacto, tal vez como había quedado Francisca luego de oír su respuesta. A continuación le hice algunas preguntas religiosas pero me contestó con monosílabos. Ella también me había contado que el nombre estrafalario que tenían algunos mineros extranjeros –Independiente, Noche Lluviosa– obedecía a una costumbre africana de bautizar a los hijos con un acontecimiento que ocurre el mismo día en que nacen. Podría haberle preguntado al soba el origen de varios nombres y apodos que había escuchado en la mina. Recordaba incluso un viejo chiste al respecto. Pero al rato sacudió las cenizas de su ropa, abrió el paraguas, se puso de pie, bamboleándose un poco, y bajó hacia el río. Caminó unos cien metros, volvió a trepar la ladera y siguió andando, entre la mata y los arbustos, con paso lento y afectado...»

El suboficial Modesto Vargas mira hacia la ventana de la oficina. Se rasca la cabeza. Luego alza un brazo con gesto débil. Por un instante recuerda la sombra de su machete proyectada en las arenas del pueblo. Achina los ojos. Evoca la mayor serpiente de cascabel que ha visto en su vida. Martirio, murmura para sí.

«...Durante esas semanas salí de la mina para ir a Caxinda. Fui al destacamento militar para reclamar el pasaporte y luego di unas vueltas por el pueblo. La tercera vez que estuve en el destacamento me atendió un nuevo jefe. Era muy flaco y rengueaba de una pierna. Me dijo que aún no tenían noticias de mi pasaporte. Alegó que –si bien se había pactado un alto al fuego en la guerra civil– las comunicaciones eran lentas, los caminos estaban minados, los puentes destruidos y no era fácil abastecerse de nafta. Discutí por más de media hora. Tampoco me entregó el dinero. Pasaporte y dinero, según las reglas, se devolvían juntos. Al final me acompañó hasta la calle. Sabía algo de español y seguimos discutiendo el asunto en la vereda. Insistió en que debía esperar y me aseguró que si tenían novedades le avisarían a Tony. En un momento me pidió un cigarrillo. Sacó una caja de fósforos, lo prendió pero después de una pitada

comenzó a toser. Tosió arqueándose hacia delante y hacia atrás. Luego se golpeó el pecho. La tuberculosis me va a matar, dijo en un tono lastimoso, observando detenidamente el cigarrillo estrujado entre sus dedos, y pegó la vuelta de inmediato...

Aquella no era una buena noticia. De alguna manera me la había imaginado aunque después de escucharla mi humor empeoró. Tuve ganas de tomar algo fuerte y caminé hacia el centro del pueblo. Los comercios que se dedicaban a la compra y venta de diamantes quedaban de paso. Había algunos del tamaño de una carnicería. Los mineros les decían *contuarios*, galicismo que derivaba de *comptoir*: contador. Casi todos los contuarios estaban vacíos pero en los que había movimiento noté que el vendedor y el comprador negociaban, sentados a una mesa del fondo, acompañados por otras personas. La luz del sol les entraba desde la calle, sin embargo tenían las lámparas encendidas, personal de vigilancia y cámaras de video enfocando a todas partes.

Poco después llegué a la calle principal. En esta calle la gente iba y venía, chocándose unos contra otros. Se movían despacio, indolentes. Había una tienda de zapatos, un supermercado, dos bares de mala muerte y uno bueno, dos peluquerías, y un surtidor que vendía nafta en bidones y en botellas de un litro. También se veía un montón de vendedoras ambulantes conocidas por *zungueiras*. Estas mujeres eran inconfundibles por el color de sus ropas así como por su modo de andar. De un momento para otro un camión con remolque, seguido por una hilera de autos, avanzó lentamente por el medio de la calle. Las *zungueiras* que estaban sentadas en el asfalto recogieron sus mercaderías en cestos y palanganas, se acomodaron las faldas y luego, repartiendo empujones entre las vecinas, retrocedieron sin decir palabra ante la cabina del camión. Más adelante había otros puestos fijos atendidos por mujeres. Unas vendían bananas, mangos y aceite de palma. De pie o sentadas en el suelo, hablaban y discutían entre ellas, cuando no intercambiaban productos o miraban al gentío que pasaba ante sus ojos. Se veían arregladas y contentas, aunque nadie les compraba o les preguntaba los precios.

Justo antes de que terminara el pavimento entré a un bar. El ambiente parecía tranquilo. En una mesa había cuatro hombres jugando a los naipes. Fui hacia la barra y pedí un vodka con tónica. Había una buena variedad de botellas en los estantes. En su gran mayoría eran de coñac, de whisky, de vodka y de un licor sudafricano. A la barra llegaba el olor de la calle. Era un olor dulzón y repugnante. Una mampara de aluminio separaba el bar de una peluquería. El muchacho que me atendió salía a cada rato para asomarse a la peluquería. Hacía morisquetas frente a los espejos, con la cabeza torcida, mirando a las negras que estaban allí dentro. Las negras se reían y luego seguían arreglándose el pelo.

Eran muy hermosas. Casi todas se iban con el pelo corto y alisado. Después del segundo vodka me sentí mejor.

A la izquierda de la calle principal estaba el barrio Bala-Bala. Francisca me había hablado mucho de ese barrio. Estaba habitado por mineros y traficantes de menguada importancia. Salí del bar y fui a conocerlo. El barrio era una larga fila de taperas, descuidadas y sucias. Las que estaban mejor equipadas tenían una mesa, un banco, lonas en el piso y las paredes revestidas de afiches y diarios. Varios afiches exhibían las caras de Marx, Engels y Lenin. Enfrente de las viviendas había viejos y mujeres sin nada que hacer y muchos niños. Los que no dormían o descansaban con los ojos entreabiertos estaban rascándose mientras echaban un vistazo al fondo de una olla, a las otras taperas o a los toldos de los vecinos. Varios niños me abordaron para preguntarme de dónde era, para pedirme unas monedas o para ofrecerse de guías. Hablaron en chokwe. Les dije que no tenía un centavo pero igual me siguieron unos metros. Cuando apareció una patrulla policial todos salieron corriendo. Viejos, mujeres y niños...

Tiempo después regresé a Caxinda para comer en el restaurante Veneza. Hacía rato que no probaba un bocado de carne y un mediodía, después que Francisca se marchó, revolví toda la casa para encontrar algo de plata. Como las otras piezas estaban cerradas con llave y candado, revisé a fondo la cocina y la sala. Metí la mano en los cajones, debajo de los muebles y dentro de los frascos. Al cabo de un rato encontré unos billetes. Estaban guardados en un frasco de harina. Eran diez mil en kwanzas. Tomé ocho mil. Cuando salí de la cocina me topé con el mono. La puerta de la casa había quedado mal cerrada. El mono, que estaba rígido a un lado de la puerta, con el dorso de las manos apoyadas en el suelo y la cadenita aferrada en un pie, me miró unos segundos. Luego pegó un saltito, balanceó el cuerpo y echó a correr hacia el árbol. Lo había visto muy poco durante la ausencia de Tony. Algunas tardes lo pesqué caminando alrededor de la casa, pero tan pronto notó mi presencia trepó al tronco para desaparecer entre el follaje. Después me demostró su amistad arrojándome, con escasa puntería, bolitas de excremento mezclado con hojas.

Poco antes de las dos me senté a una mesa del Veneza. Estaba harto de pescado seco, arroz y agua. Ordené carpaccio de salmón, cabrito al horno con papas y una botella de vino español. Los precios eran los de un restaurante muy sofisticado en el centro de Buenos Aires. Me gasté la plata angoleña y una parte de mis dólares. No me quedaron más que cincuenta. Una de las mesas estaba ocupada por dos hombres blancos. A uno de ellos, el más viejo, le acababan de servir un postre, y reclinado en el espaldar de la silla fumaba un puro soltando rosquitas al techo. El otro picoteaba los restos de una ensalada. En el camino hacia el pueblo los había visto desplazarse a bordo de un auto lujoso. Les había

hecho señas para que me llevaran pero siguieron de largo. En cambio, un jeep militar que estaba estacionado a un lado del camino les hizo juego de luces y los vi detenerse un momento para conversar con la tropa. Los soldados acostumbraban a parar a la gente y a los automovilistas que circulaban por allí. Les pedían documentos, los sometían a un breve interrogatorio y les sacaban dinero o un poco de nafta. En especial interceptaban a las mujeres que acarreaban agua del río. Las obligaban a dejarles algunos de los tarros que llevaban sobre sus cabezas. La manera en que los soldados se dirigían a uno no era para nada amistosa. Sin embargo, a ellos les dieron un trato de reyes.

El más viejo estaba vestido con un saco beige, camisa blanca y pantalón color caqui. Era alto, de pelo canoso y suelto, bigote caído, ojos azules y piel cobriza. Le calculé bastante más de sesenta. El otro, que debía pisar los treinta, tenía el pelo rubio, cachetes de mogólico y estaba mal afeitado. Llevaba puesto un pantalón deportivo, zapatillas y una remera que no alcanzaba a cubrirle los bíceps. En el antebrazo derecho tenía tatuada una mujer. En el otro, un dragón luchando contra un tigre. Cuando lo observé, tan plantado en su carácter, en su facha y en su calma, intuí que era capaz de estar armado, protegiendo la espalda y los negocios del viejo.

Por la mesa del viejo desfilaron varios tipos con pinta de farsantes. Estaban un rato conversando, sin tomar ni probar nada. El viejo, cada tanto, atendía el teléfono celular que le pasaba el rubio. A las tres y media de la tarde el restaurante dejó de funcionar. Los mozos apagaron el aire acondicionado y comenzaron a levantar las mesas. Los clientes se fueron, excepto ellos y yo. Pedí una copa de coñac y encendí un cigarrillo. El viejo firmó la cuenta, sacó un puro y se levantó seguido por el otro. Cuando pasó a mi lado se detuvo. Dio dos chupadas al Montecristo, hasta verlo bien encendido. Luego paseó rápidamente la mirada por mi copa de coñac. Tenía los ojos un poco inyectados de sangre. Retiró el puro de su boca para hablarme en inglés. ¿Por qué no la termina en la cafetería del hotel? Va a estar más fresco que aquí, dijo señalando una puerta de vidrio que comunicaba al hotel con el restaurante. Después le hizo un gesto al rubio indicándole que continuara su camino y giró para hablar con uno de los mozos. Una igual que ésta, le ordenó, bajando el índice hacia la mesa, pero me la lleva al hotel y anota las dos, la del señor y la mía, en mi cuenta. No tenía nada que objetar. Así que agradecí el convite, tomé la copa y lo seguí.

El salón donde estaba la cafetería tenía media docena de sillones y algunas mesitas de hierro. Un empleado cambiaba unos focos del techo. Cuando nos vio llegar, abandonó el trabajo, cerró la escalera y enfiló por el corredor que llevaba a las habitaciones. El corredor era amplio y tenía el mismo suelo de baldosas que el resto del hotel. En una punta del salón funcionaba la recepción.

Detrás colgaba un póster, un tanto oscurecido, de un canal veneciano. El póster ocupaba toda la pared. Si mal no recuerdo se veía una góndola pasando por debajo del Puente de los Suspiros. El viejo se quitó el saco antes de desplomarse en un sillón de dos cuerpos. Estiró las piernas. Luego bostezó detrás de su mano. Me instalé en otro para tenerlo de frente. Los sillones eran cómodos aunque estaban gastados. Un mozo vino con una bandeja en la que había una copa de coñac junto a unos platitos con maníes y almendras saladas. El viejo les echó una mirada a las porciones. Levantó las cejas. *L'heure du cocktail*, dijo. Después alzó la copa, tomó un buen trago y se inclinó levemente hacia delante. Parecía reanimado.

–¿Qué prefiere hablar: inglés, francés o portugués? –me preguntó.

–Francés –respondí.

El viejo arrancó una bocanada de humo al cigarro y lo apagó en un cenicero. Después sacó una billetera de cuero, eligió una tarjeta y la extendió hacia mí. Tenía grabado su nombre en relieve, una dirección de New York, otra de Londres y varios teléfonos en letra chica.

–Mi nombre es Bill Carpenter –dijo mientras yo leía su tarjeta.

–Miguel –dije despegando la espalda del sillón para tenderle la mano.

Enseguida me preguntó la nacionalidad, cuánto tiempo llevaba en África y, un momento después, se interesó en saber si estaba vinculado con los diamantes o con el gobierno. Le dije que ni con una cosa ni con la otra.

–¿Por acaso está viviendo en el quilombo del soba Corimba? Me pareció verlo en esa dirección cuando venía en auto hacia acá –dijo.

Conocía el sentido que en la región se le daba a quilombo. Era muy diferente del que tenía en Buenos Aires. Refería a una comunidad.

–Sí, transitoriamente –dije.

Carpenter tomó una almendra, la mordió y bebió otro trago de coñac. Después cruzó las piernas.

–Yo me dedico a los diamantes, soy un *diamantaire* –dijo.

–¿Inglés o norteamericano?

–Me considero un escocés de pura cepa pero nací en el corazón de New York.

Encendí un cigarrillo. Pensé que no convenía demostrarle una curiosidad exagerada. Le hice preguntas puntuales combinadas con otras de índole personal. Carpenter no fue todo lo explícito que yo deseaba, pero lo poco que contó me sirvió. Habló en un francés perfecto. Su voz era un murmullo áspero y poderoso.

–¿Usted conoció a Harry Winston, el príncipe? –me preguntó al rato.

–No –respondí.

–¿No sabe quién era ese hombre?

–No tengo idea.

Carpenter sonrió.

–Harry Winston era un tipazo –dijo–, yo lo traté por años, hice muchos negocios con él. Harry miraba un diamante en su piso de la Quinta Avenida y en unos segundos se daba cuenta de si había sido extraído en Sierra Leona, en Rusia, si provenía de las costas de Namibia o del culo de María Félix. ¡Qué mujer la doña! Por cierto, ¿Jorge Negrete era argentino?

–No, mexicano –respondí.

–Bueno, lo mismo da –continuó Carpenter–, pero la doña le sacó como regalo de boda un collar con forma de serpiente que hoy día superaría cualquier precio. Harry, a veces, me llamaba por teléfono para decirme que tenía un encargo para una boda. Bill, mándame alguna cosa que veas que les puede gustar, me decía. Algo entre cien y ciento cincuenta mil, decía. Nunca habrá otro como él. No, señor. ¿Ya estuvo usted en Monrovia?

–¿Monrovia?

–Sí, Monrovia, la capital de Liberia.

–No. Jamás –dije.

Carpenter volvió a sonreír.

–Yo trabajé para Harry en Monrovia.

–Debe de haber sido peligroso aquello.

–Ahora sí –dijo–, pero antes no. Ahora cualquier pedo que uno se tira, por más chiquito que sea, rebota en cuatro paredes. No era así antes. Para nada. Monrovia, por ejemplo, era el paraíso de los contrabandistas. Me instalaba en un hotel, el Tourist, mucho mejor que esta mierda, por cierto, y en un par de semanas aparecían los bandidos. Uno tras otro, la mayoría senegaleses. Nunca estaban apurados. Venían de noche, me mostraban los paquetes, les ofrecía un valor, renegaban, se iban, volvían dos o tres horas más tarde, les aumentaba un poco el precio, se quedaban dormidos en unos sillones parecidos a éstos y tenía que despertarlos en plena madrugada para cerrar el negocio. Nueve millones de dólares al mes. Una locura. Pero casi todas piedras grandes de muy ligeras imperfecciones. Harry los hacía tallar en la 47 para luego despacharlos a presidentes, actrices, reyes, magnates y a cuanto vanidoso o vanidosa que andaban por ahí. En fin. ¡Claro que los diamantes podrían contar historias! –dijo, bajó la mano, se quedó un rato meditabundo, con la cabeza inclinada y luego, como despertando de un sueño, agregó–: su gobierno siempre quiere entrar en este negocio, pero no es fácil.

Ya me sentía muy molesto por sus alusiones.

–¿Qué gobierno? Yo no trabajo para ninguno –protesté.

–Bueno, bueno –dijo Carpenter–, de todos modos es muy conocido que los sudafricanos dominan el mercado, y para encontrar a un *sightholder* de

confianza en Bélgica, incluso en New York, que quiera comprar lo que uno ofrece y pagar lo que vale, se necesita mucha paciencia.

–¿Usted compra diamantes en Angola?

Carpenter se puso serio.

–Sí –respondió–, todo lo que me ofrezcan.

–¿Con quién hace negocios?

Carpenter se inclinó hacia delante.

–Aquí hay un circo de tres pistas. Usted sabe –dijo.

Pensé en el gobierno, en los administradores de las grandes minas y en la guerrilla opositora de la Unita. De acuerdo con mis cálculos faltaban los tipos como Tony. Pero no fue lo que respondió Carpenter.

–No. No lo sé –dije.

Carpenter bajó la voz.

–Bueno, por fuera del circo, también puede tratar con los que encuentran o se roban una o dos gemas. Un diamante, como usted sabe, se puede ocultar con facilidad. En la boca, las orejas, los sobacos y aun en el ombligo. Es que el ingenio y la avaricia del hombre, por suerte, no tienen límites. Yo mismo, cuando tuve problemas en Liberia, me las arreglé con tubos de pasta dentífrica, aerosoles de cremas de afeitar y con los tacos de los zapatos para cumplirle a Harry. No por algo el entrañable Humphrey Bogart, en la película *La Reina de África*, perdón –dijo y preguntó–: supongo que al menos conoce esa película, ¿verdad?

La pregunta me tomó desprevenido. Por un instante pensé en mi madre. Mi madre, que en su biblioteca tenía libros de Shakespeare, Balzac y Anatole France, disfrutaba de las películas de Bogart y jugar a la canasta con sus amigas más que de ninguna otra cosa en el mundo. La suya no era una biblioteca muy grande porque la vieja regalaba los libros a quien podía. Pero conservaba perlas como *El conde de Montecristo* leída por mí a los nueve y una excelente traducción de *Moby Dick* que aprendí a disfrutar a los once. No sé si fue oportuno que me acordara de mi madre pero en aquel instante la recordé. Fue como una luz en medio de la sombra.

Carpenter esperó a que lo volviera a mirar a los ojos para continuar:

–Le decía que Bogart en esa película le cuenta a la Hepburn, una flor de hembra, que la cantidad de diamantes que se pueden llevar en el cuerpo estando uno desnudo son suficientes para toda la vida. En fin, todo vale en este negocio. Todo sirve. Menos los novatos. Por ejemplo, usted, y disculpe que lo trate de amateur –dijo guiñando un ojo maliciosamente–, supongamos que usted se haga de unas piedras y quiera venderlas. Me va a llamar por teléfono o me va a ubicar en este hotel y tal vez nos pongamos de acuerdo. Yo voy a estar un tiempo en esta zona, y en África cualquiera sabe que pago bien y en

efectivo. Pero ¿cómo va a distinguir usted un diamante de un vidrio? Pues bien, debe hacer esto –tomó un botón de su camisa y le pasó el índice y el pulgar sobre la superficie para explicarme lo que se siente al frotar un diamante verdadero.

Recuerdo que al llegar este punto hizo una pausa para masticar otra almendra.
–¿Ya no trabaja más para Harry Winston? –le pregunté.

Carpenter dijo no con la cabeza. Luego hizo un gesto de dolor. Algo andaba mal en su boca. Se inclinó hacia atrás con una mano en la mejilla. Demoró en hablar.

–¿Usted tiene sueños incumplidos?

–Sí.

–Yo también, aunque el mío es muy particular. En la otra vida me gustaría ser dentista del hijo de puta de mi dentista.

Le sonreí. Poco después hizo un gran esfuerzo para levantarse. Bostezó al tiempo que me extendió una mano. Suficiente por hoy, dijo.

Lo seguí con la mirada hasta que se alejó por el corredor. Prendí un cigarrillo, me volví a sentar y fumé despacio. Saqué su tarjeta para leerla de nuevo. Me quedé fumando y pensando un largo rato. Había sido una charla jugosa. Carpenter me había planteado algo parecido a una oportunidad. Aunque en ese momento no estuve seguro de poder aprovecharla. Por esos días, ciertamente, había soñado con agenciarme unas piedras. Calculé que con media docena salvaba la ropa. Pero mis especulaciones, tan pronto revisaba la casa u observaba el movimiento de la mina, se pinchaban como pompas de jabón. La mina funcionaba en circuito cerrado. No había puntos débiles, tampoco descuidos. Y no era fácil evitar el control de los guardias. En verdad no había registrado ni una sola ocasión. Claro que haber conocido a Carpenter representaba una ventaja. En principio no parecía un charlatán. Lo consideré viejo, melancólico, un tanto venido a menos, aunque no un charlatán. De algún modo me había estipulado plazos y condiciones. Le di vueltas al asunto. Mis perspectivas podían cambiar. Pero para ello no necesitaba precisamente un trabajo. Necesitaba alguien que me consiguiera unas gemas o tener un golpe de suerte. Era todo lo que necesitaba.

Al promediar la tarde le pregunté a un empleado dónde podía hacer llamadas de larga distancia. Me ofreció el teléfono del hotel, detallándome el costo por minuto. Era una fortuna. De todos modos fui a su escritorio y marqué los números del Vasquito y de mi departamento. El Vasquito tenía un contestador de mensajes y mi línea estaba inhabilitada por falta de pago. Cuando salí del hotel anochecía. La tierra del camino estaba seca y caliente. En la mitad del trayecto hacia la mina me topé con un grupo de soldados. Estaban charlando, sentados a un costado del camino. Les mostré el salvoconducto pero igual me

pidieron cigarrillos. Les di los pocos que me quedaban. Esa noche me costó dormir...»

Vargas encierra en un círculo el nombre de Carpenter. Sus trazos son lentos, algo torpes. Luego permanece quieto, sentado, con los brazos cruzados sobre el escritorio y la cabeza un poco inclinada. Mira por el rabillo del ojo al maletín que está en el suelo. Se tiente con borrar un número en la hoja pero desiste enseguida.

«...Tony llegó a la casa dos o tres días más tarde, justo cuando yo empezaba a olvidar mis compromisos con su hermana. Pero la conversación con Carpenter tuvo consecuencia. Hacía tiempo que venía reparando en el trabajo de Calús, el minero que había conocido en el destacamento. Su comportamiento era extraño. No se quejaba ni hablaba de más, se movía de un lugar a otro, hundiendo sus manos y el cajón en los hoyos, en el agua y en el barro, pero nunca daba señales de hallar una piedra a no ser unos cuantos manojos de algas y una colección de basura. La tarde posterior al encuentro con Carpenter lo esperé en el sendero, cerca del campamento, cuidándome de que no me vieran los guardias. Calús llegó un poco adelantado. Lo abordé tomándolo de un brazo. Él se puso tenso y su voz no sonó natural.

–¿Qué pasa? –preguntó.

Estaba dispuesto a tirarme un lance. El único que tenía por entonces. Había resuelto decirle que conocía a un comerciante que pagaba bien por gemas que valieran la pena. Que podía confiar en mí, que iba a negociar un buen precio y que bajo ninguna condición revelaría su origen. Pero unos instantes después apareció Paulo, el custodio de la casa. Salía de una de las tiendas de campaña con la actitud de alguien que trata de escaparse en secreto. Llevaba un paquete bajo el brazo, caminaba en línea recta, con la cabeza baja, si bien su avance, con un hombro adelantado, parecía en falsa escuadra. Nos encaró sin demorar. Cuando estuvo cerca lo paré en seco: ¿usted tampoco sabe cuándo vuelve Tony? Paulo fue tan locuaz como las veces anteriores. Repitió sus vocablos predilectos. No sé, contestó. ¿Dónde está?, le pregunté. No sé, no está. ¿Tampoco se comunicó con usted?, insistí.

Paulo le echó un vistazo a Calús. Observé sus caras. Se cruzaron las miradas como si fueran viejos amigos. Luego ocultó torpemente el paquete y siguió camino arriba entre la maleza y los arbustos. Calús volvió la mirada hacia mí.

–¿Entonces? –me preguntó.

Los mineros, a esa altura, comenzaban a agruparse a nuestro alrededor. Uno había subido de la barranca con una botella de cerveza. La botella estaba medio

vacía. Cuando hizo un ademán de lanzarla por encima del hombro, Calús le agarró el brazo. Luego tomó la botella y le dio un trago.

–¿Qué es lo que quiere? –insistió.

Pensé que probablemente estropearía todo. Bueno, pensándolo bien, quizá no lo hubiera estropeado.

–Mejor hablamos en otro momento –le dije.

Calús fijó la mirada en mi libreta de apuntes.

–¿El señor es periodista? –me preguntó.

–No, ¿por qué?

–Porque siempre lo veo tomar notas –dijo.

–No, no lo soy –respondí.

Calús llevó una mano a la visera de la gorra, dio la vuelta y partió con sus compañeros. Se alejó en silencio y contento. De Calús me separaban unos cuantos años, un océano y una cultura. Sin embargo, esa tarde tuve la impresión de que habíamos crecido juntos...

Tony regresó unos días después. Habían pasado casi cuatro meses desde su partida. En Buenos Aires, quizá, ni me hubiera dado cuenta, pero en África me pareció un tiempo muy largo. Tony llegó enfermo, arrastrándose. Entró a la casa acompañado por Paulo y Bob Marley. Le dio las llaves a Paulo, que abrió el candado de su habitación y luego lo tomó de un brazo para conducirlo a la cama. Se dejó caer pesadamente sobre las sábanas. Le hizo una seña a Paulo para que se acercara, le dijo algo y de inmediato se quedó dormido. Marley, que permanecía junto a mí, bajo el marco de la puerta, cargaba dos botellas grandes de agua mineral. Cuando Paulo se las sacó de las manos para dejarlas sobre una mesa de luz, me miró de reojo. Paludismo, dijo. Después movió la cabeza con un gesto de preocupación y salió de la casa siguiendo los pasos de Paulo. Volví al sofá de la sala, donde mataba las horas leyendo los libracos portugueses, aunque poco antes de que se hiciera de noche fui a la pieza de Tony para echar un vistazo.

Abrí la puerta sin hacer ruido. Estaba durmiendo boca arriba, bajo las sábanas, con las piernas juntas y estiradas. Prendí una lámpara de la mesa de luz, me paré a su lado y le apoyé el dorso de una mano sobre la frente. Volaba de fiebre. Mientras lo estaba contemplando abrió los ojos. Me pidió que fuera a la casa de una doctora italiana para buscar unas tabletas de artemisina, una droga contra el paludismo. El chofer sabe dónde es, dijo con una voz no más alta que un murmullo. Consentí. Luego miré la hora. Eran un poco más de las seis. Tony estaba bañado en sudor pero cuando salía de su habitación me pidió que lo tapara con una manta que tenía guardada al pie de un ropero.

Marley estaba fumando un porro a un costado de la camioneta. Después de que le transmití la orden, dio una última pitada, tiró el porro, lo aplastó con un

pie y subió a la camioneta de un salto. La puso en marcha, se echó el pelo hacia atrás con un movimiento de cabeza, abrió la guantera, sacó una pistola, revisó el cargador y la volvió a guardar. Lo hizo fácilmente con una mano. Después se enderezó en el asiento, se limpió la cara con un pedazo de trapo, llevó la palanca a una posición automática y partimos a todo vapor. Otro gallito, pensé. A poco de andar encendió el transmisor de radio que estaba debajo del tablero. Manejó casi todo el trayecto en silencio. En camino hacia el pueblo saludó a los soldados con un par de bocinazos. Recién entonces le pregunté por las manchas oscuras que había en el suelo. Su respuesta fue concisa.

–Son del perro del señor Tony –respondió sin apartar la vista del camino.

–Se ven como sangre.

–Sí, unos bandidos le pegaron un tiro –dijo.

–¿Dónde fue eso? –le pregunté.

Marley se volvió hacia mí. Su aliento, cargado de marihuana y cerveza, me llegó a la cara.

–Viniendo del Congo, un buen tiro y adiós.

–¿Por qué demoraron tanto en volver?

–Fue un viaje terrible –respondió.

–¿En qué sentido?

–En todo –dijo.

Bordeamos Caxinda, doblamos a la izquierda y en el momento en que tomamos un sendero enrevesado, lleno de baches, que se abría en diagonal, pasamos al lado de un hombre. Marley frenó y dio marcha atrás hasta ponerle la camioneta a la par. El hombre, que tenía la boca ensangrentada, lo miró antes de internarse campo adentro. Ajá, murmuró Marley meneando la cabeza. Luego imitó la acción de apuñalar a alguien por la espalda, reportó el encuentro por la radio y aceleró a fondo. Le pregunté quién era. Un don nadie que se dedica a vender diamantes por su cuenta, dijo. La camioneta anduvo a buena velocidad, derrapando en las curvas, pasando como un relámpago junto a alguna que otra choza, hasta que dos o tres kilómetros más adelante una casa de ladrillos apareció a la vista. Estaba situada en un terreno ondulado, rodeada de árboles sin hojas y matorrales. Unos cuantos metros hacia el este se veía una escuela en construcción. La casa y la escuela tenían generadores de electricidad. El de la escuela alimentaba un farol que daba luz al camino. De noche esa luz era la única referencia en varias manzanas a la redonda. Marley frenó la camioneta de golpe. Luego señaló la entrada de la casa. Ahí vive la doctora Laura, dijo. Una ventana tenía los postigos abiertos de par en par. Me bajé, fui hacia la ventana y miré al interior.

Laura estaba en un sillón, con las piernas encogidas, un libro en las manos y la cara vuelta hacia la ventana. Cuando se levantó para venir hacia la puerta

advertí que era muy alta. Llevaba puesto un vaquero gastado y una blusa celeste sin mangas. Estiró la blusa hacia abajo, y luego apoyó el libro y los anteojos sobre la mesa. Miró su reloj de pulsera y después alzó la vista para dirigirla directamente hacia mí. Tenía el pelo corto y oscuro tirado hacia atrás, un cutis claro, los ojos negros y una sugestiva pinta de italiana. Sus movimientos eran sueltos, seguros, y unos segundos después, cuando la tuve enfrente, me pareció que era la mujer más hermosa que había visto en África. Más hermosa aún que Francisca. Laura abrió la puerta y se inclinó ligeramente para mirar la camioneta. Luego se quedó inmóvil, con las manos apoyadas en la cintura. Me presenté y le expliqué por qué la molestaba en su casa. Ella asintió, me dijo que esperara un minuto, dio la vuelta y se metió en la sala.

Un guardián, armado hasta los dientes, se asomó por detrás de la casa. Me miró fijo un instante y desapareció entre los árboles. El polvo que había levantado la camioneta todavía flotaba en el terreno, en medio de los árboles y los matorrales. Oí que en la sala estaba sonando una grabación de Mozart. Recuerdo que era la sinfonía número 24 porque esa maravilla es una de mis favoritas. Laura demoró un poco pero al volver me invitó a pasar. La sala estaba fresca y olía a sahumerios. En el ambiente no había más que dos sillones, una mesa rectangular, una lámpara, algunas sillas y un armario bajo, de madera. Pero todo encajaba como si hubiera sido hecho a medida. La mesa estaba cubierta por un mantel de tela color ocre. En el centro había un florero con unas margaritas. De las paredes, que estaban pintadas de blanco, colgaban varias reproducciones y dibujos. Nada era caro ni ostentoso. Aunque se notaba el buen gusto.

Laura fue hacia la mesa, me mostró un envase de medicamento y sacó una tira completa de píldoras. Observé su expresión. Había algo en sus gestos que evocaba a una rosarina que supe frecuentar en otra época. Sacudió la tira delante de mis ojos.

–Cuatro tres veces por día, durante tres días –dijo, y por si me quedaba alguna duda, repitió contando con los dedos de la otra mano–: cuatro, por tres, por tres. Esto va a curar a su amigo.

–No es mi amigo –la corregí.

–¿Cómo se llama su no amigo? –me preguntó.

Cuando le di el nombre vaciló por un instante. Luego dijo que no lo conocía. Me pareció imposible que no lo conociera. Miré la tapa del libro que había dejado sobre la mesa. Era un clásico de Kapuscinski sobre la independencia de Angola: *Un día más con vida*. Mucho tiempo atrás había vendido una buena cantidad de ejemplares de la edición española.

–Con un libro tan bueno como éste y una grabación de Mozart uno no tiene necesidad de hablar con nadie, ¿verdad? –le dije en un italiano cocoliche.

Laura sonrió.

–No siempre –dijo.

Le pregunté qué orquesta interpretaba el concierto. Ella fue hacia el armario, atravesando ligera la sala. En el camino se levantó un poco el vaquero y pavoneó las caderas. Empezó a revolver los CD's que estaban en el armario pero desistió al segundo.

–No sé –dijo–, me lo regalaron unos amigos.

–¿Tiene amigos aquí?

–Algunos colegas –respondió–, ¿y usted?

–No, mis amigos están al otro lado del Atlántico –dije.

–¿Argentino?

–Sí –respondí.

–He conocido a muchos argentinos –dijo en español.

Como tantos compatriotas sentí, de un modo absurdo, que esas palabras me daban cierta ventaja.

–Qué afortunada –dije.

Laura volvió a sonreír, aunque cada una de sus sonrisas iba seguida de cierta congoja. Se acercó a mí.

–¿Qué hace en África?

Mentí por enésima vez. Ya me parecía un ejercicio denigrante, agotador.

–Soy periodista –dije.

Ella me miró aliviada y un tanto coqueta.

–¿Freelance?

Asentí.

–¿Sobre qué está escribiendo?

–Sobre las minas de diamantes.

–¿Cuánto tiempo lleva en Angola?

La miré a los ojos. Laura me sostuvo la mirada. Le pregunté si aceptaba continuar el interrogatorio otra noche. Se lo dije en broma aunque ella no lo tomó así.

–¿Le molestan mis preguntas? –replicó.

–No –dije–, le estoy proponiendo una cita.

Ella se quedó pensativa. La cara se le tiñó de un color rojo oscuro.

–¿Adónde me podría invitar un argentino en el corazón de África? –me preguntó.

Por un instante pensé en el restaurante Veneza. Pero no tenía dinero suficiente. Le propuse la cafetería del hotel. Laura dudó, insistí, se mostró un tanto esquiva, aunque finalmente aceptó marcando el día y la hora del encuentro. Era un atardecer agradable, no hacía calor y una ligera brisa soplaba

desde el sur. Pero cuando subí a la camioneta, después que ella entró a la casa, noté que tenía la camisa completamente empapada.

Marley condujo más rápido a la vuelta que a la ida. En pocos minutos estuvimos de regreso. Bajé y fui directo hacia la habitación de Tony. Seguía durmiendo. Prácticamente no se había movido de posición. Lo desperté para darle las medicinas. Se incorporó sobre el codo, metió tres píldoras en la boca y después tomó un sorbo de agua. Respiraba con dificultad. Me pidió que dejara la luz de la lámpara prendida, se volcó hacia un costado, acomodó la almohada debajo de la cabeza y volvió a dormirse. Estuvo tres días y dos noches acostado, en silencio, tomando agua, jugo de frutas y las tazas de té que le preparaba Francisca. En ese tiempo sólo Paulo y Luisinho pasaron unos minutos por la casa. Entraban a su habitación, intercambiaban unas palabras y se iban sin hacer comentarios. Yo, mientras tanto, iba y volvía de la barranca o me instalaba en la sala pensando en Laura o en los diamantes, pero también en una serie de puntos que quería aclarar con él...

La tarde en que tenía la cita con Laura pudimos hablar. Volví temprano de la mina, quería tomar un baño, cambiarme de ropa y salir con tiempo de sobra. Al pasar por delante de su habitación me di cuenta de que la puerta estaba abierta. De todos modos golpeé antes de entrar. Tony conversaba con Paulo. Estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared, la sábana hasta la cintura y las manos enlazadas. Me pidió un cigarrillo. Saqué uno para él, otro para mí y avancé hacia la cama. Paulo se corrió lentamente hacia atrás y permaneció de pie, atento, con una mano sobre la pistola que calzaba en la cintura. Tony se abrochó la camisa. Luego retiró el pantalón que estaba sobre una silla para que pudiera sentarme a su lado. Tenía el pelo revuelto, la cara pálida y había perdido mucho peso. Le di fuego y pitó dos o tres veces despacio, como si estuviera admirando la pureza del tabaco.

Antes de hablar levantó una botella para tomar un trago de agua. Su voz sonó pastosa. Bajó la vista y me dijo que habían matado a su perro. Luego movió lentamente la cabeza. Odian a los animales y yo los odio a ellos, dijo. ¿Quiénes fueron?, le pregunté. Qué importa, los odio, respondió, dio otra pitada y estrujó el cigarrillo en el fondo de una taza que estaba sobre la mesa de luz. No le tuve ninguna compasión. Aguardé sólo un momento para expresar mi bronca. Le reproché que me hubiera dejado semanas esperando. Tony no dijo nada. Era evidente que pensaba en otra cosa. Permaneció en silencio, mordiéndose el labio inferior. Después recuperó su altanería habitual.

–Te hubieras ido –dijo.

Apagué el cigarrillo en la taza.

–Sabés que estoy sin plata ni pasaporte –le dije.

Tony alzó la vista para observarme con un gesto tan rígido como cuando

había estado callado. Unas gotitas de sudor perlaban su frente.

–¿Todavía no te devolvieron tus cosas?

–No. Y cada vez que las reclamo me dicen que te van a avisar a vos.

–¿Viste al comandante Muteba en este tiempo?

–No –respondí.

Entonces irguió la cabeza y me pidió que me acercara. Dudé.

–No tengas miedo, que entre un hijo de puta y su huésped no hay metamorfosis –dijo, con una sonrisa maligna.

La frase, viniendo de él, no dejaba de ser graciosa. Pero no la festejé. Cuando estuve cerca soltó lo que había sospechado desde un principio:

–Muteba está dispuesto a ayudarte, pero tendrías que hacernos un trabajito a cambio –dijo.

–¿De qué se trata? –le pregunté.

Tony miró a Paulo, señalándole la puerta con el mentón. Paulo se alejó unos pasos.

–Una cosa sencilla –dijo Tony–. Hay que transportar un correo a la frontera con Namibia, en el sur. Es una operación rápida y segura. Por tierra. Además te pagaríamos por eso. Es decir que vas, volvés, te llevás el pasaporte, lo que tuviste que dejar de depósito y encima te ganás unos pesos...

Lo miré y pensé: así que eso era todo. ¿Por esa razón tuve que esperar al imbécil por más de tres meses? ¿Varado, sin nada que hacer, tragando mierda un día tras otro? Me retorcí interiormente. Tuve deseos de pegarle un puñetazo pero me contuve.

–¿Y el poder para tu hermana? ¿Lo incluís o no? –le pregunté.

–A mí me matan al perro y vos estás preocupado por una yegua. Ves, en algo nos parecemos los argentinos –dijo, meneó la cabeza y completó–: sí, eso también podemos incluirlo en el negocio.

–No es un negocio.

–Bueno, en el acuerdo –dijo.

–Tampoco es un acuerdo.

Tony alzó los ojos al techo.

–Llamalo como quieras. ¿Aceptás o no?

–¿Cuánto quieren pagar?

–Cinco mil verdes –contestó.

Aquello constituía una simple extorsión aunque la cifra que mencionó no era para nada despreciable.

–¿Por qué no me dijiste todo al principio?

–No te conocía lo suficiente –dijo.

–¿Ahora sí? –le pregunté.

–Bueno, al menos aquí, en la mina, pasaste la prueba con buena nota. Salvo

los diez mil kwanzas que hiciste desaparecer –dijo.

–Fueron ocho mil –le corregí.

Tony miró a Paulo. El mulato clavó la vista en el suelo.

–¿Supongo que es un envío de diamantes? –le pregunté.

Tony dijo que sí con la cabeza.

–¿Por qué yo? –le pregunté.

–Das el tipo: hombre blanco, grande, facha de alemán. Muteba cree que bien vestido te tomarán por empresario o por un turista extranjero –dijo.

–El sur todavía está en guerra –le dije.

Tony negó con la cabeza.

–Mentiras. La guerra terminó. Hay un alto el fuego. Además no irías solo. Te pondremos un par de escoltas –dijo.

Le pregunté cuándo se haría el trabajo.

–¿Por qué tanto apuro? –replicó.

–¿Cuándo?

–¿Qué pasa? ¿Estás muy ocupado allá?

En ese instante presentí que conocía mi situación en Buenos Aires. Aunque después deduje que fue una corazonada de su parte. No le di lugar.

–¿Cuándo? –insistí.

Tony continuó con el tema.

–Si estabas muy ocupado no hubieras venido hasta acá para ganarte una comisión –dijo en un tono despectivo, hizo una pausa y agregó: tengo que salir unos días y a mi vuelta, más o menos en una semana, tendremos todo listo.

–¿Y si no acepto? –le pregunté.

–¿Tenés otra opción?

–Por el momento no –respondí.

Él encogió los hombros.

–¿Por qué no vas a aceptar entonces?

–Cinco mil es poco –dije.

Tony sonrió.

–¿Cuál es tu precio?

–Mañana lo hablamos –dije–, ahora quiero salir y necesito que me prestes algo de plata.

Tony levantó el pantalón. Metió la mano en un bolsillo, luego en otro y después lo tiró a los pies de la cama. Señaló el ropero. Un ala del ropero estaba llena de ropa y zapatos. En la otra se veían envases de perfumes, repelentes contra mosquitos y una fila de cajones. Encima del mueble había tres máscaras y una pipa de origen chokwe. Me pidió que le alcanzara un sobre de plástico, que estaba guardado en el cajón de arriba.

Me puse de pie y abrí el cajón. Paulo se paró a mi lado. Al sacar el sobre

quedó al descubierto una fotografía instantánea. Observé a Paulo de reojo. Seguía mis movimientos al milímetro. Le tiré el sobre a Tony y después levanté la fotografía para verla de cerca. Rápidamente identifiqué a Fabrice y a la banda de pibes que me rodeaban en un callejón de Kinshasa. La tuve un momento en mis manos. Tony sacó un gran fajo de billetes del sobre. Separó unos cuantos, tomó cien dólares y deslizó el sobre por encima de la sábana.

–¿Un recuerdo? –le pregunté mostrándole la foto.

Tony alzó la vista hacia la foto.

–Ésa fue tu tarjeta de presentación para entrar acá. Queríamos saber como era tu cara –dijo y agregó–: me debés doscientos, estos cien y lo que te llevaste el otro día al cambio oficial de kwanza por dólar. No lo olvides.

El sobre había quedado semiabierto. Las puntas de los billetes y de un pasaporte estaban a la vista. Verlos así era indudablemente una tentación. Entonces dejé caer la foto. El papel dio unas vueltas en el aire antes de posarse cerca de mis pies. Paulo se agachó para recogerla. Lo hizo con cierta torpeza, apoyando una rodilla en el suelo. El corazón me latió fuerte. Pero juzgué que no tenía sentido hacer algo que luego podía lamentar. Tony se quedó con el billete de cien dólares en la mano, el brazo estirado hacia mí, por unos segundos. ¿Querés la guita o no?, me preguntó. Tragué saliva. Luego tomé los dólares, di la vuelta y me alejé. Paulo tuvo que retroceder para que pudiera salir de la habitación. Caminé rápido hacia el pueblo. No era poco lo que me había ofrecido el imbécil y yo, hasta entonces, no tenía nada en concreto. Nada de nada. Pero seguía sumando posibilidades y sentí que mi necesidad de ganar dinero era más verdadera que nunca...

Llegué al hotel Veneza un tanto agitado. Entré a la cafetería, pedí un whisky y después fui al baño para lavarme la cara. A la vuelta me instalé en un sillón. En un ángulo había dos hombres sentados, discutiendo a gritos. Delante de ellos, sobre una mesita, se notaba una buena cantidad de copas vacías. Uno, de piel blanca, discutía sin sacarse el palillo de la boca. Parecía borracho. Tenía el pelo rubio, muy corto, y el físico de un boxeador. Por el acento podía ser ruso. Era difícil equivocarse. Cuando me trajeron el whisky me lo zampé de un trago. Laura llegó casi una hora tarde. Estaba arreglada como para ir a una fiesta. Los tipos volvieron la cabeza al verla pasar. Se quedaron inmóviles, un poco inclinados hacia delante en sus asientos. Laura tenía puesto un vestido estampado, de mangas cortas, con un cuello redondo, zapatos de tacón, y se había maquillado los ojos y los labios. No demoré en piropoarla. Gracias, dijo con una voz muy suave. Luego le echó un vistazo al lugar. Pareció disconforme. Me propuso ir al restaurante. Estoy muerta de hambre, dijo.

En el restaurante no había nadie. Un mozo nos salió al encuentro. Mientras nos acomodaba en una mesa cerca de la ventana sus colegas prendieron el resto

de las luces y el aire acondicionado. Por la ventana se podía ver la calle principal. Pero la gente del pueblo dormía o vagaba como sombras. Cuando el mozo fue a la cocina por platos y vasos, ella leyó rápidamente el menú. ¿Pedimos vino español o italiano?, me preguntó. Recordaba los precios. Ninguno bajaba de treinta dólares, excepto los portugueses que costaban quince. Eran un robo a mano armada. Portugués, respondí. Laura sonrió. Me preguntó qué iba a comer. Voy a tomar apenas un postre, dije. Arqueó las cejas. ¿No es buena la comida?, me preguntó. Miré hacia la cocina. La negra que oficiaba de cocinera estaba asomada al mostrador, fumando un cigarrillo. Su cara, en reposo, parecía la de una muñeca. Desconfío de las condiciones sanitarias, dije. No olvides que estás con una médica, me replicó. El mozo trajo la botella de vino, otra de soda y un recipiente con hielo. Laura se inclinó hacia delante, mezcló lentamente el vino con la soda y tomó dos o tres sorbos. Pidió una pasta de entrada y risotto con hongos como plato principal. Le pedí que me contara algo de su vida. ¿Vas a tomar nota?, bromeó. Le sonreí.

Poco después comenzó a hablar en voz baja. Su trayectoria ganó mi admiración. Todo el mundo miente o exagera sobre sí mismo, pero tuve la impresión de que ella no mentía. Había estudiado en Roma, su ciudad natal, y luego de especializarse en enfermedades tropicales había emigrado para trabajar en comunidades del interior de Vietnam, Malasia y Camboya. Cuando mencionó Vietnam pude verme a mí mismo, mucho antes del naufragio. Podía evocar casi todos los nombres de los revolucionarios vietnamitas. También el nombre de quien había editado, treinta años atrás, sus libros en Buenos Aires. José Luis Mangieri. Vivía en el barrio de Floresta. Era un tipo fabuloso.

Esa noche me gustó que Laura hablara de Vietnam. Refirió lugares y episodios que, curiosamente, ambos conocíamos. Aunque después le dedicó más tiempo a Camboya. Allí había sido jefa de un programa para combatir el paludismo y el dengue. Relató con detalles su experiencia con los campesinos, sobrevivientes de la dictadura de los rojos, y también describió la comunidad donde había vivido, el paisaje que la rodeaba y los distintos templos que había visitado en la jungla. Me paseó por una serie infinita de torres, puentes y galerías sagradas. Al cabo de un rato me distraje y encendí un cigarrillo. La propuesta de Tony comenzó a dominar mis pensamientos. Sentí que mis pies se levantaban del suelo. Ella lo advirtió enseguida.

–¿Te aburro? –me preguntó.

–No –dije–, estaba pensando si encontraste argentinos en el sudeste asiático.

–Uf, ustedes están en todas partes –dijo.

–¿También en Camboya?

–No, allí no vivía ninguno –dijo, se inclinó hacia atrás y comentó–: pero tú

podrías ser el primero. De hecho, tengo una bonita casa en Phnom Penh, a orillas del río Mekong.

¿Camboya? Lo único que falta, me dije, es que también me ofrezcan un trabajito en el mar de la China. Laura extendió el vaso para que le sirviera más vino. Reparé en sus manos. Tenía las manos grandes con dedos excepcionalmente largos. Pero no usaba anillos. Me pareció increíble que hubiera hecho esa trayectoria en soledad. No quise preguntarle. Debió pasar un tiempo para que me confiara que su marido, un médico francés, la había abandonado después de un largo matrimonio. No estaba de acuerdo con su estilo de vida. Una tarde preparó toda la ropa y se fugó con una enfermera del hospital donde trabajaba. Aunque eso lo supe mucho después. Aquella noche le pregunté si había venido a África directamente desde Camboya. Laura dijo no con la cabeza. Luego me contó que había volado a Londres, con el fin de mejorar sus conocimientos en pediatría, y que allí, luego de residir en una universidad pública, había aceptado la oferta de una institución para desempeñarse primero en Etiopía, después en Senegal y finalmente en Angola. Había estado un año en Luanda y llevaba ocho meses en el campo. Le pregunté por cada uno de los países africanos. Sus opiniones me parecieron justas y acertadas. Pero no hubo emoción en su voz. Me quedó claro que en Camboya había sido feliz como en ningún otro lugar.

Más tarde referí que un abogado, cuando viajaba para Angola, había mencionado su nombre en forma elogiosa. También le dije que Alphonse, pese a ser mucho más joven que nosotros, había hablado con mucha propiedad de temas diversos. Lo dije de una manera casual pero lo tomó como una indirecta. Se echó hacia atrás para lanzarme una mirada ofendida. *Certo, Alphonse e molto piu bello e piu giovane che te*, dijo. Fue una reacción desmedida a un comentario inadecuado. Para mí era un asunto irrelevante. Para ella no. Laura podía aludir a su familia, a su adolescencia en el barrio romano del Trastévere, a todos los trabajos que tuvo y a los países que había conocido, pero nunca a su edad. Estaba muy bien conservada aunque según mis cálculos debía tener bastante más de cuarenta. En una ocasión acusó treinta y nueve. En otra cuarenta y uno. Sin embargo, si yo sumaba sus años de estudio y de trabajo la cuenta no me daba...Ahora recuerdo que un rato antes de que mencionara a Alphonse le había dicho que me gustaba verla sonreír. Laura, entonces, se tocó las sienes con la punta de los dedos. Tenía algunas arrugas allí, otras en la parte inferior de la frente y en los círculos debajo de los ojos. Mi madre dice que tengo arrugas de tanto reír, pero yo prefiero que se me formen arrugas y no estar siempre con cara de culo como mi hermana, me dijo.

Cuando terminó de comer, el mozo trajo mi postre y el café. También dos velas encendidas, cada una en un platito. Mi postre era budín de pan. Ordené

otra botella de vino. Laura había tomado menos que yo pero le brillaban los ojos y tenía el pelo un tanto revuelto. Tuve deseos de besarla. La tomé de una mano y me incliné hacia delante. Pero ella se movió suavemente hacia un costado para mirar a nuestro alrededor. Todo el personal permanecía de pie, con los brazos cruzados, esperando que nos fuéramos. Hasta la cocinera meneó la cabeza con expresión de disgusto. Laura acercó su cara para hablarme al oído. Mejor vienes un día a mi casa, dijo. ¿Cuándo?, le pregunté. Pensó la respuesta. Si quieres, mañana mismo por la tarde, contestó. Poco después pagué y salimos. La noche era clara. Un pedazo de luna flotaba al final de la calle. Un gato, flaco y gris, hacía guardia frente a la puerta del hotel. Ella se inclinó para acariciarlo. Le extendió al hocico el dorso de una mano, pero el gato escapó de un salto. Cuando se enderezó la abracé para besarla. Noté sus pechos grandes y duros. Estuvimos apretados el uno contra el otro. Vas demasiado rápido, dijo al tiempo que subimos a su jeep.

Laura me dejó a la entrada de la mina entre las doce y la una de la mañana. Era una hora avanzada para las costumbres de los mineros. Los mineros se acostaban temprano y se levantaban temprano, y a esas horas rara vez llegaban voces o ruidos del campamento. Sin embargo, cuando caminé hacia la casa oí el resonar de tambores. El sonido era amortiguado, confuso. Tenía el compás de las murgas. Al llegar a la casa encendí un cigarrillo. Pensé intensamente en Laura. Estaba cansado pero no quería dormir. La italiana me había gustado mucho, tal vez por ser la primera mujer blanca que veía en meses. Entonces terminé el cigarrillo y enfilé hacia el campamento. Caminé con cuidado. Todo era alto y oscuro a ambos lados del sendero, pero no aflojé el paso. Seguí andando por la arena firme que había entre los matorrales. Un poco más adelante advertí la luz de una hoguera. El humo se elevaba en espiral hacia el cielo. Avancé hasta el claro donde estaban las tiendas y un momento más tarde pude ver el fuego que brillaba entre los árboles. También el círculo que habían formado el soba y otros hombres. Estaban sentados con la cabeza entre las manos mirando las llamas. El fuego ardía en el centro del círculo, al borde de las tiendas. Junto a ellos había un cuarteto de músicos. Dos tocaban tambores mientras otro soplaba un largo tubo de caña y de metal y el cuarto, apoyado en el suelo, percutía una especie de xilofón, de notas escasamente sostenidas. Estaban con el torso desnudo y tenían puestos máscaras y adornos en la cabeza. Los tambores eran pequeños, con forma de conos, y estaban unidos por una cinta de cuero. Cada ejecutante golpeaba el macho y la hembra que sostenía con las rodillas. El soba vestía un traje largo y blanco. Seguía el ritmo de la música con suaves movimientos de cabeza. La disfrutaba como si fuera un plato de cabrito en plena cocción. Por un segundo recordé unas líneas donde Borges,

con limitado entusiasmo, da cuenta de la influencia negra en la música, la tragedia y el arte americano.

En el centro del círculo había dos hombres de pie. Uno, con collares y pulseras, se balanceaba, miraba hacia el cielo y sacudía un trozo de marfil. La luna proyectaba su sombra en el suelo arenoso. El otro era Tony. Estaba con los ojos cerrados, los brazos colgando, sin moverse, con la barriga al aire y el pelo cubierto de cenizas. Por una vez volvió la cabeza hacia donde estaba yo. Luego continuó inmóvil, sin emitir ningún sonido. Su cara no tenía buen aspecto. Cada tanto el que tenía pinta de hechicero daba un paso adelante. Le hablaba entre dientes y después lanzaba ligeros quejidos. No entré al círculo de la hoguera. Observé la escena detrás de un árbol. Hacía fresco allí. Estuve un rato mirando sus movimientos mientras la brisa nocturna refrescaba mi piel. A mi derecha tres o cuatro mineros observaban la ceremonia en silencio. Uno de ellos era Calús. Estaba quieto, mirando hacia el fuego, con los brazos en jarra. El resplandor le daba de frente y la cicatriz de su cara parecía más grande. A la luz del fuego lo intuí peligroso. Cuando caminé hacia él, dio media vuelta. Los otros mineros no se movieron. Le pregunté qué estaba ocurriendo. Señaló a Tony. Sus ojos, densos y opacos, parpadearon seguido. Pretende quitarse las maldiciones, dijo. Me paré a su lado. Bajé la voz: quiero que pronto conversemos a solas, le dije. Cuando el señor disponga, respondió. Luego se agachó para levantar una botella de cerveza. Le dio un trago antes de pasármela. No quedaba más que la espuma. ¿El Che Guevara era argentino o boliviano?, me preguntó. Existen dos tipos de preguntas: las que se formulan para saber algo nuevo y las que sirven para corroborar un dato o una información que se tiene de antemano. La de él correspondía a las segundas. Argentino, aunque murió en Bolivia, le dije. Calús asintió, mirando a los otros mineros, como si hubieran estado discutiendo ese asunto. Me hubiera gustado saber más de Calús: preguntarle cuánto tiempo llevaba en la mina y qué clase de vida había hecho antes. Pero no era el momento oportuno. Antes de irme le eché otro vistazo a Tony. Estaba arqueado hacia atrás, con la cara vuelta hacia arriba. Me entraron ganas de reír. Apresuré el paso, llegué a la casa, fui a mi habitación y me zambullí en la cama.

Al día siguiente, a eso de las ocho y media, oí que Francisca limpiaba la sala. Poco después me levanté. Por la ventana se veían nubes blancas pero el cielo parecía más azul que otras veces. Luego de cambiarme crucé la casa para ir a la cocina. Francisca estaba del lado de afuera, pegada a la pileta, lavando la ropa. El mono vagaba cerca de ella, doblando y desdoblando hojas y ramas con sus dedos. Sobre la mesa de la cocina había una nota para mí. Me serví café antes de leerla. Tony me invitaba a comer. Decía que Bob Marley pasaría a buscarme a las doce.

Después de desayunar fui hacia la mina. Mi cabeza empezó a despejarse. El trabajo de los mineros era intenso en el río. Pero no lo vi a Calús. Tampoco al soba. Luisinho, en la otra orilla, se movía nervioso. De un momento a otro dejó su lugar en la barranca para interrumpir la discusión entre dos mineros. Los separó con un manotazo de revés. Uno se tambaleó y cayó pesadamente al agua, aunque pronto se levantó para continuar su trabajo. Me senté a fumar bajo la sombra de la acacia. Fumé dos o tres cigarrillos. Comencé a pensar de nuevo en la propuesta de Tony. Rápidamente sentí un nudo en el estómago. Cerca de las doce pegué la vuelta. Marley llegó una hora más tarde. Apenas subí a la camioneta arrancó. Salió de la mina, dobló a la derecha y anduvo por un camino paralelo al río. El camino subía y bajaba con curvas breves y apenas pronunciadas. Marley guió la camioneta sin ningún esfuerzo. En los alrededores de la mina no había tráfico, tampoco en el interior de la estepa ni a la vera del río. Marley soltó por la nariz dos delgados hilos de humo y luego me dio a probar lo que fumaba. Recién cuando nos aproximamos a una casa de madera despegó los labios. Ahí está el restaurante, dijo con una sonrisa. Fue la única sonrisa que recuerdo de él. La casa estaba situada en un pedregal, detrás de un bosquecito de imbondeiros y altos matorrales. Marley me acompañó hasta la puerta de entrada pero luego regresó a la camioneta.

Entré al restaurante. Una mujer, con un vestido corto y apretado, me recibió detrás de la puerta. Adentro estaba oscuro. Le pregunté por Tony. Me señaló una mesa en el medio del salón. Tony se divertía con una muchacha cuando descubrió que lo observaba. La muchacha se inclinó hacia delante para acariciarle el pelo. Tony se había teñido el pelo de un rojo subido. Se veía como un pájaro. Cuando me hizo una seña con la mano la muchacha se alejó de la mesa para ir hacia el fondo. Allí había otra puerta que comunicaba a un baño, a una cocina y a tres o cuatro privados. En total eran una docena de muchachas vestidas iguales: minifaldas, zapatos de tacón de aguja y unas remeras que les dejaban al aire el ombligo. Detrás de Tony, en otra mesa, había algunos tipos con uniforme militar. Sus caras estaban cubiertas de sudor, lustrosas, como untadas de aceite. Pero no tomaban ni comían, y un rato más tarde se levantaron de la mesa para meterse en los privados del fondo. Del techo del salón colgaban unas lamparitas y unos ventiladores que funcionaban a medias. Contra una pared, en el suelo, había un gran baúl antiguo, de madera y sin tapa.

Me senté a la mesa de Tony. Por un momento no hice otra cosa que mirarle el pelo que le cubría la frente. Era desagradable verlo de cerca. En la mesa había un porrón de ginebra y dos vasos. El porrón tenía menos de la mitad. Era la misma ginebra holandesa que me había conseguido Francisca. Tony tomó un vaso, lo llenó y lo extendió hacia mí. Luego hizo un movimiento,

esquinándose contra la silla. Se había colocado un gran diamante en la oreja. Levantó la mano izquierda para señalar la oreja y el amuleto que llevaba en el cuello.

–Me están moviendo el piso pero con estas dos cositas y la limpia de anoche estoy salvado. Les digo chau a las desgracias –comentó.

Permaneció con la mano en alto. Después la agitó como si saludara a un enemigo invisible. Les digo chau, repitió.

–¿Qué clase de amuleto es ése? –le pregunté.

Tony lo tomó entre sus manos. Era pequeño, ovalado, de color madera. Al apretarlo por la base quedó a la vista la piedra que ocultaba dentro. La piedra absorbió la poca luz exterior para transformarla en un arco iris. Me quedé mudo.

–Lucy vale más que todas las putas del mundo –dijo.

Tony la contempló por unos instantes. Luego cerró la tapa del amuleto y alzó la vista hacia mí. Estaba completamente borracho. Su mirada era pálida y vacía.

–¿Y? ¿Cuál es tu precio? –me preguntó.

Le respondí lo que había pensado. Quería diez mil dólares, el pasaporte, la plata que me habían retenido como depósito y el poder firmado para su hermana antes de viajar a la frontera con Namibia. Tony largó una carcajada larga y sonora que acabó en un ataque de hipo. Demoró en recuperarse. Cuando se le pasó el ataque se inclinó hacia delante.

–Seis mil por el trabajo, tres al salir y tres a la vuelta –dijo.

Me tomé un minuto para responder.

–Ocho, seis al partir y dos al volver. ¿Sí o no?

Tony se echó hacia atrás, limpiándose con el dorso de la mano la baba que le había caído de los labios hasta mojarle la pera.

–De acuerdo –dijo–, pero si intentas cualquier otra cosa en tu viaje que no sea entregar el correo estás frito. Te buscaremos adonde vayas. Tarde o temprano te voy a encontrar. En África, en la Argentina o en el culo del mundo. Y si tengo que elegir entre vos y la vida de un anélido no tendré dudas.

–¿Qué es un anélido?

–Un gusano. Un anélido es un gusano –dijo.

–No lo sabía. Tal vez tu hermana, que es profesora de biología, maneja esos términos –le dije.

–¿Mi hermana? Mi hermana es una gran... mentirosa. Eso es lo que es –dijo.

Después permaneció con la cabeza inclinada, babeando, mascullando, por algunos segundos. Le pregunté qué había pasado en su viaje. Pero respondió lo que quiso. Tal vez lo que estaba pensando.

–Yo cambié mi vida de un día para el otro. Estaba trabajando como

veterinario, rodeado de chanchos y salvajes, en el mismo Congo, cuando me pregunté si eso era todo. Si eso era todo lo que debía esperar. ¿Acaso había recibido la puta existencia para nada? ¿Es que no valgo un carajo yo? Todo eso me pregunté aquel día. ¿Vos nunca? ¿Vos nunca te preguntaste nada parecido? –me interrogó.

Por supuesto que me había preguntado alguna de esas cosas. Especialmente en los últimos tiempos. El Vasquito suele decir que un hombre tiene hasta los sesenta para ver madurar a sus sueños. Para hacer lo que uno es capaz de hacer. Para elegir y dedicar los esfuerzos a lo que realmente considera satisfactorio. Y a mí, según su teoría, me faltaban diez y pico. A Tony bastante más.

En esto estábamos cuando llegó una muchacha con dos platos. Nos trajo rebanadas de pan con fetas de jamón, queso y huevos recién fritos encima. Cuando terminó de servir Tony alzó la vista hacia ella. Luego le puso las manos en las tetas.

–¿Te gustan? –me preguntó.

La muchacha, que se obstinaba en mirar los platos, tenía dos globos grandes y atractivos.

–Sí –dije.

–¿O te gustan más los de gallina vieja?

–¿A qué te referís? –le pregunté.

–A nada, a nada –dijo.

Era obvio que aludía a Laura, pero no me molesté en replicarle. La muchacha le lanzó una mirada al tiempo que se estiró la remera hacia abajo. Tampoco parecía dispuesta a seguirle la corriente y de inmediato regresó al fondo del salón. Tony levantó una rebanada de pan y comenzó a comer. Hice lo mismo. El jamón y el queso eran de buena calidad. Durante la comida Tony expresó algunos comentarios sobre la situación de la Argentina. Si la memoria no me falla dijo que la crisis había ocurrido porque el país estaba infestado de asesinos, ladrones y corruptos de toda especie. Sus palabras sonaron huecas. La madre de Alicia decía algo parecido. Alicia la había invitado a vivir unas semanas en nuestro departamento con la idea de que aportara unos pesos. Mi suegra, por así llamarla, era una mujer muy asustadiza. Ante el menor ruido en las calles, que por entonces estaban copadas de protestas y manifestaciones, pensaba que todos los ladrones del mundo venían a asaltar el departamento.

Comí dos o tres bocados. Luego encendí un cigarrillo. Tony llenó su vaso de ginebra, lo alzó y lo vació sin respirar. Después de limpiarse la boca observó el andar de una moza.

–En la Argentina y en todos lados –dijo– hay dos clases de personas: las de fibras cortas y las de fibras largas. Igual que en el fútbol. Las rápidas, que tienen explosión, y las lentas. Esa negrita es rápida como vos –dijo.

La moza percibió su interés y nos miró para guiñarnos un ojo. Tony hizo un movimiento hacia atrás, inclinándose en la silla. La silla rodó por el suelo pero él no llegó a caer. Apoyó las manos en la mesa, largó una carcajada y luego fue, tambaleando, hacia la pared donde estaba el baúl. Lo miró contemplativamente antes de patearlo. La cara flaca de un negro se asomó desde dentro del baúl. Tony se agachó para hablarle. Entonces el negro movió la cabeza con un gesto resignado, se quitó una manta, apoyó un pie fuera del baúl, luego otro y finalmente se paró haciendo equilibrio en unos botines de tacón alto que le permitían bordear el metro de estatura. Llevaba puesto un trajecito de lentejuelas. Tal vez animaba algún número. Tony le dio unos golpecitos en la cabeza.

–Estos pigmeos tienen fibras cortas pero no sirven para trabajar ni para el fútbol –dijo.

El pigmeo se quedó de pie, erguido, mirándolo de reojo. Sin embargo, cuando Tony empezó con otro comentario, le tocó la espalda, llamándolo por su nombre, se paró en puntas de pie y le largó una o dos sentencias filosas que sonaron a insulto. Tony permaneció quieto. ¿Estamos todos locos?, preguntó. Luego sacó un pequeño revólver de la cintura y giró para apuntarle al centro del pecho. En ese momento me levanté rápido para traerlo de nuevo a la mesa, pero cuando estuve cerca giró el brazo hacia mí. La mano le temblaba un poco. Por unos instantes me miró ferozmente. ¿Adónde creés que vas?, me preguntó apuntándome a la cabeza. Le pedí que bajara el arma. Sonrió. Las mejores ideas salen cuando te apuntan a la cabeza, ¿no lo sabías?, balbuceó. Estuvo un minuto enfocándose con el cañón, pero no tuve miedo. Calculé que estaba demasiado borracho como para apretar el gatillo. En esto se acercó una muchacha. Fue derecho hacia él como si hubiera estado buscándolo durante todo aquel tiempo. Tony, que parecía profundamente herido en su orgullo, mantuvo la boca cerrada. La atrajo hacia sí por la muñeca. Luego bajó lentamente el revólver para rodearle el cuello con un brazo. La muchacha le besó una mejilla y lo condujo, haciendo eses, hacia el fondo del salón.

Me serví lo poco que quedaba en el porrón antes de partir. Marley descansaba en el asiento trasero de la camioneta. Lo desperté para pedirle que me llevara hasta la casa de Laura. En el camino pensé que tenía que ser muy estúpido para dejarme extorsionar por ese pequeño rufián. Le pregunté a Marley desde cuándo trabajaba con Tony. Me miró de costado.

–Desde que era un muchachito. El gobierno me quería reclutar para ir a la guerra. En mi casa éramos ocho. Sólo cuatro volvieron con vida. Entonces lo fui a ver y me salvó –dijo.

–¿Cuándo fue eso?

–Uf, muchos años atrás, cuando tenía dieciséis –dijo.

Marley me dejó enfrente de la casa de Laura pero como ella no estaba caminé hacia la escuela. Allí, en un aula, la vi atendiendo a sus pacientes. En la otra aula, donde se daban clases de primaria, vivían dos maestras que habían estudiado en Cuba. La escuela era un tinglado construido a la ligera. Cemento, hojalata y ladrillos. Donde Laura estaba atendiendo había una camilla, un mueble lleno de medicinas y un aparato de rayos X, flamante de apariencias pero con las palancas arrancadas y el panel de mandos hecho pedazos. El lugar, atestado de gente, tenía la puerta y las ventanas abiertas. En el suelo había algunas velas encendidas, varias en frascos de vidrio, cuyas llamas vacilaban por el viento que entraba desde la calle. También entraba mucho polvo, aunque era necesario que circulara un poco de aire para despejar el tufo de las mujeres y de los niños.

Laura sostenía un bebé entre sus brazos. Saltaba a la vista que lo consumía la fiebre. Se podían adivinar el temblor y los escalofríos que recorrían su cuerpo. En un rincón del consultorio las maestras cocinaban arroz para darles de comer a los pacientes. Cuando me vieron llegar quisieron agasajarme con algo. Pero se veía que no tenían con qué, ni tampoco sabían cómo. Entonces vinieron a la puerta para conversar. Me dijeron algunas cosas sobre la Argentina. Usaron dos o tres palabras del argot porteño, de Buenos Aires. Supuse que se las había enseñado Laura pero me contaron que en Luanda, tiempo atrás, habían conocido a un argentino que les enseñó a bailar tango. Las dos estaban convencidas de que el tango y la milonga eran de origen bantú y que habían nacido en Angola. Incluso una de ellas, la más flaca y atrevida, ensayó unos movimientos de baile. Apertura, avance y giro. No lo hizo mal. Algunos pacientes aplaudieron hasta que una de las criaturas gritó porque tenía hambre y una madre le dio el pecho. Pero yo no estaba de ánimo para seguirles la corriente. Quería estar a solas, serenarme y pensar bien los próximos pasos. En un momento pude mirar a Laura a los ojos. Ella dejó el bebé, se acercó y me dio las llaves de la casa. Sonrió al pedirme que la esperara despierto.

Laura llegó recién a las siete de la noche. Preparó unos macarrones con salsa de tomates. Después de comer me sentí más animado. Su cocina era muy buena. Más tarde pasamos de la mesa a los sillones. Laura fue hacia el armario para encender unas velas. Luego prendió el aparato de música y se recostó cómodamente en un sillón, colocando las manos sobre sus piernas cruzadas. Mientras paladeábamos una botella de Chianti que había conservado de su última visita a Roma, hablamos de su trabajo. El Chianti había estado guardado demasiado tiempo; sin embargo, conservaba la calidad y el color. Tomé sin notar sus efectos. Laura me contó que en esos días la malaria había sido desplazada como principal causa de muerte en la zona por un parásito que transmitían las moscas. El parásito atacaba el sistema nervioso de las personas, provocando alteraciones en los sentidos y en el sueño. Así se llamaba. La

enfermedad del sueño. Ella había pedido refuerzos de medicamentos y se veía cansada y preocupada. Me dijo que al día siguiente saldría de viaje para asistir a una convención con sus colegas de todo el país. Me acordé de que Tony se iba también. Fue un pensamiento ridículo pero lo tuve. ¿Adónde vas?, le pregunté. A la capital de una provincia, me dijo. Después quiso saber si avanzaba en mis crónicas sobre las minas de diamantes. No le di demasiadas explicaciones. Al cabo de un rato nos quedamos en silencio. Nos miramos el uno al otro. La luz de las velas daba un resplandor suave y movedizo a la sala. Laura encogió levemente los hombros. Sus ojos negros brillaban bajo la luz. ¿Y bien?, dijo. Por un instante me pregunté si ese parásito y la malaria serían contagiosos. Me dije que no. Supuse que Laura se cuidaba muy bien de todas las enfermedades. Entonces me levanté, la tomé de la mano y la conduje a su habitación. El interior estaba fresco y sumido en la penumbra. La habitación tenía una cama de dos plazas, un mosquitero antiguo que pendía del techo, una cómoda y un espejo. Había cierto desorden y algunos cuadernos y libros apilados en el suelo. Su bata colgaba de una percha. Me quité la ropa y me tendí bajo la sábana. Desde la cama podía ver el espejo que había al otro lado de la habitación, pero no distinguía lo que reflejaba. El colchón estaba un poco hundido en el medio. Laura se sacó el vestido y la ropa interior de un simple movimiento. Cepilló el vestido con la mano, lo dobló cuidadosamente y lo puso sobre la cómoda. Se contempló en el espejo. Luego tiró de la sábana hacia abajo. Cuando entró desnuda a la cama estaba esperándola, deseándola como no había deseado a otra mujer en mucho tiempo...

Laura partió con su jeep a la mañana siguiente. Nos despertamos abrazados. Después del desayuno preparó la valija. Puso algo de ropa y varios libros dentro. La maestra más flaca subió con nosotros. Nos acompañó hasta el pueblo. En el trayecto hizo varias preguntas sobre mi vida privada. Su familia había emigrado de Cabo Verde y uno de sus tíos trabajaba desde los años sesenta en un astillero en los suburbios de Buenos Aires. Pertenecía a esa clase de mujeres que preguntan todo lo que se les ocurre. Laura intervino poco en la conversación, aunque cada tanto se daba vuelta para mirarme. Me miraba y sonreía. El día era caluroso pero, como su jeep era de los abiertos, la corriente de aire proporcionaba un poco de alivio. Permanecí en la entrada de la mina hasta que ella se alejó por el camino. Después di una larga vuelta por el terreno antes de meterme en la casa. El sol se elevó en el cielo y a lo lejos, más allá de la barranca, la estepa comenzaba a cambiar de color. Se veía completamente verde, y los árboles y la mata estaban llenos de brotes. Había muchos pájaros. No recuerdo los nombres que les dan los africanos. Distinguí unos pequeños, de plumaje azul, unas cotorras grandes y grises, y centenares de mariposas. Me pareció un paisaje muy bello. Después, en la casa, tomé algunos apuntes. Tony

ya se había ido de la mina, pero sabía que, tarde o temprano, cuando terminara su viaje, habría de volver. Marley me dijo que calculara una semana. En la casa me asaltó el pensamiento de que tal vez demorara más tiempo. Quizás meses. Comencé a preocuparme. Pero luego, al caer la noche, no pensé más en él...»

Amanecí otra vez entre tus brazos, comienza a cantar Vargas en un tono apagado. Pero rápidamente se calla. Piensa que su registro alto y disonante le ha causado demasiados problemas. Por sus gorjeos matinales más de una vez estuvieron a punto de echarlo del hotelito donde vivió al llegar a la ciudad.

«...Uno o dos días después Francisca me despertó muy temprano. Entró a mi habitación, me zamarreó con fuerza y me dijo que fuera rápido hacia el río. Se oían pasos y voces alrededor de la casa. Francisca se inclinó hacia mí. Estaba muy excitada. Vaya, salga ahora mismo, me dijo y se fue corriendo. No tardé más que unos minutos en salir. En el campamento había un gran alboroto. Las mujeres y los niños iban y venían de la barranca a la carrera y a gritos. Los niños se pasaban la voz, hacían gestos, reían, avanzaban en grupos de cuatro o cinco, para luego atropellarse en su afán por sacarse ventajas. Las mujeres, más lentas, estaban a medio vestir, otras envueltas en toallas de baño, con el pelo mojado y la cabeza cubierta de rulos. Algunos niños empuñaban ramas que hacían sonar en el aire. Dos o tres se tropezaron conmigo, se levantaron en el acto y siguieron corriendo. Su entusiasmo era contagioso.

Cuando llegué a la barranca me abrí paso como pude. Entonces distinguí a los elefantes. Eran dos: uno enorme y otro más chico que podía ser su cría. Estaban parados en la orilla, con las patas hundidas en el barro. Alargaban las trompas, las sumergían en el agua y se bañaban tranquilos. Los mineros se habían amontonado al pie de la barranca. Las motobombas seguían funcionando aunque los picos, las palas y el resto de las herramientas habían sido abandonadas al voleo. Del otro lado, el soba, Luisinho y los guardias formaban un grupo compacto en la ladera, a mitad de camino entre la orilla y el punto más alto del terreno. Los guardias tenían los fusiles listos para disparar pero se mostraban indecisos. Más bien se cubrían los unos a los otros. A mi lado las mujeres y los niños daban saltitos o se abrazaban, sin dejar de gritar o de reír. Permanecí quieto unos segundos. Después me deslicé hacia el río.

Los mineros estaban callados, boquiabiertos, con la vista fija en los elefantes. Ninguno se atrevía a moverse del lugar. Algunos pocos se codearon para señalar los movimientos de la cría. Los elefantes eran amos y señores. En un momento el adulto movió su gran cabeza de golpe. Pareció enfurecerse.

Levantó la trompa, gruñó y avanzó unos pasos, internándose en el río. Se veía enorme a la luz de la mañana. Todos retrocedimos trepando la cuesta. Pero el elefante detuvo la marcha, se afirmó sobre sus patas y salió caminando hacia el este. Las cabezas de los mineros se movieron como una para mirar al elefante que marchaba a paso majestuoso. Anduvo acompasado, hundiendo sus patas en el agua y en los hoyos de la mina. El más chico también movió la cabeza aunque tardó en arrancar. Fue tras el grande al trotecito. Los dos llegaron hasta el fondo de la mina, luego salieron del agua y al cabo de un momento regresaron en línea recta por la orilla de enfrente. Uno tras otro. Rápido. Sacudiendo la arena. ¡Miren!, gritó una voz.

El soba, que se había parado a la vanguardia de su grupo, para hacerles señas y gestos, retrocedió algunos pasos. Detrás de él, Luisinho, que portaba un fusil, se hizo a un lado. Continuaba sonriendo con una mueca fría y cínica en los labios. Pero unos instantes después, a medida que los elefantes se aproximaban, el soba dio un giro en el aire, soltó su paraguas y comenzó a correr con increíble agilidad tras los guardias y el propio Luisinho. Llevaba un pantalón blanco, remendado, que al caérsele dejó sus piernas y su sexo al desnudo. Tropezó, se levantó, corrió hasta unas rocas con el pantalón en las rodillas, y después, sin detenerse, desapareció como una sombra a la vuelta de una esquina. Sus quejas fueron ahogadas por el lío que armaron los niños y sus madres. Los elefantes anduvieron un trecho a todo vértigo. Luego, de un tirón, escalaron la cuesta para perderse serpenteando entre los matorrales. La carrera provocó murmullos y algunas risitas nerviosas entre los mineros, que demoraron en rastrear las pisadas de los elefantes. Las pisadas eran profundas y estaban firmemente marcadas. Los mineros las observaron como si ocultaran algún portento secreto. Los niños y las mujeres que habían seguido los acontecimientos desde la barranca también bajaron al río. Algunos padres tomaron a sus niños de la mano para recorrer juntos la mina. De pronto un verdadero gentío comenzó a moverse apiñado, lentamente, por aquí y por allá. La mina quedó completamente revuelta...

Entonces aproveché las circunstancias. Caminé despacio por la orilla y luego exploré algunas partes del río. En esa zona la corriente fluía mansa por un lecho lleno de rocas. Habré caminado una treintena de pasos, cuando en una pequeña cisura del fondo, apenas cubierta de agua, divisé un puñado de piedras. Yo no sé, ni sabía por entonces, distinguir a simple vista los diamantes en bruto. Si aún hoy me cuesta apreciarlos sobre una gamuza, imagínense aquella mañana a casi dos metros de distancia, bajo un charco de agua dormida. Pero lo cierto es que llevado por un olfato inexplicable me detuve, los contemplé y me dejé caer. Hundí mis manos en el agua y junté todas las que pude. Después, tendido en cuatro patas, sin moverme, alcé la vista. Algunos mineros estaban muy cerca.

Podía oír el zumbido de sus voces. Uno estaba a pocos metros en compañía de un niño, aunque se entretenía examinando una pisada profunda. No tenía ganas de mirar hacia el lado donde estaban los guardias pero dirigí la vista hacia allí.

Un guardia descendía tranquilamente por la barranca. Vi cómo llevaba su fusil al hombro mientras le hacía señas a otro que vigilaba desde la cima. El que estaba arriba miraba pasar a los mineros y a sus familias con semblante preocupado. Los demás hablaban con Luisinho. Ni éstos ni los otros parecieron notar mi presencia. En ese instante pude haberme levantado de un salto pero lo pensé mejor, me incliné, rodé lentamente, caí de espaldas al agua y enseguida me puse de pie simulando un tropiezo. Me miré el dorso de las manos, la ropa, me agaché un poco y metí las piedras en un bolsillo. Saqué un pañuelo y me enderecé para limpiarme los brazos y la cara. Tenía pequeños raspones en los codos. No era nada. Mojó el pañuelo con agua del río y me lavé los sitios donde había algunas gotitas de sangre. Eché un ojo a la redonda. Sólo tenía una idea: salir de la mina antes de que se normalizara el trabajo. Pero un niño y un guardia me estaban fichando. Esperé.

El niño me campaneó de arriba abajo, sonrió y después salió corriendo en busca de su padre. El guardia, en cambio, permaneció quieto, sosteniéndome la mirada. Esperé hasta que dio media vuelta para reunirse con los otros. Entonces me dispuse a salir. Regresé hacia la orilla, trepé la barranca y alcancé ligero la cima. Me paré debajo de los árboles. Respiré hondamente. Un rumor débil de numerosas voces juntas subía hasta mí desde el río. Los mineros se mantenían en orden. Era como si la mayoría hubiera pagado la entrada para ver o escuchar un espectáculo. Francisca estaba en un recodo del río con un grupo de ellos, en el cual había uno, panzón y en mangas de camisa, que la sujetaba de la cintura. Estaba seguro de que nadie me había visto. Aunque al dar un último vistazo a la mina me topé con los ojos de Calús. Estaba de pie, en el medio de la barranca, descollando entre todos. Movié levemente la cabeza. Ni la expresión de su cara ni el modo de saludarme me dejaron tranquilo...

Continué camino hacia la casa. Cada tanto miré hacia atrás. En la casa no había nadie. Fui a mi habitación y dejé las piedras sobre la cama. Luego me quité los zapatos para vaciar el agua que tenían dentro. Mi camisa y el pantalón estaban mojados. Me cambié, salí de la casa y tendí la ropa en una soga. Volví de inmediato, recogí las piedras, tomé un frasco de ácido fluorhídrico y fui hacia la cocina. Puse las piedras en un colador. Las lavé una por una. Después las rocié con unas gotitas de ácido. Algunas se disolvieron. Las volví a limpiar cuidadosamente. Luego las llevé a la habitación junto a la balanza electrónica. Miré la hora. Faltaba poco para que fueran las nueve. Extendí las piedras sobre la sábana. Conté veinticuatro. Cinco grandes y el resto pequeñas. Entre éstas había algunas manchadas. En total pesaban más de quinientos quilates. Recordé

la técnica que había descrito Carpenter y quise examinarlas muy rápido. Pero como estaba nervioso demoré más de la cuenta. Finalmente descarté ocho. Guardé las cinco grandes en el calzoncillo y las demás en la billetera. Cuando salí de la casa para ir al pueblo eran casi las once.

Abrí la puerta, me paré en el umbral y miré hacia todos lados. Hasta allí no había visto a ninguna persona. Empecé a caminar, pero unos instantes después recordé que había dejado la tarjeta de Carpenter en la camisa mojada. Pensé que si trataba de vender las piedras en los contuarios podía ser peligroso y en aquel momento no conocía, ni se me ocurría, otro comprador. Necesitaba esa tarjeta. Así que di la vuelta y fui hacia el fondo de la casa. La soga donde había tendido la ropa estaba vacía. Por un instante creí que la había recogido Francisca. Después, al ver el pantalón hecho un bollo en el suelo, me acerqué al árbol. El mono daba vueltas alrededor del tronco con mi camisa a cuestas. La llevaba como si fuera una bolsa. Tenía una manga sobre el hombro y el resto de la tela colgada en la espalda. Se balanceaba divertido. Medí la distancia, me lancé en línea recta, pero él sin soltar la camisa alcanzó a poner sus patas y sus manos en el tronco. Comenzó a trepar. Pegué un salto, agarré la cadena de acero y tiré fuerte hacia abajo. Continué tirando, forcejeando con un esfuerzo tremendo. Pero lo que ganaba en un segundo lo perdía en el siguiente. La camisa permanecía entre su cuerpo y el árbol. El mono chillaba, se aferraba al tronco, sacudía las patas. Se mantuvo varios centímetros arriba de mí por un buen rato. Recién pude doblegarlo cuando comenzó a mear. El chorrito me dio de lleno en la cara, pero los músculos de sus piernas se aflojaron lo suficiente como para que le pudiera torcer la voluntad. Cayó la camisa y también la cadena. El anillo de cobre que lo aferraba de un pie rodó impregnado de pelos y de sangre. Me limpié la cara. Luego saqué la tarjeta. A pasos de abandonar el terreno Paulo me salió al cruce. Estaba de pie, a la sombra de un arbusto, vigilando la tranquera de entrada. Cuando me vio caminé hacia mí. Pero en sus gestos no delataba peligro. Señaló el árbol de la casa. Después me hizo una pregunta. Quiso saber si el chimpancé se había escapado. Le respondí que no lo sabía. Él abrió la boca para soltar una advertencia. Señaló al árbol, luego al mono y dijo: cuidado, otro ataque así y lo liquida. Pero seguí de largo, llegué al camino y continué la marcha en dirección al pueblo. Me hubiera gustado decirle adiós a Francisca...

Apenas llegué al Veneza me comuniqué con Carpenter. Me aseguró que en tres horas, a más tardar, llegaba al hotel. Quedamos en vernos en la cafetería. Fui al baño para acomodar las piedras. Dejé una de las grandes a la mano. Luego me instalé en una mesita de hierro. Desde allí podía oír el rumor de la gente que entraba y salía por los corredores. El conserje hablaba con el ruso que había visto noches atrás. El ruso tenía una manera extraña de pronunciar el portugués. Su voz era seca y sin timbre. Tomó un trago largo y lo seguí con la mirada

hasta que salió del hotel. Bajé la ansiedad con cigarrillos, un sándwich y un vodka con hielo. Por el televisor pasaban un partido de fútbol. El campeonato local no me interesaba lo más mínimo pero, casi sin darme cuenta, me entretuve viendo a veintidós voluntariosos.

Carpenter llegó puntual. Estaba sobrio y bien vestido. Alquiló un cuarto por un rato. Pidió un par de Martinis. El cuarto estaba al final del corredor. Tenía dos sillas y una cama sin colchas. Era demasiado caro por las comodidades que ofrecía. Entré después de Carpenter. Nos sentamos frente a frente. Mientras él y yo comenzamos a negociar el guardaespaldas cerró las cortinas, apoyó un portafolio en la cama y luego se quedó de pie junto a la puerta, recibiendo y haciendo llamadas con su celular. Hablaba en voz baja y a cada rato anotaba algo en una agenda electrónica. Una luz opaca iluminaba el cuarto desde el techo. Carpenter me miró de la misma forma como se había expresado por teléfono: frío, calculador y completamente incrédulo. Encendió un cigarro, le arrancó una bocanada y echó la ceniza en el suelo. Me pidió que le mostrara las piedras. Empecé con las pequeñas. Las manos me temblaron de los nervios. En verdad me sentí muy nervioso pero no lo podía admitir. Él extendió un paño negro sobre la punta de la cama. Las acomodó encima y se inclinó para echarles un ojo. Carraspeó.

–¿Son tuyas? –me preguntó.

–Son mías pero trabajo con dos socios –mentí.

–¿Dónde están ellos?

–Esperan en el café de enfrente –volví a mentir.

–¿Cómo se llaman?

Lo miré sin responder. Me arrepentí de haber dicho lo que dije, pero ya era demasiado tarde. El guardaespaldas intervino.

–En ese café no hay nadie –dijo.

Carpenter levantó la vista para cruzarla con su guardaespaldas. Después volvió a mirar las piedras.

–Bueno, no importa pero estas tres no sirven –dijo, las tiró al suelo una por una y agregó–: pero por el resto le doy cuatro mil.

–¿Dólares?

–Sí, dólares. No tengo suficientes euros –dijo.

Señalé las que estaban en el suelo.

–¿Ésas no tienen valor?

Carpenter sonrió. Luego metió una mano en el saco para extraer unos brillantes.

–Valen tanto como éstos –dijo.

Los brillantes chispeaban en la palma de su mano.

–¿Sabe qué son? –me preguntó.

Negué con la cabeza.

–Diamantes sintéticos. Los pícaros los usan en las Lundas para meter un poco de desorden en el comercio. Esas *macbar* –dijo, señalando las que había descartado– valen tanto como estas mierdas. Se ven atractivos, ¿verdad?

Asentí. Él extendió su mano.

–Quédese con la mitad, tal vez puedan pagarle un buen polvo –dijo y preguntó–: ¿Está de acuerdo con mi oferta? ¿Tiene algo más para ver?

Tomé varios de los sintéticos y los guardé en la billetera. Después saqué la piedra grande. Carpenter apagó el cigarro en el suelo mientras daba lentamente la vuelta a la gema en su mano. Se inclinó hacia delante. Ajá, dijo. En ese momento interrumpió el guardaespaldas. Le acercó el teléfono celular a la cara. Es Aguilera. Llama desde la ciudad de México, dijo en inglés. Carpenter hizo una mueca de disgusto pero tomó el aparato. Luego se levantó. Dejó la piedra sobre la tela. Mi querido Fernando, qué alegría. ¿Dónde estás ahora? ¿En El Secreto Musical? ¿Dando tus clases de salsa?, preguntó en español aunque luego salió al instante del cuarto. En el camino le dijo que justo cuando entraba su llamada estaba viendo algo muy interesante para él. Lo dijo en inglés pero entendí perfectamente. Fernando Aguilera, México, El Secreto Musical quedaron fijos en mi memoria...

Carpenter regresó en un par de minutos. Tomó un trago del Martini que habían traído en su ausencia. Se sentó y apoyó el vaso en el suelo. El suelo estaba sembrado de cenizas. Estiró las piernas pero antes de ofertar se mandó un discursito que me pareció interminable. Forzosamente tuve que oírlo. Lo hizo en un tono completamente sereno, reposado. Comenzó preguntándome si ya me había hablado de Harry Winston. Le dije que sí.

–Bueno, con él discutíamos mucho sobre los precios de los diamantes. Por ejemplo, el Koh-i-noor, la montaña de luz de ciento ocho quilates, que ahora pertenece a la Corona, está en la Torre de Londres, pero pasó de un rajá, allá por el año ¹³⁰⁰, a los mongoles, después al sha de Persia y así a otros hasta que los ingleses se apoderaron de él para ofrendárselo a la reina Victoria. Una historia de traiciones, guerras y crímenes. ¿Y cuánto vale el Koh-i-noor si la Yoko Ono vendió el que le había regalado Lennon, de menos de setenta quilates, en cuatro millones de dólares, nos preguntábamos con Harry? ¿Y quién podría calcular el precio del Cullinan, la gran estrella de África, que era hasta hace unos años el más grande jamás tallado, o el del Hope? El Hope, que está en Washington, arrastra una historia terrible. Por años, por siglos desde que lo tuvo Luis XIV, se dijo que traía mala suerte. Cada propietario moría, de enfermedad o de violencia, o era víctima de revoluciones. Patrañas. Mentiras. Puras mentiras. Harry lo compró y lo paseó por el mundo hasta que lo donó a un museo de Washington –dijo, se rascó la cabeza y siguió–: los griegos

antiguos usaban diamantes, los romanos también y todavía hoy cualquier muchacha, hasta la más bonita, se prende a la bragueta del novio, del marido o del amante que la visita una noche por mes si le lleva una puta piedrita de cinco o diez mil dólares. El diamante es carbono puro pero el chiste de este negocio consiste en transformar una piedrita descolorida en una gema que irradie fuego, que influya en el destino de quien la posea...

En ese momento perdí el hilo. Pensé que la piedra que Tony ocultaba en su amuleto era la única que tenía el encanto y la seducción de la que hablaba Carpenter. El viejo me observaba expectante. Como un halcón a su presa. Le pregunté si Harry Winston vivía. Él negó con un ademán. Desafortunadamente no, dijo. Luego dio un último giro antes de hacerme una oferta.

—Los rubíes, los zafiros o las esmeraldas valen por sus colores naturales —dijo—, pero la gracia de un diamante está en el brillo de sus reflejos. El quid está en liberar el brillo. Ése es el trabajo de un buen artista. Los hay buenos en la India, en Israel y en Amberes. Grandes artistas. Estrategas. Pero en África no hay un solo tallador que valga la pena. En América, dos o tres. Yo, si le compro esta piedra, que es nada en comparación con el Hope o con el Koh-i-noor, tendré que hacerla tallar con uno bueno; eso implica viajes, gastos, luego buscar un comprador... en fin, veinte mil es todo lo que puedo pagar. Lo toma o lo deja.

Demoré tres segundos en responder. Le pregunté si los pagaría en ese mismo momento. Me dijo que sí.

—¿En efectivo? —le pregunté.

Sonrió inclinándose hacia atrás.

—¿Todo en efectivo? ¿Cree que soy Rockefeller? No. Puedo pagarle mitad en efectivo y mitad en cheques de viajero. Son de un banco de primera línea. No sé. Si quiere vaya a consultar con sus socios, yo lo espero aquí.

—No es necesario, acepto —le dije.

Carpenter volvió a sonreír.

—Bien. Como decía mi pobre tía Mary: un hombre solo y obstinado siempre puede salvar su alma y resistir aunque todo el mundo se manifieste en su contra —dijo.

—¿A qué se dedicaba su tía?

—A nada. Pero conocía a los hombres. Los conocía mejor que yo —dijo y sin levantarse de la silla le hizo un gesto al guardaespaldas.

Éste fue hacia la cama, abrió el portafolio y sacó un fajo de billetes y una chequera envueltos en un papel.

—En total son veinticuatro mil —le apunté a Carpenter.

—Veinticuatro mil, sí señor, exactamente, ni más ni menos —repuso.

—Necesito un pasaporte —le dije.

Carpenter cambió la expresión de su cara.

–¿Un pasaporte? ¿Está en problemas?

Le dije que no pero que necesitaba uno adicional. Se quedó unos instantes pensativo.

–Debo tener uno checo por ahí. ¿Le va?

–Puede ser –le dije.

–Busca el pasaporte checo y dámelo –le ordenó al guardaespaldas y giró la cabeza hacia mí–: los pasaportes escasean, ése, que tengo de puta casualidad, vale diez mil dólares. ¿De acuerdo?

Le respondí que no.

–Bien. ¡Deja el pasaporte! ¡No lo quiere! –le gritó a su guardaespaldas.

Carpenter acabó su copa de Martini y con el labio inferior se chupó las gotitas del bigote. Luego me entregó la plata y los cheques que le alcanzó el guardaespaldas. Miré los cheques al reverso. Estaban firmados. Conté el dinero despacio. Carpenter advirtió los raspones en mi brazo.

–¿Una pelea? –me preguntó.

–No –respondí.

Alzó las cejas.

–Si uno no es rico conviene usar más la cabeza que la violencia –dijo.

–¿Eso también es cosecha de su tía?

–No –respondió–, eso lo aprendimos con Harry. Lo aprendimos muy bien.

Envolvió las piedras con el paño y las guardó en un bolsillo interior de su saco. Se puso de pie para extenderme una mano. Le di la izquierda. Señor, llámeme cuando tenga otras ofertas, dijo, cabeceó al guardaespaldas y se marchó. El guardaespaldas cerró la puerta tras él.

Dentro del cuarto hacía calor y el aire estaba cargado de humo. Pero me quedé un largo rato fumando mientras caminaba de un lado para otro. Después fui a la recepción del hotel. Al entrar había visto una mochila colgada en la pared del mostrador. Era del conserje. Aceptó venderla. Le dije que me alojaría en otro cuarto hasta la mañana siguiente. Luego de registrarme usé su teléfono. Marqué el número del Vasquito. Le volví a dejar un mensaje, aunque esa vez le pedí que me llamara urgente al hotel. El conserje me acompañó hasta el cuarto. Era un muchacho que había peleado en la guerra, estaba muy flaco y sufría de paludismo. En el corredor le pregunté si no conocía a alguien que pudiera llevarme hasta Luanda. El conserje detuvo su paso. Me preguntó cuánto estaba dispuesto a pagar. Acordamos un precio. Su cara se animó. Seguimos por el corredor. Me dijo que iba a procurarme un transporte aunque debía tener en cuenta las dificultades de los caminos. Me contó que su padre, que conocía bien la carretera hacia la capital, le había dicho que el mayor problema eran las banquinas porque estaban sembradas de minas antipersonas. Lo dijo sin miedo.

En la puerta del cuarto me pidió un momento para ir a buscar un diario y un mapa. Cuando volvió me mostró una foto en la portada donde se veían los estragos de ese tipo de bombas. Luego abrió el mapa. Me miró con una pizca de ironía, como si leyera mis pensamientos. ¿Por qué no va hasta Uíge y toma un avión hacia el Congo?, me preguntó. La idea de ir hasta esa ciudad era razonable. El conserje sonrió. Abrió el cuarto, me entregó la llave y me dijo que al mediodía siguiente me tendría un auto reservado.

Entré, prendí el ventilador de techo y me tiré a la cama. El día, hasta ese momento, había salido redondo. Pensé en la fecha. Era fines de mayo. Alicia era aficionada a la astrología y solía divagar sobre los influjos de las estrellas para explicarse tal o cual episodio de buena o mala suerte. También consultaba el *I Ching*. De los textos importados que llegaban a la librería había conservado una edición ilustrada que le regalé para Navidad. Por un instante me dejé llevar por ese tipo de razonamientos. Encendí un cigarrillo y traté de recordar las predicciones que Alicia me había leído para el transcurso del año. En realidad tanto podía ser un buen año como un mal año. No recordé nada especialmente alentador. Alicia, cuando nos conocimos, soñaba con ser la mejor arquitecta de Buenos Aires y siempre formulaba las preguntas en ese sentido. Con ella nunca nos dimos la gran vida, pero siempre hablábamos de viajar juntos a Europa y de lo bien que lo pasaríamos allí. Aunque ahora todo había cambiado. Ella me había echado o yo me había ido. En otras circunstancias mi plan hubiese sido volver a casa. En aquella ocasión no. Acabé de fumar, me reuní con la mochila y volví a contar el dinero y los cheques. El corazón me latió con fuerza. Era agradable tener algo que había deseado mucho, durante un largo tiempo. Recordé lo que decía la tía de Carpenter. Me gustó. Mi madre acostumbraba a decir algo parecido. Aseguraba que si uno se mantiene fiel a sus sueños, tarde o temprano la suerte cambia y se consigue tener la oportunidad que se busca. En ese momento mis sueños eran salir pronto de Angola y recomponer mi vida. Consideré que tenía plata suficiente y que en Luanda o en el Congo, más tranquilo, vería la forma de seguir viaje y colocar las otras gemas. Aunque no era agradable tener que salir de un modo tan complicado.

Un rato más tarde me levanté, fui hacia la ventana y corrí las cortinas. El cuarto daba a un patio interior. El cielo estaba azul y unas nubes gigantes se desplazaban de este a oeste. Luego busqué algo que sirviera para ocultar el resto de las piedras. Finalmente vacié un paquete de cigarrillos y las metí dentro. Levanté la plantilla del zapato derecho y lo coloqué debajo, a la altura del empeine. Probé si podía caminar sin que me estorbaran. Al atardecer salí del cuarto para ir a comer. Tomé una botella de vino con la comida. También pedí café, postre y una copa de coñac. Volví a ser civilizado. Sentado a una mesa, con un cigarrillo y una copa de coñac, no pensé absolutamente en nada. Mejor

dicho, pensé en Laura. Pensé en ella cuando aún no sabía si volvería a verla. A la vuelta llamé otra vez al Vasquito. No tuve éxito. Recién a medianoche pude pegar los ojos...»

El suboficial Vargas estira los brazos. Luego hace una cuenta sobre la hoja. Le agrega dos ceros. Sonríe. Poco después se le ocurre tachar los nombres de Alicia, Francisca y Alphonse. Tiene razón en hacerlo. Cuando traza dos líneas sobre el nombre de Alicia tararea: dirás que no me quisiste, pero vas a estar muy triste y así te vas a quedar.

«...Al otro día salí temprano del hotel. El Vasquito no había llamado y a esas horas la Argentina estaba en plena madrugada. Caminé por la calle principal hacia la peluquería. Me había propuesto cortarme el pelo y afeitarme la barba. También quería buscar alguna ropa. Tal vez zapatos. Los zapatos, al secarse, habían quedado muy duros. Avancé por el lado de la sombra. En la calle había *zungueiras* con cestos y palanganas repletos de frutas. Cada fruta estaba expuesta por separado. Me detuve frente a la que vendía mangos. Tenía que comprar una docena como mínimo. Le pedí probar uno. La mujer me miró tranquilamente, sacó un cuchillito de entre sus ropas, seleccionó uno grande, lo cortó con trabajo y me extendió la mitad. Le di un buen mordiscón, pero aún estaba verde. Se lo dije. La mujer, con el pelo flojo y libre sobre su cara, tomó el pedazo de mis manos para comenzar a chuparlo. Mientras chupaba empezó a reír mirando a sus compañeras, que rápidamente se acercaron para ofrecerme sus cosas.

En eso andaba cuando alguien me golpeó el hombro. Me di vuelta. Era Fabrice, el matoncito de Kinshasa. Con una campera verde de nylon y unos pantalones blancos, se las había arreglado para dar una impresión de gran elegancia. Fabrice estiró el brazo señalando la camioneta de Tony que estaba estacionada sobre el asfalto. El jefe lo espera, dijo. Al estirar el brazo su campera se abrió un poco. Cargaba un revólver en la cintura. Miré hacia la camioneta. Tony iba en el asiento de atrás. No había pensado que volvería tan pronto. La sorpresa me dejó inmobilizado. Tony, al notar mi vacilación, levantó una mano para saludarme. Todas las *zungueiras* se quedaron observándonos, con una expresión de asombro en la cara, hasta que Fabrice las quiso ahuyentar amenazándolas con la culata del revólver. Ellas retrocedieron un paso, arqueando los cuerpos, pero después comenzaron a gritos. Enseguida se armó un gran revuelo. Algunos hombres y muchachos intervinieron a favor de las mujeres. Aquello fue un instante de confusión. Pero escaparme no tenía

sentido. Mis posibilidades de salir del pueblo tendían a cero. Cuando me arrimé a la camioneta Tony bajó el vidrio de su ventanilla. Me preguntó si había salido de shopping. Habló en un tono burlón, aunque se veía afligido. Digerí que hacía mucho que era objeto de sus burlas. Le repliqué preguntándole si venía de la mina. Me respondió que no. Me dijo que acababa de llegar de su viaje y luego, en otro tono, me propuso subir a la camioneta para ir a ver un asunto de urgencia que me podía interesar. Creo que no advertí mi suspiro de alivio. ¿De qué se trata?, le pregunté. Entonces se mostró grave y solícito. Parecía otro.

–Paciencia, mi amigo, en África siempre hay que tener paciencia –dijo.

Descolgué la mochila de mi espalda, subí y me senté a su lado. Fabrice terminó la discusión con las mujeres, se instaló en la butaca delantera, junto a Marley, y partimos. Demoramos un rato en cruzar el pueblo. El olor de la calle y el rumor de la gente que pasaba a nuestra altura se metieron en la camioneta. Un poco más adelante doblamos al interior de un callejón lleno de polvo, con casas bajas, situadas un poco hacia atrás en unos terrenos vacíos, con alguno que otro árbol abandonado, donde surgieron por un instante unos chicos jugando al fútbol, y después nos internamos en la estepa.

–¿Adónde vamos? –le pregunté a Tony.

Se inclinó en el asiento para quedar frente a mí. Tenía el pelo descolorido, semejante a paja.

–A ver un espectáculo de alta traición –respondió.

–¿De quién? –le pregunté.

–De un grandísimo hijo de puta a quien este valiente va a reemplazar –respondió y alargó el brazo para palmear la nuca de Fabrice.

Fabrice se dio vuelta para sonreír. Luego siguió callado, al igual que Marley, mirando el camino arenoso que penetraba en la estepa. Marley conducía pegado al volante, a poca velocidad. Tony descansó flojamente en el rincón del asiento. La luz del sol, que caía a través de la ventanilla, hizo relucir el diamante de su oreja. Comenzó a bostezar.

–Creo que pronto estarás en Buenos Aires –me dijo.

–¿Cómo es eso?

–Cambiaron los planes. Pero ya tengo tu pasaporte –contestó señalando el bolso que estaba en el piso de la camioneta.

–¿No hay envío a la frontera?

–No –respondió, miró hacia Fabrice y me pidió discreción apoyando el índice en los labios.

Poco después levantó unos papeles que tenía a su lado. Mirá, voy a ser famoso, dijo. Tomé los papeles en mis manos. Eran unas pocas hojas dobladas y manchadas con tierra en las que se mencionaba a los propietarios y administradores de las minas que violaban las leyes o reprimían a los mineros.

El nombre y el apellido de Tony, mal escritos, estaban resaltados en color rojo. Al pie de todas las hojas se destacaba la firma de Alphonse, el joven abogado que me había acompañado en el camión hasta la frontera angoleña. Por la numeración de las páginas deduje que correspondían a los anexos o a un capítulo avanzado de su tesis. Le pregunté cómo las había conseguido. Tengo mis contactos, dijo.

—¿Y el que las escribió? ¿Qué pasó con él?

Tony hizo como si no me hubiera escuchado. Se enderezó en el asiento para ordenarle a Marley que avisara por radio nuestra presencia en la zona. Estamos llegando, me dijo. La camioneta atravesó un bosquecito, subió una cuesta y dobló por una curva cerrada. Tony prestó atención a lo que decía Marley. Le pregunté otra vez por el autor del escrito. Tony no respondió. Lo miré de reojo, esperando que girara hacia mí y contestara pero dirigió la vista hacia todos los lados. Cuando me disponía a preguntarle de nuevo, se volvió. No sé, era un activista, estará preso o bajo tierra, dijo con gran fastidio en su voz. Luego señaló con el dedo el final de la curva. Miré hacia allí.

El auto de Carpenter tenía el capó hundido en un árbol, el parabrisas astillado y la carrocería agujereada a balazos. El cuerpo de su guardaespaldas había sido acomodado en el asiento trasero. Las piernas le colgaban hacia afuera. El ruso estaba de pie, a la sombra, junto al auto. Vestía pantalones cortos, una camisa abierta y hablaba por un walkie-talkie con un palillo en la boca. Marley redujo aún más la velocidad. Tanto él como Fabrice miraron de un modo vago y estúpido al ruso y al auto. Ese gringo es lo mejorcito que tiene Muteba pero siempre conviene mostrarle mucho carácter, comentó Tony. El ruso se inclinó para echar un vistazo al interior de la camioneta. En esa oportunidad, a diferencia de las veces que coincidimos en el hotel, me miró con desprecio. Tuve un poco de miedo de que dijera algo en mi contra, pero no lo hizo. Marley estacionó frente a un sendero, angosto y un tanto oblicuo, que se internaba en el monte. Tony bajó resuelto, caminó hacia el ruso y lo saludó con un gesto marcial. La mirada que el ruso le dirigió no tenía la avidez indecisa y servil que había en las de Marley, Fabrice y el resto de su banda. El ruso escupió el palillo, señaló el auto y después el sendero. Conversaron por unos minutos. El ruso le entregó un paquete. De lejos se veía igual al que Paulo escondió entre sus ropas, en la mina, cuando lo pesqué saliendo de las tiendas de campaña. Tony meneó la cabeza, levantó un brazo como rogando al cielo, luego miró hacia nosotros, que estábamos al pie de la camioneta, y finalmente palmeó un hombro del ruso como si hubiera obtenido una victoria. El ruso se alejó hacia un camión que estaba camuflado entre los árboles. Subió a la cabina, arrancó y pasó despacio frente a los cuatro. En la caja de carga lo acompañaban unos cuantos tipos armados y de uniforme. Nos miró de arriba abajo.

Tony le hizo una breve reverencia. Luego acomodó el paquete en la cintura, entre el pantalón y la camisa, y nos pidió que lo siguiéramos. Comenzó a subir por el sendero para internarse en el monte. Fabrice le lanzó una ojeada a Marley, arqueando las cejas, y después se adelantó para caminar al lado de Tony. Marley, en cambio, aguardó a que yo me pusiera en marcha para sumarse a la fila. Nadie hablaba. Ascendimos por el sendero hasta desembocar en un claro entre árboles y matorrales. Allí, en un pedazo de terreno abierto y pisoteado, yacían los cuerpos de Carpenter y de Paulo. Estaban uno junto a otro. Carpenter parecía muy pequeño con los brazos estirados a cada lado. Tenía heridas en la cara y un tajo en la garganta. Paulo estaba tendido boca abajo, con una pierna encogida y los brazos abiertos. Los habían llenado de plomo. En torno a los cuerpos se veían casquillos de nueve milímetros. Confieso que me produjo una gran impresión. Aunque no es la más fuerte que tengo de esos días... Los cuatro nos quedamos contemplando la escena. No cabían dudas de que estaban muertos. Sin embargo Tony dio una vuelta alrededor de los cadáveres y luego pateó al de Carpenter como si tuviera alguna sospecha. Lo miró por un momento. Después sacó el paquete de su cintura para señalar hacia la curva del camino. Entre las ramas sin hojas de los árboles se podía contemplar la curva y el techo de la camioneta. Me habló en voz alta. Su cara reflejaba emoción. Como si hubiera retenido el aliento un largo rato. Sonrió forzosamente mientras yo lo miraba.

–Paulo, este mulato traidor –dijo tornando hacia Paulo y Carpenter–, le quiso vender por su cuenta nuestros diamantes, mis diamantes, a este viejo zorro. Hicieron una cita en este lugar. Pensaron que era un sitio seguro pero los hombres de Muteba los agarraron con las manos en la masa. Este viejo era un gran delincuente. Eso sí, norteamericano. De los que no figuran en las listas. Te das cuenta de que hoy en día no se puede confiar en nada ni en nadie –dijo.

Cuando Tony terminó de hablar, Fabrice, que nos había mirado alternativamente, se inclinó sobre el cuerpo de Paulo. Le apoyó el revólver en la cabeza y apretó el gatillo. Pero la bala no salió. Entonces metió una mano en su campera, sacó unas cuantas, lo cargó y disparó una vez. El balazo rebotó en el monte. Una bandada de pájaros levantó vuelo para posarse en un gran árbol del fondo. La copa del árbol se meció suavemente. Un polvo tenue se filtró hacia abajo a través de los rayos de sol. De inmediato la silueta de un mono quedó al descubierto. El mono se deslizó por una rama para descolgarse en la copa vecina. Todos miramos hacia el mismo sitio. Tony levantó las manos en un movimiento reflejo. Ése es Cachilo, dijo. Después se apartó de Fabrice y comenzó a correr. ¡Miren, es Cachilo!, gritó mientras corría.

En ese momento sonó el primer disparo de fusil. ¡Bum! Marley cayó sentado, como si hubiera recibido un mazazo. Se inclinó hacia delante y trató de ponerse

de pie. El segundo disparo le voló la sesera. Fue todo tan rápido que no me dio tiempo a pensar. Me tiré cuerpo a tierra. Fabrice se agachó hasta tocar casi el suelo con la cara y en esa postura soltó unos tiros a ciegas. Pero hubo nuevos estampidos y, enseguida, vi cómo un hilo de sangre le bajaba por el medio de la frente hasta las cejas. Tony cambió de rumbo. No supe dónde le habían dado, aunque rengueaba de una pierna. Oí su grito y luego su quejido de dolor mientras huía hacia los bordes del claro. Cuando otra bala le impactó demasiado cerca, se clavó en los matorrales de un salto.

Me quedé quieto, confundido, esperando otro ataque. Pero no se oyó más nada. Reinó un silencio absoluto. Poco después Calús se asomó por un lado del terreno. El fusil todavía humeaba en sus manos. Avanzó apuntando con un gran Kalashnikov. Marchaba descalzo, aparentemente sin esfuerzo, con la cabeza echada hacia atrás. Parecía muy orgulloso de sí mismo. Cruzó el terreno en dos zancadas, recogió el paquete que Tony había soltado al huir, le pegó un vistazo, levantó alguna que otra piedra que había rodado por el suelo y volvió a meterla en el paquete. Después caminó hacia el cuerpo de Paulo. Se arrodilló y habló en voz baja. En un momento cerró un puño de golpe, como si maldijera. Al levantarse vagó la mirada por el monte. Más tarde, muchas veces, recordé su figura destacándose contra la luz de aquella mañana: la gorra de béisbol bien metido en la frente, los hombros en tensión, la mano en el fusil, listo para iniciar otra matanza si fuese necesario.

Cuando vino hacia mí me puse de pie. Permanecí quieto, rígido, con las manos en alto. Calús guardó cierta distancia. Me contempló por unos segundos. Luego alzó la vista hacia el cielo. Al bajarla meneó la cabeza.

–Con Paulo peleamos por la independencia de Angola. Él fue un héroe. Pero en estos días ya nadie se acuerda de los héroes –dijo.

Asentí en silencio. En algún lugar del monte cantó un pájaro. Calús levantó un poco la boca del fusil. El corazón me subió a la garganta. Me pidió que apoyara en el suelo todas mis cosas. La mochila en el centro, los zapatos a un lado y lo que tenía en los bolsillos a otro. Por supuesto que obedecí su pedido. Aunque al entregarle los zapatos me quedaba sin nada. Sin la plata, sin los cheques de viajero y sin las piedras que había ocultado en la plantilla. Cuando intenté decir algo me apuntó.

–No me oíste, dámelos –dijo.

–Te doy el reloj en lugar de los zapatos –le propuse.

Calús miró mi reloj. Era un Seiko de batalla que conservaba de otros tiempos. Nada de otro mundo.

–Quiero los zapatos y también el reloj –dijo.

Después me ordenó retroceder. Entonces se oyó un chiflido. Provenía de la curva. Miré hacia allí. Luisinho, que se había apoderado de la camioneta de

Tony, le hacía señas sentado al volante. Agitaba una mano. La presencia de Luisinho en esa acción no me tomó de sorpresa. En la mina lo había visto comportarse como un alcahuete y éstos, casi siempre, resultan ser los peores. Pero Calús no se mostró apurado. Al contrario. Se tomó un tiempo para revisar la mochila. Descartó los brillantes sintéticos, un mapa, la libreta de apuntes y dos o tres cosas más. Luego partió con el resto en dirección a la camioneta, tan seguro de sí mismo, que cualquiera hubiera dicho que de un momento para otro iba a ponerse a entonar un ndombolo. Cuando le grité que en la camioneta estaba mi pasaporte, se encogió de hombros y siguió andando, con la mirada fija en la curva...

Esperé que la camioneta arrancara para moverme. Mi cabeza era un caos. Luego di algunos pasos hasta las huellas de sangre. Miré hacia los matorrales. Las huellas de Tony conducían ciertamente hacia ese lugar. Estuve de pie, descalzo, en el medio del claro, rodeado de un vaho caliente, por un breve momento. Después fui hacia donde estaba el cuerpo de Carpenter. Era evidente que lo habían desplumado. Me costó quitarle las botas. Sus botas de cuero, con hebillas plateadas, eran demasiado grandes para mí. Pero no tenía otra alternativa. Sentí un poco de náuseas. Cuando me pasó el malestar me lancé tras las manchas de sangre. Atravesé todo aquel terreno abierto y penetré en la mata. Al principio la vegetación era alta aunque había una gran cantidad de sangre en las hojas y en las varas y el rastro era fácil de seguir. Podía ver las marcas por donde había pasado Tony. Avancé despacio. En algunas partes las varas estaban apretadas unas con otras y había infinidad de moscas y mosquitos. Comencé a pensar en lo que sucedería si Tony me esperaba agazapado en aquella maraña. No me hizo ninguna gracia. Pero sabía perfectamente lo que tenía que hacer. No me iba a marchar de Angola o de África así porque sí.

Crucé el largo espacio de matorrales y salí a un descampado donde crecían algunos árboles. Poco después perdí la pista pero me hice una idea de cómo habría maniobrado. En ningún momento había mostrado tendencia a dar rodeos o volver hacia atrás. Supuse que había continuado hacia el frente. En el descampado no se oía nada salvo el zumbido de las moscas. Continué rastreando con mucha lentitud. Estuve buscando un largo rato antes de encontrar otra vez manchas de sangre. Las manchas, ahora, se prolongaban hacia una hondonada. Aceleré el paso. Sabía que estaba herido y no quería perderlo. La hondonada era enorme pero las huellas revelaban los movimientos de Tony. Dónde se había detenido y dónde no. Andaba sin rumbo. Parecía vagar entre algunas rocas. Era indudable que a esa altura sangraba mucho. Supuse que el sol y el calor le mantenían frescas las heridas. Continué buscándolo casi un centenar de metros en la misma dirección. Durante ese trayecto estuve más ansioso que en toda mi vida. Un rato más tarde, en el

momento en que comenzaba a perder las esperanzas, lo vi. Se arrastraba por el suelo entre una roca y un árbol. Miré cómo se acercaba a la roca. La pierna izquierda le chorreaba sangre. Pero la herida, si bien se veía grande y profunda, y seguramente le provocaba mucho dolor, no era mortal. Tal vez la bala, en su trayectoria, le había roto algún hueso. Lo dejé recorrer más o menos un metro. Después le cerré el paso. Tony miró mis pies. Se apoyó en una mano y tomó el amuleto con la otra. Carpenter, yo no fui, lo juro, perdóname Billy, no fui yo, dijo con la vista nublada.

Muchos años atrás, durante mi juventud, había practicado judo. No fui un buen luchador pero recordaba algunas llaves. Sabía bloquear los golpes que iban dirigidos a los ojos y a los genitales. También atacar un punto en el cuello que permitía dormir al adversario en pocos segundos. Requería más astucia que fuerza. Era cuestión de oprimir los músculos que rodeaban la carótida para cortar el flujo sanguíneo. Aunque se debía apretar con cuidado. Un exceso en el tiempo podía asfixiar al oponente o producirle un paro cardíaco. Es decir, el pequeño paso entre lo justo y un crimen. Lo agarré a Tony de la muñeca de la mano con que sostenía el amuleto, lo atraje hacia mí y le puse la otra mano en el cuello. Soy yo, no Carpenter, le dije. Se encrespó como una serpiente. Comenzó a gritar. Gemía y gritaba. Pero le tapé la boca, lo sujeté por detrás y le apreté bien el cuello con los dedos hasta que lo sentí flojito. Lo tuve quieto un momento y lo dejé tendido en el suelo. Allí quedó boca abajo, mudo, con sus anécdotos y sus malos modales. Registré sus bolsillos. Le saqué el amuleto, el reloj de oro, el diamante de la oreja y dos mil y tantos dólares en efectivo...»

El suboficial Vargas apoya el mentón en sus manos. El cansancio se le ha ido de golpe. Se levanta, camina por la oficina, mueve los brazos como si estuviera nadando. Piensa en tomarse vacaciones. Las últimas fueron dos años atrás. Pero no había llegado muy lejos. Mejor dicho, se quedó en su casa reparando armarios y sillas. Más de media casa construyó con sus manos. Dos manitas veloces y prácticas, dice su padre. Le gusta el oficio de carpintero. Insume mucha energía. Si no hubiese sido policía tendría que ser carpintero, piensa mientras tacha otros cinco nombres de la lista que ha escrito en la hoja de papel. Con el de Tony vacila. Finalmente le añade un símbolo. Una vulgar palomita. No toma asiento. Prefiere seguir escuchando de pie.

«...Después regresé al punto de partida dando un largo rodeo. El aire estaba lleno del ruido que hacían los pájaros al volar sobre los cuerpos. Había unos cuantos grandes de cabeza pelada y plumaje marrón. Seguí camino hacia el auto

de Carpenter. En el sendero recogí su portafolio. También lo habían vaciado. Metí mis pocas cosas dentro y continué andando. Pensé que Carpenter era un viejo verdaderamente audaz. Por lo visto jugaba a tres bandas. Tony, como mínimo, a dos. El auto tenía el capó muy metido en el árbol. El resto no se veía mal, excepto los balazos que se destacaban en la pintura. Levanté el cadáver del guardaespaldas por debajo de los brazos, lo saqué del asiento trasero y lo deposité en el suelo, a un lado del auto. Su cuerpo se hundió en una capa de polvo. Entre sus ropas hallé un pasaporte polaco con la visa y los sellados en regla. Al erguirme tuve un leve mareo. En el auto había botellones con agua. Tomé un buen trago y después encendí un cigarrillo. Lo fumé entre los árboles. En la curva no había ningún movimiento. Me acordé de la opinión del conserje. El aeropuerto de Uíge quedaba, según el mapa, a unos doscientos kilómetros al oeste. Me pregunté si no sería mejor caminar hacia el pueblo, pasar por el hotel y convencerlo para que me consiguiera una vía de escape. Descarté esta alternativa. Las condiciones habían cambiado y los hombres de Muteba, al menos el ruso, acostumbraban a circular por allí. En ese momento sólo tenía un objetivo: salir de Angola de una manera o de otra, pero consideré que me sentiría más seguro si me alejaba de Caxinda. Tenía que llegar hasta ese aeropuerto, o hasta el Congo, a cualquier precio. En el Congo podría reclamar mi billete de avión. Bajé la vista hacia el auto. Las ruedas no estaban dañadas. Debajo del volante se veían las llaves. Tiré el cigarrillo, despejé los vidrios que había en el interior y subí para darle contacto. El tanque de nafta estaba por la mitad pero el motor comenzó a funcionar con un ruido espantoso. Puse marcha atrás para sacarlo despacio. La chapa rozaba la parte delantera del motor. Bajé, busqué una vara firme y la enderecé todo lo que pude. Luego levanté por un momento el capó. Un hilo de aceite escurría por el chasis hacia el suelo. No tenía objeto tratar de arreglarlo. Entonces subí, metí primera y salí de la curva en dirección contraria a como la habíamos tomado. A poco de andar el parabrisas terminó de romperse. Pero aquello no era un problema. Mis dudas consistían en cuantos kilómetros iba a aguantar el motor sin una gota de aceite. De todos modos aceleré al máximo y mantuve la velocidad con la esperanza de atravesar la estepa en dirección al oeste.

El camino, polvoriento y reseco, estaba bordeado de matorrales y malezas que se esparcían por todos lados. Por delante, hasta donde alcanzaba la vista, no había nadie. Mejor dicho, divisé un camión a la distancia aunque un momento después lo perdí. Supuse que entró a campo traviesa. El camino no tenía mojoneros, pero cuando comenzó a elevarse suavemente hacia unos cerros calculé que debía encontrarme lejos de Caxinda. Mientras el viento me pegaba de frente pensé en la mina, en Caxinda y en lo que había ocurrido en el monte. Desde un principio había considerado que al marcharme de ese pueblo no sentiría pena.

Más aún: puedo asegurar que si no hubiera pasado lo que pasó no sería capaz de recordar ninguna de las caras que allí conocí. Bueno, a excepción de una. A Laura la recordaría de todos modos. Pero creo que ni siquiera viviendo con ella podría acostumbrarme a ese mundo. Ella, por su profesión de médica, tal vez sí. Tenía vocación para trabajar en el medio de la pobreza, de ver todo aquello a cualquier precio y de experimentarlo en carne propia. En cambio, yo, ¿qué puedo hacer yo en el África? Nada. He reflexionado mucho sobre ello. Fueron unos meses difíciles, pero yo tuve la culpa. Era yo el que me había metido en ese lío. Una o dos veces se me ocurrió que el único infeliz capaz de involucrarse en un desastre como aquél era yo. Ahora tenía que salir. Eso fue lo que hice. Seguí adelante, sin pausas, manejando todo lo ligero que permitían los infinitos pliegues de la estepa...

Había recorrido más de una hora cuando el camino se abrió en dos diagonales. Eran un poco más anchas y de suelo arenoso. Las dos se parecían pero en la que estaba a mi izquierda había huellas de autos. Doblé hacia allí. A causa de la arena avancé lentamente. A veces tuve que frenar para evitar un porrazo. El nuevo camino se prolongaba hacia los cerros. Los bordes estaban cubiertos por una mata sin hojas aunque, cada tanto, se veía un enorme imbondeiro. A fuerza de ir despacio sentí mucho calor. El sudor me corría por el cuerpo, desde los sobacos hasta la cintura. Un trecho más adelante distinguí una fila de mujeres y luego, hacia el fondo, un conjunto de chozas. Más lejos el camino se aplanaba hacia una meseta. Las mujeres, que transportaban ramas y leños, me miraron por encima del hombro. Al frente marchaba una negra, con una túnica larga, de color verde, seguida por media docena de niñas. La mujer llevaba a una dormida sobre la cadera. Poco después el auto corcoveó unos metros, el motor hizo una explosión y una bola de humo salió por el capó.

Entonces bajé. Tomé el portafolio, un botellón de agua y caminé hacia las chozas. Fui directamente. Crucé el camino, seguí por el otro lado y subí por la falda de un cerro hasta la que estaba más cerca. Era un cuchitril de barro, circular, con una cortina de tela encuadrada en un hueco. El suelo que lo rodeaba estaba limpio. Sobre una tabla, que apoyaba en dos piedras, había una palangana y un tazón roto, lleno de granos de maíz. Un trapo mugriento pendía de un clavo. Hacia arriba, un poco más allá, había un pequeño terreno que en otras épocas del año debía ser una huerta y que ahora estaba cubierto de arena, latas vacías y huesos blanqueados. Dentro del terreno reposaba una cabra. Miré a un lado y a otro. La choza estaba algo elevada y con la mirada podía abarcar el resto de la aldea, el auto, la meseta que se extendía en el fondo y también la cuesta donde había rebasado a las mujeres. Fui hacia la palangana. La llené con agua para lavarme la cara. Tenía la camisa caliente y manchada de sangre. Encendí un cigarrillo.

Estaba fumando cuando descubrí que dos hombres me observaban desde el hueco de la choza. Se veían gastados y marchitos. Uno de ellos, vestido con un *overall*, avanzó hacia mí arrastrando los pies. Se detuvo a un paso, escupió al suelo y luego me miró para observar mi reacción. Sus párpados dejaban ver dos globos fijos, semejantes a brea. Tenía la cara pequeña, pómulos altos y los ojos hundidos. Bajo el *overall*, su pecho se hinchaba y descendía rápidamente. Recordé la anécdota de Lugard y le extendí la diestra. Pero regresó junto al otro dando la impresión de estar ofendido. El otro, que tenía los mismos rasgos aunque lo doblaba en altura, lo tomó de un brazo y le dio un empujón que por poco no lo mandó de espaldas al suelo. Comenzó a insultarlo. Repitió dos veces *Sundji j'e-nu*. Cara de vagina. Poco después se acercó. Estaba sucio, con una camiseta sin mangas. Su aspecto era salvaje y extraño como el territorio donde estaba. Se presentó como Pierre. Me preguntó qué buscaba. Hablaba mejor francés que portugués. Su piel, bajo los rayos del sol, tendía al violeta. Señalé hacia el auto. Desde allí se veía destruido. Un grupo de niños, que habían salido corriendo por detrás de las chozas, no paraban de reír mirando sus muecas reflejadas en la chapa. Le dije que se había descompuesto y que necesitaba seguir viaje. Pierre le echó una mirada. Entreabrió la boca, como para apuntar algo, pero la cerró sin decir nada. Luego ojeó el portafolio y mi camisa. Me preguntó si venía de las Lundas. Era una pregunta de riesgo. Me limité a asentir con la cabeza. A continuación quiso saber adónde me dirigía. Cuando mencioné Uíge dejó caer la pera en una expresión estúpida. Saqué el mapa del portafolio y lo abrí ante su cara. Pierre echó un vistazo rápido al interior del portafolio. Después fijó la vista en el mapa. Se tocó con los dedos el grano que tenía junto a un ojo.

–Eso está muy lejos de aquí –dijo.

–¿Cuánto tiempo?

Demoró en responder.

–Ocho horas –dijo.

Le pregunté si me podía ayudar. Pierre se quedó inmóvil, como perplejo. Descansó las manos en la cintura. Un momento después miró al otro que permanecía expectante, rezongando, al lado de la choza. Se había puesto en un extremo, levemente inclinado sobre una pared, y fumaba. Le pregunté cuál era el problema con su amigo.

–Dídí cree que los extranjeros no son hombres. Los considera *ngangeles*, personas malignas, en cambio yo, que anduve por el mundo, no creo nada de eso –dijo, meneó la cabeza y fue hacia Dídí.

Comenzaron una discusión entre ellos. Cuando volvió dijo que me podían llevar hasta Uíge en un jeep que tenían oculto a causa de la guerra. El precio que pretendía no era exagerado. En el mapa había notado una ciudad que estaba

pegada a la frontera con el Congo, relativamente cerca de Kinshasa: Maquela. Le pregunté cuánto me cobraba si íbamos hasta allí. Ese camino es muy peligroso, tendríamos que viajar de día y con armas, dijo. Le insistí. Pierre permaneció un rato en silencio, con la vista fija en el suelo. Después me pidió el auto de Carpenter, una suma por el viaje y algo extra por la nafta. Mi condición fue que partiéramos enseguida. Pierre se mostró conforme pero hubo algo en su tono que no me gustó. Aunque recién por la noche tomé precauciones. Mientras Didí encaró hacia la cima del cerro Pierre se metió ligero en la choza.

Una hora y media más tarde, con esfuerzo visible, salió con una ametralladora colgada de un hombro, una cantimplora en el otro y la mitad de un cabrito en las manos. La carne estaba envuelta en unos trapos de arpillera. Cortó un pedazo para él y otro para mí. Didí apareció por el camino minutos después. Estacionó el jeep entre las matas. Apenas bajamos los niños que jugaban en el auto vinieron corriendo para salir al encuentro de Pierre. Tres se pusieron a llorar. Los otros miraban la ametralladora muy interesados. Uno me sonrió y sacó la lengua moviéndola de arriba abajo. Pierre subió las cosas al jeep. Luego alzó al más pequeño para besarlo en la frente. El niño, con trencitas en el pelo, abrió los ojos hipando. ¿Todos suyos?, le pregunté. Pierre miró a Didí. No, dijo, sólo éste es mío.

El jeep había sido utilizado como ambulancia para servir a la Cruz Roja. Todavía se adivinaban algunos trazos del símbolo bajo las manos desaparejas de pintura. En el espacio trasero había bidones de nafta y unos cacharros amontonados. Cuando acabé de echarle un vistazo Didí protestó. Le dijo algo a Pierre en dialecto kikongo. Pierre subió al jeep de un salto, estiró un brazo y le pegó de revés en la cara. El golpe emitió un sonido plano y seco. Didí largó una risita. Quizá de vergüenza. ¿Qué pasa?, pregunté. No pasa nada, dijo Pierre. Insistí con la pregunta. Pierre se dio vuelta lentamente. Didí cree que su auto vale menos que un perro, comentó. No entendí bien lo que había dicho Didí, pero estuve seguro de que aquello no era. Me acomodé en el asiento de atrás. En aquel momento partimos. Los niños corrieron junto al jeep, riendo y gritando alborozados. Después, a medida que nos alejábamos en dirección a la meseta, uno tras otro abandonaron la carrera. Pierre sacó el cuerpo por la ventanilla para saludarlos con las manos. Un poco más tarde se inclinó hacia atrás. Comenzó a roncar. Didí cada tanto me echó un ojo. Luego manejó con la vista fija hacia el frente. Esos dos no significaban nada para mí. Tampoco les tenía confianza. Pero al tiempo que avanzábamos me puse contento. La emoción me duró menos que un día.

Cruzamos la meseta a plena luz de sol. Era un territorio desierto y tan gris y aburrido que parecía que no nos movíamos de sitio. Tardamos alrededor de tres horas en cruzarla. El jeep, con aire acondicionado y todo, se convirtió en un

horno. Apeataba a sudor. Recién más tarde, cuando bajamos por el declive de un arroyo, el paisaje se fue renovando. Nos internamos por un camino lleno de árboles y cortado por corrientes de agua que el jeep atravesaba sin dificultad. Si se miraba más allá de los árboles y de las quebradas podían distinguirse espacios abiertos, con matorrales que cubrían la estepa, y el verdor de los montes evaporándose bajo el sol de la tarde. En un momento dado, a orillas de un río, hicimos un alto. El río estaba crecido y habían volado el puente que lo cruzaba. Del otro lado se veían un camión de asfalto y piezas de artillería completamente quemadas. Didí aminoró la marcha hasta que tuvimos el puente muy cerca. Pierre le ordenó detener el jeep, alistó la ametralladora, bajó y dio unos pasos por el borde del río. No le saqué los ojos de encima. Pero no vi nada sospechoso. Fue una emboscada nocturna, comentó al volver. Recién entonces bajamos nosotros. Didí llenó la cantimplora con agua del río. La cantimplora tenía un nombre escrito a tinta diferente del de ellos. Pierre se quitó unas sandalias hechas con una vieja goma de auto para lavarse los pies. Didí tomó un largo trago de agua. Cuando terminó me preguntó si conocía esa parte de Angola. Pierre, que estaba a sus espaldas, levantó la vista para mirarlo. Advertí que me encontraba en una situación incómoda porque no sabía dónde estábamos y tampoco quería reconocerlo.

–Sí –le contesté.

–¿Y Pointe Noire, en el Congo?

Le dije que no.

–Es una ciudad fabulosa –dijo– con un gran puerto sobre el mar.

–¿Cómo llegaste hasta allí?

–Hemos llevado a gente a Pointe Noire.

–¿Gente blanca?

–Sí –respondió–, puros blancos.

–¿Por qué iban a ese puerto?

–No sé –dijo–, aunque uno en ese Congo está tranquilo. Sabe por qué vive y por qué muere.

Pierre se levantó como si lo hubieran agujoneado de pronto. Con un movimiento de cabeza le pidió la cantimplora y con otro le indicó que fuera hacia el jeep. Poco después reiniciamos el viaje. Seguimos por la ribera hasta que pudimos vadearla. El camino, de suelo rojo, estaba húmedo y parecía borrarse. Poco antes del atardecer dimos con una aldea cubierta de barro, situada al pie de una loma. Esto ya es la provincia de Uíge, anunció Didí. ¿Estamos cerca de Maquela?, le pregunté. A tres o cuatro horas de distancia, dijo. En la aldea no había nadie, aunque las chozas parecían haber sido habitadas hasta muy poco tiempo atrás. Tenían alguna que otra ropa colgada en las paredes y restos de comida sobre las mesas. Resolvimos pasar la noche allí. Didí se encargó de

buscar ramas secas, mientras Pierre se dedicó a encender un fuego y a calentar la comida. Un momento antes sacó el cargador de la ametralladora, volvió el arma hacia él, se llevó el cañón a los labios y sopló dentro. Luego metió el cargador y la dejó sobre un pedazo de arpillera que había extendido en el suelo. La manejó como un experto...

Durante el viaje los dos se habían mostrado callados. Hablaron lo necesario. Pero mientras comíamos se distendieron un poco. Pierre sacó la carne del fuego y cortó tres pedazos. Didí masticó despacio. Después le habló a Pierre.

–¿Por qué no le cuentas a él que fuiste campeón de boxeo? –le preguntó.

Pierre lo miró atravesado.

–¿Es verdad? –le pregunté.

Didí volvió a intervenir.

–Fue un gran campeón, como todos los negros –dijo.

Pierre estiró una mano a la hoguera, tomó una rama encendida y se la tiró a la cabeza. Didí la esquivó inclinándose hacia un costado. Después sonrió.

–No es verdad, fui boxeador pero no un campeón –dijo Pierre.

–¿Dónde boxeaste?

–En Francia –dijo.

–¿Cuánto tiempo?

–Un par de años –dijo.

–¿Cómo llegaste a Francia?

Pierre se quedó un momento pensativo. Luego me contó algunas experiencias de su vida. Dijo que había salido muy joven del Congo en un barco carguero que lo llevó a las costas de España. Después de recorrer media Europa había vuelto a África para trabajar en Kenia y en Ruanda, donde se había alistado en el ejército. Prestó servicios como soldado y luego, según él, fue ascendido a chofer de ambulancia. De Ruanda, expulsado por la guerra, partió a Zambia y de allí, finalmente, había pasado al norte de Angola.

–¿Viniste en el jeep?

–Sí, señor –contestó.

–¿Además de boxeador que otras cosas hiciste en Europa? –le pregunté.

–Hice de todo –respondió–, me empleé en las cosechas, lavé platos, manéjé taxis, pero lo que más me gustó fue trabajar como ayudante en una carnicería de Róterdam. Eso sí que estuvo bien –dijo, hizo una pausa y redondeó–: mucho trabajo pero buena comida.

Manos de carnicero, alma de vagabundo, alcancé a comentar antes de que Didí se largara a reír. El relato de Pierre, en general, había resultado muy gracioso para Didí. Cada vez que Pierre terminaba una frase soltaba una risita burlona y hacía girar los dedos como si estuviera traduciendo para sordomudos. Tal vez sentía celos de Pierre o era consciente de que valía menos

que él. Por entonces yo no tenía nada en contra de Didí. Había manejado con destreza, especialmente a la hora de atravesar vados y grietas. Pero luego de mis palabras Pierre, que se había puesto cada vez más rígido, se levantó y lo alzó por la nuca como si fuera un gatito. Didí comenzó un lamento creciente. Pierre le dijo algo en voz muy baja y después lo acercó al fuego de la hoguera.

Los miré por un momento. Juzgué que no tenía sentido separarlos. ¿Qué les podía pedir? ¿Serenidad? ¿Apego a las buenas costumbres? ¿Respeto mutuo? ¿Quién era yo? Subí al jeep y me estiré en el asiento. Ellos, al cabo de un rato, hicieron las paces. Acomodaron sus mantas delante del fuego y empezaron a fumar y a conversar en un tono amigable. Los oí discutir sobre la primacía de los negros. En un momento Didí, sin quitarse el cigarrillo de la boca, levantó el tono para nombrar personajes del deporte y de la música. Creo haber escuchado que mencionó a Eusebio, Pelé, Miriam Makeba y otros más. Habló con mucha firmeza. Sus comparaciones no eran descabelladas. Aunque en esas disciplinas, no en general. Me pregunté si las había sacado de un diario o de algún libro. Durante mi estadía en Kinshasa había leído un artículo periodístico basado en el conflicto de Ruanda: “El negro sale de la selva. ¿Pero es verdad que la selva nunca sale del negro?”.

El autor, de un nombre rarísimo, comenzaba acusando a los belgas de haber instrumentado en Ruanda teorías racistas de viejo cuño para impulsar la dominación de los tutsis sobre los hutus, ya que los primeros se asemejaban más a los blancos, por su piel más clara, la nariz más prominente y la frente más oval. Explicaba que los tutsis, al ser clasificados como inteligentes por los belgas, comenzaron a gozar de la noche a la mañana una serie de privilegios que, al principio, provocaron el odio de los hutus y, luego, la persecución y la matanza generalizada de éstos contra aquéllos. En esa dirección citaba los prejuicios raciales de algunos pensadores clásicos de la cultura occidental. Entre ellos Montesquieu, Hume, Voltaire, Kant y Hegel. No pasó por alto a ninguno. El escéptico David Hume había desafiado a sus contemporáneos a que le citaran un ejemplo de un negro talentoso. De Voltaire, si la memoria no me falla, recogía que en uno de sus ensayos sobre los hábitos y el espíritu de las naciones, publicado en el Siglo de las Luces, había escrito que era impensable suponer que los negros también fueran personas. El autor, hacia el final del artículo, remataba su denuncia arriesgando que los negros, en realidad, habían creado la civilización no sólo porque África fue la cuna de la humanidad sino también porque los griegos habían abrevado en el antiguo Egipto, habitado por negros según las últimas investigaciones, las fuentes de su pensamiento filosófico e incluso matemático.

Me quedé escuchando, pensando. En la noche no se oía ningún ruido, salvo las voces de los dos. Luego retuve el aliento y les eché un vistazo. El fuego

estaba casi apagado. Pierre, que permanecía quieto, inclinado, con la cabeza vuelta sobre el hombro, encendió un fósforo, lo levantó y se quedó mirándolo hasta que la llama le alcanzó los dedos. Su expresión era cruel, acaso funesta. Entonces me moví cautelosamente para sacar los diamantes. Al grande lo desprendí del amuleto. Los contemplé. No eran más grandes, ásperos ni pesados que una pastilla, pero esa vez cerré los ojos al tragar... Un poco más tarde pensé en Alicia. La imaginé en nuestra cama, entre las sábanas. Pensé que si no hubiéramos hecho polvo todo aquello que compartíamos, tal vez estaríamos durmiendo uno junto al otro, en nuestro bulín de Buenos Aires...

Desperté poco antes de que saliera el sol. Los dos negros se levantaron del suelo con cara de enfermos. Se movieron como fantasmas. Estaban llenos de polvo y cuando los tuve cerca su olor me golpeó. Preparamos café, tomamos un sorbo y luego nos pusimos en marcha. Ascendimos por una cuesta que se elevaba más allá de la aldea. En el cielo se veían nubes cargadas de lluvia. Nos internamos por un camino que estaba cubierto por capas de arena. El camino surgía en curva de la estepa. Yo no podía imaginar adónde iba. Pierre me aseguró que era la vía más segura para llegar a Maquela. En tres horas estamos, dijo. Pero no se veía ni un alma. Ni siquiera los pájaros azulados que habíamos visto el día anterior. Una hora más adelante las nubes corrieron hacia el sur y el cielo se despejó por completo. El jeep comenzó a dar bandazos. Didí condujo despacio, sin la menor muestra de estar preocupado. El jeep rodó pesadamente entre dos paredes de arbustos. Al final de un declive nos atascamos de golpe. Pierre se retorció en el asiento. Didí permaneció en silencio, aferrado al volante con la expresión de un sonámbulo. Me bajé y les reclamé que se movieran hasta que Pierre salió del jeep para amenazarme de muerte. Como si mi vida y la suya tuvieran alguna importancia. Pobre infeliz. Quería las piedras. Tal vez lo habían planeado durante toda la noche. Las piedras o la muerte, me dijo. Lo oí contar mientras hundía el cañón de la ametralladora en mi nuca. Diez, nueve, ocho... llegó a contar antes de que decidiera enfrentarlo. Entonces se desplomó. Luego aparecieron los médicos.

Se desplazaban en un camión, con un helicóptero de apoyo. Me dijeron que en la zona se había desatado una peste causada por el virus de Marburgo. La peste ya había segado la vida de doscientas personas. Los médicos, que integraban una brigada internacional, sabían reconocer los síntomas pero no mucho más. Aparte de trajes protectores llevaban pistolas y cachiporras porque los angoleños, preocupados por la enfermedad y cansados de la poca eficacia de sus medicinas, solían violentarse con ellos. A mí, después de revisarme, me ordenaron permanecer seis días en observación. Me subieron al helicóptero con destino a Mbanza Congo. A los dos negros, en cambio, los atendieron allí. Quizá los despacharon para un hospital de campaña. Los creían portadores del

virus. En especial a Pierre. Según el piloto del helicóptero Pierre tenía la enfermedad en un grado avanzado. Yo me sentía bien físicamente. No tenía ningún dolor excepto el que me habían provocado los golpes de Pierre en la frente y en las costillas. El piloto, un inglés alto, con anteojos redondos y pequeños, me preguntó si había salido de caza. Dijo que por allí cerca había visto buenos ejemplares de antílopes y cebras. Le respondí que no. En la cabina del helicóptero había un fuerte olor a desinfectante. Me acurruqué en un rincón y aseguré el portafolio a mi lado. En el fondo, en una banqueta pequeña, viajaban tres pasajeros con los brazos y las cabezas vendadas. Parecían dormir. Le pregunté al piloto si habían contraído la peste. No, esos tres son heridos de guerra, dijo. Un rato más tarde le pregunté si conocía a Laura. Sonrió. Ella es amiga de todos nosotros, dijo, y ahora está en Mbanza Congo. Le pedí si podía avisarle que estaba volando hacia allí. ¿De parte de quién?, me preguntó. Recordé que uno de los médicos, antes de subir, me había registrado en una planilla como ciudadano polaco. Todo había sucedido tan rápido que no tuve tiempo de reflexionar ni de oponerme. De un argentino, le dije. El piloto asintió. Luego se comunicó por radio. No supe qué dijo porque, a esa altura, el sonido de los motores tapaba su voz.

Una ambulancia nos pasó a buscar por el aeropuerto y nos llevó de inmediato al hospital. La pista del aeropuerto estaba en ruinas y había gente que iba y venía, transportando bultos, sobre los bloques de cemento. Las instalaciones del hospital se caían a pedazos. Tenía una sala en condiciones y habían levantado un campamento en el patio para evacuados y heridos de guerra. El patio era muy largo, con un par de árboles en su parte derecha. Al final había un alambrado que lo separaba de un baldío. Dos soldados montaban guardia bajo la sombra de los árboles. Las carpas estaban llenas de gente. Cada vez que levantaban las lonas para que entrara o saliera alguien, se veía a los enfermos tendidos en el suelo. Algunos gritaban o se quejaban en voz alta, pero la mayoría permanecía tranquila. En un momento dos camilleros cruzaron el patio, entraron a una carpa, salieron cargados y volvieron a la sala. La mujer y el niño que cargaban estaban pálidos y con el físico extenuado. La sala principal tenía dos hileras de camas, separadas por biombos, y unas ventanas con barrotes que daban a la calle. El calor y las moscas eran inaguantables. No había modo de espantar a las moscas. Se metían por el cuello de la camisa, caminaban por la espalda, alrededor y debajo de los brazos.

El médico que nos recibió me dijo que esperara. Se fue en compañía del piloto y los heridos de guerra. Esperé en el pasillo que conectaba a la sala con el patio. Había un hombre recostado en un banco. Le hablé para que me hiciera un lugar. Era increíblemente flaco. Cuando encendí un cigarrillo me miró. Luego, mientras terminaba de acomodarse en el banco que le servía de cama,

llevó dos dedos a la boca. Encendí otro para él. El tipo sacó un trapo de un bolsillo, escupió un gargajo, lo dobló y lo volvió a guardar. Permaneció recostado, con los ojos abiertos, fumando, sin decir nada. Poco después, cuando repartieron comida, me cedió su ración. Era un plato con puré de calabaza y pimientos. Aquel día el estado mental de los africanos se me presentó como un jeroglífico, aunque hoy no lo sea tanto. Poco después le pregunté a la anciana que distribuía los platos dónde podía conseguir una camisa. Volvió con una remera color roja, de tres o cuatro tallas más grande. La anciana tenía la cara curtida y castigada por el viento. Le di una buena propina. Entonces me guió hasta un pequeño cuarto que estaba al final del pasillo. En el cuarto hacía mucho calor pero no había moscas. Por los garabatos borroneados en las paredes supuse que había servido para alojar prisioneros. Tenía agua, luz y una letrina. Me tiré de espaldas al suelo. Me sentí vacío y agotado. Pensé en mis últimas acciones. Hurgué en mi memoria buscando todo tipo de recuerdos. De pronto vino a mi mente una lejana mañana de octubre, en Córdoba, cuando nos retirábamos de un asalto a un banco extranjero.

La operación, ordenada por los responsables financieros del partido, había sido mal chequeada por una pareja que integraba mi escuadra. Para colmo, el auto que habían levantado la noche anterior era un cascajo inservible. Habíamos entrado de sorpresa. Éramos sólo cuatro. El Vasquito, su novia de entonces, una aplicada estudiante de Ciencias Económicas, otro, que ya se había recibido, y yo. El Vasquito esperó junto a mí hasta que los compañeros se fueron con los sacos llenos de plata. A continuación distribuimos algunos volantes reivindicando la lucha armada y el socialismo, pintamos consignas en todas las paredes y salimos rajando. Pero el auto, que habíamos estacionado sobre la avenida General Paz, no quiso arrancar. Éramos jóvenes, teníamos los músculos aceitados y podríamos haber corrido hasta desaparecer de la vista o levantar otro auto al voleo. Sin embargo, no habíamos sido informados de que a esa hora, minutos más, minutos menos, pasaba un patrullero a inspeccionar la sucursal. El Vasquito, que estaba sentado al volante, lo vio venir por la avenida. Me pidió que me fuera. ¡Andate Francés, que te cubro!, me dijo. Francés era el seudónimo con el que fui conocido en la guerrilla por haber cursado el profesorado en esa lengua. Había probado varios, especialmente cuando pasé a la clandestinidad por una delación, pero no hubo manera: todos insistían en llamarme Francés. En ese momento miré al Vasquito a los ojos. Yo era su jefe. Además cuando él se había sumado a la insurgencia yo ya integraba el estado mayor. ¿Cómo me iba a ir? De ninguna manera. Pero el Vasquito, sin esperar mi respuesta, bajó de inmediato, se paró de perfil a un costado del capó y apuntó al patrullero. Pocos segundos después un policía de civil, que había corrido hacia un árbol, aprovechó para sacar una pistola que llevaba escondida a

la altura del tobillo, entre el dobladillo y el borceguí, y la sostuvo con las dos manos para no errarle. Ha pasado mucho tiempo, demasiado tal vez, desde entonces. Era otra época. De cuando lo que les dolía a los otros me dolía a mí. Sin embargo aún lo puedo ver al Vasquito, con su metro noventa, una campera de tela, un pantalón vaquero, unas zapatillas destrozadas de tanto uso, el pelo rubio engominado y unos anteojos oscuros, pequeños y redondos, de hippie, bien plantado y dispuesto a entregar la vida por la revolución. Aquella mañana lo salvé. Pero ¿qué pretendía demostrar el muy pelotudo?, me pregunté y le recriminé por semanas enteras. Podría alegar que fue una situación límite, sin duda, aunque ese día, en el hospital africano, mientras fumaba de espaldas al suelo, concluí que hay acciones por las cuales algunos de nosotros quedamos completamente marcados...

Me quedé un largo rato en el cuarto. Cuando salí me encontré con Laura. Estaba de rodillas frente al tipo flaquísimo. Parecía consolarlo. Miré la línea de su pelo, su cuello y sus hombros hermosos. Interrumpió la conversación apenas me vio. Se apartó el pelo de la cara con el dorso de la mano y sonrió con tristeza. Caminé hacia ella. Se irguió con los brazos abiertos. Llevaba puesto un delantal que le quedaba ajustado. Al abrazarnos la retuve un momento. No podía creer que estuviera realmente allí. Se lo dije. Laura enrojeció. De inmediato dio un paso hacia atrás.

–Tengo que revisarte –dijo.

–¿Cuándo?

–Ahora mismo –dijo.

Sacó una linterna de bolsillo. Mientras examinaba mis pupilas y las amígdalas me hizo algunas preguntas. Al terminar se paró en puntas de pie para besarme la frente.

–Estás sano –dijo–, pero conviene controlarte.

Nos miramos mutuamente. De pronto frunció el entrecejo. Luego leyó un papel.

–¿El polaco que reportaron eres tú?

–Fue una confusión –le dije.

–¿Una confusión? Mis colegas y el piloto coinciden en reportar dos africanos y un extranjero con pasaporte polaco. ¿Cuál es la confusión? –me preguntó.

La contemplé sin decir nada. Laura señaló la calle con un gesto muy serio.

–Allí afuera hay un auto –dijo–, pídele al chofer que te lleve al hotel donde paramos nosotros que en una hora te alcanzo.

La atraje hacia mí para volverla a abrazar. Pero ella se apartó suavemente para reiniciar la conversación con el paciente.

El auto tomó por un paseo de doble mano. Mbanza Congo era una ciudad soñolienta, desprovista de lujos y de lugares bonitos. Un mar de siluetas negras

ondulaba por las calles. La otrora capital de un reino no pasaba de unos cuantos barrios africanos, llenos de insectos, asfixiantes y míseros. La ciudad había sido, según la tradición, el centro o el origen de todos los pueblos. El hotel donde se hospedaba Laura quedaba al final del paseo. Tenía dos plantas. Había un pequeño comedor en la planta baja y las habitaciones estaban arriba. No se veía mal. Comparado con el resto, parecía lujoso. Tomé una habitación por cinco noches. La habitación estaba limpia y fresca. La habían rociado con lavanda. Tenía una cama grande y una ventana sin cortinas que daba a una rotonda. En el centro de la rotonda media docena de vendedores ambulantes le mostraban ropa y radios portátiles a una mulata que deambulaba por allí. Como no soportaba más las botas de Carpenter decidí salir del hotel para comprarles un pantalón y un par de zapatos.

Un rato después, no bien me lavé y me cambié, bajé para sentarme a una mesa del comedor. Llevé el portafolio conmigo. El mozo se acercó para atenderme. Su cara, si bien tenía las orejas retorcidas, era tan similar a la del hombre que había visto en el hospital que tuve la sensación de estar tratando con mellizos o con un buen actor que interpretaba, en distintos lugares, roles diferentes. Aquel mozo era un buen tipo y en los seis días que pasé allí me hizo la vida más fácil. Más de una vez le dejé elegir la comida y me consiguió unas buenas botellas de vino. Le pedí una taza de café y un vodka con hielo. Me sirvió una medida generosa. El vodka me hizo sentir mejor. Eché un vistazo a las mesas. Había sólo otra ocupada. Un rubio, con pinta de extranjero, miraba televisión. Le habían servido pan tostado, mermelada, huevos revueltos, té y jugo de naranja. Los sonidos del televisor llegaban hasta mí. El aparato, de cuarenta pulgadas, estaba ubicado en un extremo del salón. El rubio permanecía inclinado contra la mesa, sobre sus brazos cruzados, siguiendo las consecuencias de un choque ocurrido en una autopista española. Un momento después giró hacia el mostrador, miró el reloj de la cafetería y cotejó la hora con el suyo. Luego levantó la taza para acabar con la última gota de té y firmó la cuenta. Lo observé atentamente. No tenía los modales de un sicario. Los hombres de Muteba procedían de otro modo. Más adelante supe que era periodista. El reloj marcaba las tres y media. Quince minutos más tarde apareció Laura. Me puse contento de verla. Pidió solamente un café. Durante un momento permanecimos quietos, mirándonos a los ojos. ¿Sabés como le dicen a Mbanza Congo?, le pregunté. Sí, las tierras del fin del mundo, respondió. Cuando iba a hacer otro comentario se inclinó hacia atrás.

—¿Entonces? —preguntó.

—¿Entonces qué? —le espeté.

Me fulminó con la mirada.

—¿Quién eres de verdad?, dime.

Tomé un sorbo de vodka. Luego encendí un cigarrillo. Era una buena pregunta. Yo mismo, por la mañana, me la había formulado. Estaba cansado de mentir. De ser otro del que en realidad era. A lo mejor un objetivo superior justificaba ese método. Tal vez la vida o la libertad. Pero en ese momento no lo tenía. En ese momento no era más que un desocupado dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de salvarse. Más adelante, quizá, si podía salir de África y vender las piedras, no habría más problemas para mí. Aunque no estaba claro si podía conseguirlo. Vacilé unos instantes. Miré por la ventana. Al otro lado de la calle un grupo de niños ofrecía agua en saquitos de plástico. Apenas daban abasto abriendo las cajas, entregándolos, cobrando y devolviendo el cambio. Uno de los niños, arropado con uniforme escolar, se había apartado del conjunto para jugar con una rueda de bicicleta. La hacía girar con un palo alrededor de una montaña de basura. Más allá se veía una fila de automóviles y camionetas que aguardaban su turno para cargar nafta a la entrada de una estación de servicio, y al final de la calle, entre las copas de los árboles, sobresalía la construcción sin terminar de una iglesia evangelista. En un momento dado el niño que jugaba con la rueda alzó la vista para dirigirla a la ventana. Le sostuve la mirada por unos instantes. Luego la deposité en los ojos de Laura. El mozo le acababa de servir el café. Nos contemplaba a los dos. Le pregunté si quería comer algo. Ella negó con la cabeza. Estoy esperando tu respuesta, dijo. El mozo volvió a llenar mi vaso con vodka y luego partió hacia el mostrador.

Entonces hablé. Referí a grandes rasgos mi vida como profesor y después evoqué mis años al frente de la librería. Describí mi situación en Buenos Aires (aunque omití la relación con Alicia), el encargo que me había traído a África y los problemas que se habían presentado. Laura quiso saber más.

—¿Cuándo conociste a ese Vasquito? —me preguntó.

Recordé un pasaje de *La arboleda perdida*. Rafael Alberti había dado en la tecla.

—Nos conocimos a los veinte años, a esa edad en que uno elegía morir heroicamente para escuchar, después de muerto, lo que dicen de uno —le respondí.

Laura se quedó pensativa.

—¿A qué se dedica? —me preguntó.

El Vasquito había caído preso meses antes del golpe de estado del '76. Estuvo en la cárcel de Coronda cinco años y medio, cuando salió se fue a vivir una temporada a Nicaragua y a la vuelta concluyó sus estudios de medicina. Se había especializado como ginecólogo, una orientación que, valga la ironía, le calzaba como un guante. Su vocación de mujeriego le había causado muchos trastornos en los tiempos de la militancia revolucionaria. La moral que pretendía la organización era la de los ascetas, y costaba cumplir las

recomendaciones que bajaban, mas no siempre cumplían, los cuadros de dirección. El Vasquito, poco antes de caer preso, había sido sancionado por infringir esa moral. No vale repetir aquí los argumentos acusatorios. Sonarían estúpidos, tan estúpidos como mi gesto de apelar su sanción en una carta que le dirigí al mismo comandante. Nunca supe si le llegó. Sí sé que repetí el método más tarde cuando salió a la luz el desastre de Monte Chingolo.

El asalto a ese cuartel era una operación cantada, la dirección lo sabía y decidió llevarla adelante. A sangre y fuego. Ahí perdí a la mitad de mi escuadra, que había viajado como refuerzo, y a los pocos días me quedé sin pareja y sin su hijo, un chiquilín adorable. Mi primera mujer, impactada por las caídas, me planteó que se iba del país, a España, aunque recaló en Suecia. Me negué a seguirla, discutimos fuerte, me fui de pico y de manos, y en el medio de la calentura, que supuse equívocamente pasajera, me juró que nunca, jamás nunca, volvería a saber de ellos dos. Cumplió. Después del golpe de marzo del 76 llegó la orden de repartir masivamente un volante con un texto apropiado para otro planeta: “Argentinos, ¡a las armas!”. Era un texto corto, inflamado. Alegué, sin suerte, que sería una locura arriesgar a los pocos que quedábamos en la zona para distribuir un panfleto que estaba tan alejado de la realidad como, ahora lo sé, decretar que en África se trate a los débiles como iguales. De todos modos salimos, los distribuimos aunque, como era de esperar, sufrimos la pérdida de varios militantes. Y ya casi no había quien levantara el fusil de los caídos.

La segunda carta, no más de una carilla que remití por correo interno, provocó una respuesta humillante para mí. El responsable regional me miró sorprendido cuando le pregunté si tenía novedades. Nos habíamos tratado poco con él, sin embargo tenía la impresión de que carecía de honradez, de sentimientos, incluso de conciencia. Sí, respondió. Sacó un pañuelo y después de sonarse los mocos agregó: los compañeros del buró político dicen que menos mal que te conocen desde hace mucho, dijo, se rió un momento con su boca grande, floja, de payaso, y cortó la risa enseguida. Me eché hacia atrás indignado. Los otros tres que estaban presentes advirtieron mi cambio de humor y no intervinieron. ¿Te puedo preguntar algo?, repliqué. Esperé su asentimiento y las palabras me salieron como una tromba. ¿Y si no me conocieran qué? ¿Qué? Dale, respondeme, le exigí. ¿Qué tendría que esperar? ¿La horca o el destierro?, dale, decime, insistí. El imbécil movió la cabeza, como si estuviera escuchando a un loco o a un perejil, y se quedó en silencio, a la espera de que me serenara para continuar la reunión.

Los otros tres estaban recién llegados de los suburbios aunque de entrada me había gustado su facha, mejor dicho, conocía esa facha: era evidente que venían de esos barrios, rodeados de talleres, de fábricas y de pequeños comercios, que habían sido, en los arrabales de la ciudad, nidos de protesta y rebelión. El

responsable regional proyectó su mirada hacia mí, fija, inflexible, durante medio minuto. Nada más horrible para uno que sentirse basureado y además demostrar debilidad de carácter. Así que me levanté, les di la mano a los otros compañeros, deseándoles suerte, y salí del café sin mirar atrás. Esos tres merecían que les deseara suerte. Traían la humildad en la sangre. El responsable les diría que me había quebrado y supongo que se habrán llevado una desilusión. Pero no reparé. Fue entonces cuando me di cuenta de que la revolución estaba terminada para mí. Se iban a la mierda siete años de mi vida. Tomé un ómnibus de línea que me llevó a La Calera, di una vuelta para ver si notaba algo raro y después levanté la casa. Tenía que buscar otro trabajo y otro lugar para vivir si la policía o el ejército no me atrapaban antes. Al caer la tarde fui a la estación y saqué boleto para Nueve de Julio, provincia de Buenos Aires, donde vivía la única hermana de mi madre. Pasé un largo período allí, trabajando en el campo de la familia. Luego del derrumbe de la dictadura me mudé a un barrio de Buenos Aires, a Colegiales, a pocas cuadras de un instituto donde volví a enseñar francés. Una vez salido de la organización no tenía más obligaciones. Excepto con los que estaban presos o desaparecidos. Pero durante un tiempo me sentí como si fuera un desertor. Me refiero a esa rara mezcla de culpa y tristeza. Después pude comprender y calmarme.

Laura aguardó la respuesta sin decir una sola palabra. Cuando mencioné la profesión del Vasquito sonrió. Después me hizo otras preguntas. Le conté algunas historias verdaderas. Mi cabeza se pobló de fantasmas. Ciertos episodios no los había reflexionado con nadie. Pero me sentí escuchado. Con respeto. Mejor que con Alicia. Mucho mejor. Laura, cuando le narraba esas historias, depositaba sus ojazos negros en mis labios, como si tratara de averiguar la forma que tenían las palabras. La tarde pasó volando en el comedor del hotel. Cuando acabamos la segunda ronda de café surgió el tema de mi viaje.

–Necesito salir pronto de Angola –le dije.

–¿Con pasaporte polaco?

–Si puedo llegar a Kinshasa iré a la embajada –le dije.

Laura se quedó un rato en silencio. Luego bajó aun más la voz.

–Hay vuelos sanitarios al Congo. Vamos con frecuencia. Tal vez te pueda ayudar –dijo.

La miré a los ojos. Sentí que era una mujer extraordinaria.

–¿Te gusta leer poesía?

–No es mi fuerte –dijo.

Cité como pude a Jean Cocteau.

–Desinterés, tierna piedad, pureza en la orgía, mezcla de un violento gusto por los placeres de la tierra y desprecio de los mismos son algunos de los signos

que todo poeta posee, escriba o pinte –dije, le tomé una mano y agregué–: o bien, diría yo, se desempeñe como médica en el corazón de África.

Laura se inclinó hacia atrás. Su cara se llenó de congoja.

–Es muy bonito lo que dices pero no tiene nada que ver conmigo –dijo.

–¿Por qué?

–Tú guardas algunos secretos, ¿no es así?

Pensé que no había dicho una sola palabra de los diamantes. Tampoco de la matanza, del episodio con Tony o de la suerte que había corrido Alphonse. Asentí.

–Yo también –dijo.

No le pregunté de qué se trataba. A juzgar por la manera en que lo dijo, era evidente que no quería contarme.

Un poco más tarde pedimos de comer y luego fuimos a la habitación. Pasamos cinco días deliciosos. Mbanza Congo tenía pocos lugares atractivos. Pero igual salíamos a caminar, nos paseábamos por el mercado de frutas y nos parábamos en la rotonda donde vendían artesanías. Eran unos puestos pequeños atendidos, en su mayoría, por congoleños. Estábamos un rato intentando adivinar el sentido y la función de las máscaras y las esculturas de los bakongos. Pero la oferta, el olor y los gritos ponderando los collares o las pulseras hechas con pelos de elefantes eran similares a los que había visto en Kinshasa o en Caxinda. Después nos internábamos en algunas calles del vecindario y regresábamos otra vez al hotel. En verdad siempre teníamos deseos de volver a la cama. Sabíamos que el momento de mi partida se acercaba y no queríamos perder ni una sola ocasión de estar juntos. Laura solía encontrarse con los otros médicos en el comedor del hotel. Los médicos traían noticias del mundo. Ninguna de la Argentina. En Italia, un ginecólogo aseguraba haber clonado con éxito un ser humano. En España el Deportivo La Coruña ganaba, con dos argentinos en el plantel, un campeonato de fútbol en la cancha del Real Madrid, mientras que al otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos, el Congreso reconocía cien años más tarde que un europeo había inventado el teléfono. A veces me quedaba un rato con ellos, otras veces iba a la habitación, me asomaba a la ventana y, mirando la actividad de la rotonda, esperaba a Laura. Cuando llegaba me parecía que volvía de un largo viaje. Si nuestras manos se tocaban, sólo la palma de mi mano contra la suya, era suficiente para excitarnos...

Un atardecer la rotonda del pueblo se llenó de gente y todos se pusieron a bailar. Los niños marcaban el ritmo con unas latas vacías y los adultos, formando un círculo, batían palmas y arrastraban los pies según el ritmo de la danza. Como las calles eran de tierra pronto comenzaron a levantarse nubes de polvo. Se había firmado la paz en Angola. Acababan veintisiete años de guerra

civil. Al otro día los titulares de los diarios harían historia. Nos vestimos rápido y bajamos muy pronto. Bailaban los curiosos, la calle entera, todo el mundo. Las mujeres balanceaban las caderas, los hombros y movían sus cabezas. Nos sumamos al círculo, que no dejaba de crecer, y bailamos un tiempo en el centro. Luego les dimos gracias a los bailarines y nos apartamos a un lado. Poco más tarde el festejo terminó de repente. La gente se ajustó la ropa, se secó el sudor del cuerpo y empezó a dispersarse. Algunos pocos se quedaron hablando y riendo en el medio de la calle. Aquélla fue una experiencia vital para mí. Como antes, en la Argentina, lo habían sido las revueltas de mayo del ⁷⁹, las elecciones de marzo del ⁷³, y el mes de diciembre, diez años más tarde, cuando cayó la dictadura. Me alegré lo mismo que entonces. En un momento el periodista que se alojaba en el hotel se acercó para hacernos preguntas. Quería saber de esto y de aquello. Pero era evidente que iba a escribir cualquier cosa.

En lugar de responderle, volvimos a la habitación. Pedimos una botella de vino y la descorchamos de inmediato. Fue un momento feliz. Recuerdo sus palabras pero, en especial, lo que hicimos en la cama. Laura exhibía su pasión sin límites. La voz con la que me hablaba cuando hacíamos el amor encendía hasta mi última célula. Pero esa noche, por vez primera, mojó con saliva las palmas de sus manos para pasárselas suavemente entre las nalgas. Lo nuestro tiene que ser natural, susurró a mi lado, desnuda, boca arriba, antes de voltearse, mientras frotaba los dedos en la ranura suave, leonada, que tenía bajo el vientre. Esos susurros llegaron hasta mí penetrantes, tiernos, como una nota reposada y melancólica en medio de la quietud africana. Más tarde, cuando me senté en la cama, pasó los brazos por mi cuello. ¿Te vas a casar conmigo?, me preguntó. La mañana anterior, cuando la había acompañado a visitar a sus pacientes en el hospital, me había planteado algo parecido. Le acaricié las manos. Pensé que era su modo de agasajarme, aunque me cayó bien. En otras circunstancias no hubiera dudado en pasar el resto de mis años con ella. ¿Por qué habremos de casarnos?, le pregunté. Laura levantó la botella que habíamos dejado en el suelo para llenar mi vaso y el suyo. Luego se inclinó hacia atrás. Mi camisa le quedaba holgada, cubriéndole parte de sus muslos. Porque algo así ocurre una vez en la vida o en una década, dijo. Entonces la abracé. La abracé fuerte allí, en el hotel, y también cuando nos despedimos en el aeropuerto...

El día en que partí de Angola caía una suave llovizna. El tiempo del *cacimbo* había terminado. Apenas pisé la ciudad de México llamé a Laura. La peste del Marburgo estaba en plena expansión y esto le daba mucho trabajo. Pero en un momento su voz vaciló. Fue cuando me propuso que viviéramos juntos en África. Quedé en escribirle. Aún no lo hice. Todavía no puedo. Quizá más adelante, cuando tenga algo bueno que contar. Tal vez le mande una carta junto a esta grabación. No sé. Tengo que pensarlo. ¿Qué le voy a decir? ¿Que me

enamorado? ¿A esta edad, como dicen los muchachos?... En el Congo conseguí un pasaje para México. Descendí del avión con mi portafolio –muy fácil de llevar, pues sólo contenía dos camisas–, salí del aeropuerto, atravesé la autopista y después de pasar por entre algunos edificios me instalé en un gran hotel. Me sentí aliviado. No demoré en contactar a Fernando Aguilera. Nos encontramos en El Secreto Musical. Después fuimos por Tlalpan hasta un bar donde ocupamos una mesa del fondo. Algunas personas del bar dejaron de hablar y levantaron la vista cuando entramos nosotros. Dos o tres tipos saludaron a Aguilera y uno lo llamó por su nombre. Eran gente humilde, un tanto harapienta. Aguilera, un mexicano del norte, de cabello gris y bigotes blancos, sacó sus cigarrillos, encendió uno, dejó el paquete sobre la mesa, puso encima un encendedor de plata maciza, se apoyó en el respaldo, fumó y me miró. Examinó mi actitud con movimientos lentos. Le conté la historia que había preparado. Nada más. Aguilera me dio largas. Desconfiaba de todo. No saltaba sin red. Recién a las dos semanas y media me envió un emisario. Un argentino, un porteño que trabaja para él. Es un muchacho joven, profesional, hincha de Ferro, que vive aquí desde hace tiempo. Vino de trajecito y corbata. Exigió ver las piedras. Le mostré sólo una. Casi se la come con los ojos. Después rió en silencio. Al principio se mostró algo rígido. Luego tomó un café, un sorbo de agua y se aflojó un poco. Con tirabuzón le saqué el barrio y la calle donde vive. Por las dudas. No creo que se haya dado cuenta, salvo que fingiera. Calle Mazatlán, Colonia Condesa, cerca del Parque Chapultepec. Comparte un departamento con su mujer y dos hijas pequeñas. Habló de negocios durante casi media hora. Tenía un tic nervioso en las mejillas. Quizá por cansancio. O por codicia. Da igual. Mis respuestas fueron breves. Algo de África, poco y nada del Congo y de las Lundas. A esa altura yo ya había leído mucho sobre los diamantes. En una cita posterior me entregó un adelanto y pidió otras dos semanas para fijarles un precio total, en efectivo. No le acepté otro medio de pago.

Desde entonces casi no salgo del hotel. A los pocos días de instalado tuve un sueño confuso. Todavía hoy lo recuerdo. Sentí que una mujer me movía la cama, hacia delante y hacia atrás, y que luego, sin hacer ningún ruido, se acostaba a mi lado. Fui incapaz de hablarle pero oí su aliento al respirar. Al principio quedé sorprendido. Después tuve un sentimiento de horror y me levanté de un salto para lavarme la cara. Vinieron a mi mente las fábulas de Francisca y de los demás africanos sobre las piedras y los hombres. Me senté en un sillón de cuero, cerca de la ventana. El sol aún no había salido detrás del Ajusco pero estaba empezando a clarear. Un rato después busqué la libreta y revisé los apuntes. Los fui redondeando. Recién muy entrada la noche abrí un par de botellas y comencé esta grabación. Hablar me ha servido de mucho. Más

de lo que suponía. Grabar, borrar, volver a grabar, un, dos, tres, un, dos, tres... Ya no llevo la cuenta de los días... Este pequeño y fiel amiguito, que costó treinta dólares, me escucha sin interrupciones. Nada de quejas ni preguntas... ¿Verdad, amigo?... ¡Salud, amigo!... Te conté casi todo, así que no me falles, no vayas soltando mis secretos por ahí... ¿No? ¿De verdad? ¡Salud entonces!... El Vasquito sabe que estoy aquí. Alicia también. Les llamé un par de veces. Ella me trató con extrema frialdad. Creo que tengo definitivamente vedado el regreso... Mierda, una verdadera mierda... *Qui suis-je?*... *Qui es-tu?*... Un tipo que va a doscientos kilómetros por hora, derrapa, se estrella y pierde una, dos, diez, veinte posiciones... ¿Volver a correr?... El Vasquito, en cambio, se portó como siempre. En la primera llamada, luego de algunos reproches, se apuró en decirme que el asunto con su paciente estaba concluido. La mujer había decidido postergar la venta de la casa. No le di importancia. Aunque la última vez que hablé con él tuve la impresión de que estaban juntos, quizás uno arriba del otro. ¿Conocía de antemano lo que me esperaba en el Congo? No lo sé. Supongo que no. En este tiempo he pensado mucho en África. Llegan a mí todas las voces. Especialmente la de Laura... Laura: quiero que comprendas. No puedo ir con vos ahora. Si lo hiciera no sería más que tu perro faldero. ¿Lo comprendés? Diez o veinte años atrás no hubiera tenido dudas. Pero ahora es diferente. Así que tenés que esperarme hasta que me sienta completamente tranquilo... Tal vez no tenga más problemas. Tal vez, de cualquier manera que sucedan las cosas y cualquiera fuese el modo en que ocurran, de aquí en adelante no habrá más problemas para mí. De todos modos no me aventuraría con vos en aquellos parajes si...»

–Ay, cabrón... Ya la chingaste –dice el suboficial Vargas, de pie, a un lado del escritorio. Luego de apagar el grabador repasa a la velocidad de un relámpago lo que acaba de oír. Tiene deseos de volver a escuchar algún que otro pasaje. En especial los que refieren al valor de las piedras. Pero no se decide. Tal vez más tarde, en otro lugar. Quizás en Oaxtepec. Conoce un buen parador allí. Ha estado con Gloria Luz, todo un domingo de feria. Sus ojos, un poco inflamados por el insomnio, brillan de pronto. ¿Qué dirá la chichona cuando le llegue bien billetudo? No se lo va a creer, piensa. En lugar de prender el grabador va hacia el armario. Saca una botella cuadrada de mezcal. Bebe un buen trago.

Mientras bebe piensa en la voz del argentino. Piquito de oro el de los argentinos. Recuerda haber oído una expresión semejante en el relato. Lágrimas de oro. Sí. Eso era. De oro. De puro oro como los centenarios. La asociación de ideas, meramente fortuita en sus hábitos, lo conduce al maletín que descansa

en el suelo. Deja la botella, se inclina y lo abre sin dificultad. Levanta el saquito de pana y vuelca unos brillantitos sobre su palma. Siente una intensa emoción. Comparable, quizás, a la que tuvo en su auto cuando las vio por vez primera. Ahora sonríe. En el auto, en cambio, estuvo a punto de llorar. ¿Por qué no? Hubiera chillado. Claro que lo podía avistar alguno de la patrulla que llevaba a los detenidos, concluir que se había vuelto flojito y después, como si nada, contárselo al güero Pascual. Encima de indio, puto, lo hubiera chingado el cabrón. Como la vez que lo sorprendió abrazado a un amigo de la infancia. Los dos, él y su carnalito mixteco, andaban de peda y enfiestados. Pero el güero estuvo más de dos semanas restregándose en la cara.

En el saco, a simple vista, hay más de veinte piedritas. Vargas, por las dudas, guarda el saquito en un cajón del escritorio. Luego cierra el maletín y endereza el cuerpo. Tiene las piernas entumecidas. Consulta el reloj. Diez para las seis. La noche comienza a borrarse. Cree tener el panorama completo. Evoca la escena en la cantina de la avenida Revolución. Vargas suele ir a esa cantina para escaparle a las horas de guardia. Allí, si se para la oreja, se pueden oír buenas historias. Y a él le gusta escuchar más que leer. Mil veces. Además no se malgasta la vista. Escuchar callado, metido para dentro, como ausente. Aunque ahora no es niño ni escucha a su padre. En cambio las guardias, cuatro veces al mes, lo aburren de un modo tremendo. Las mismas caras, los mismos gestos, la misma fauna de siempre. Ya estuvo bueno ese pedo. Lo único que falta aparecer en la delegación es un chango. Uno de esos changuitos como los que hay en el Congo. Bono-bó, pinche nombrecito que tienen. Desde luego que en las otras delegaciones es diferente. Caen, no siempre pero caen, algunos que otros pirruris. Pero a él, y hace tiempo que lo pidió, no le dan el traslado ni el ascenso. Es que necesitas practicar la lectura, le reprocha el güero Pascual. Ay, no me mames, cabrón. Qué lectura ni qué chingaderas si a partir de unas horas, no más, todo va a cambiar. Todo. Hasta el modo de vestirme. Vargas, para salir de la delegación, se calza un saquito ajustado y una vieja corbata con pintitas doradas. Así vestido no es más ni menos que nadie. Ni siquiera se ve como un policía.

Por esta razón, tal vez, no lo advirtieron los argentinos que estaban esa noche en la cantina de Revolución. Dos conversaban en voz baja, en una mesa a su lado, cuando un tercero, escoltado por un negro, irrumpió a gritos. Los vio golpearse y caer en un movimiento redondo. Ahora, después de haber oído la grabación, Vargas comprende por qué, mientras el que había entrado, armado y a la carrera, rodaba por el suelo con uno de los que estaba conversando, el tercero en discordia gateaba en torno a la mesa, mirando los rincones como si hubiera perdido un dedo o un ojo. Tiene la neta. Uno de los que estaban sentados a la mesa era Miguel, el Piquito de Oro. El otro, el representante de ese

Aguilera. Uno vendía. El otro compraba. Ni ojos ni dedos. Diamantes. ¿Y el abusado? ¿El que entró corriendo? Ése es el Tony. Seguro. El muy cabrón sobrevivió en África, viajó hasta la ciudad de México con un guarura persiguiendo a Piquito y cuando tuvo el dato certero fue a la cantina de Revolución a cobrarse sus deudas. Ya está.

Tres argentinos en el lazo. Sin pasaportes. De un solo jalón. Ni que fuera la migra, piensa Vargas mientras sonrío. Lo invade una alegría secreta. Se felicita por haberles caído encima, por haberlos detenido y, luego de recoger el saquito de pana y una llave del suelo, por haber ido a registrar la habitación del hotel donde paraba Piquito. En un primer momento creyó que era un asunto de drogas. Tenía toda la pinta. En la habitación del hotel había echado un buen ojo arriba, dentro y debajo de los muebles. Sobre la alfombra, a un lado de la cama, había un maletín, una libreta de apuntes, un grabador y una cajetilla de cigarros. Quizá debió revisar la cama. La cama y el interior de las almohadas. Estuvo pendejo. Bueno, quizá no. ¿Quién puede dejar unos diamantes arriba de la cama?

Vargas vuelve a consultar el reloj. Falta una hora y media para que llegue su reemplazo. Es tarde para volver al hotel. También para ir a ese antro de la avenida Revolución. A esa hora, está cerrado. Además, con el suelo limpito. Le consta. Los meseros más de una vez comenzaban a fregarlo con él y otros viejos ahí dentro. Menos mal que en el hotel embolsó el grabador, los cigarros, la billetera y el tubo con la pasta de dientes. Se entusiasma. Meses atrás había atrapado a una colombiana que traficaba heroína en esos tubitos. No estaba mal la chaparrita. Tampoco había sido tacaña. Vargas levanta la bolsa de plástico que está sobre su escritorio. Revisa la billetera y los cigarros. Los deshace uno por uno. Luego va hacia el baño. Del bolsillo de su pantalón saca un pañuelo sucio que tiende sobre la piletta. Vacía el tubo encima. Hurga la pasta con sus dedos. No encuentra nada.

Levanta la vista. Se mira en el espejo. No le gusta lo que ve. Con la camisa embutida desordenadamente dentro del pantalón y la corbata floja y arrugada, el espejo le devuelve la imagen de un pinche indio achilangado. Viene a su mente el sueño que tuvo la noche anterior. Era tan justo, tan perfecto. Vargas estaba en el centro de una tarima que él mismo levantó en la plaza de su pueblo. En la sierra Mixe, en Oaxaca. Recién termina de pronunciar un discurso. La gente del pueblo, que colma la plaza, aplaude. Ríe y aplaude. Lleva puestos una guayabera, botas brillantes y un sombrero de paja. Se siente importante. Poderoso. Entre el público distingue las caras de su padre y de sus hermanos. Por fin han abandonado el rancho que tienen en medio de la milpa. Allí están. Los cinco. Vestidos de blanco de la cabeza a los pies. Sólo les puede dar miedo morir en la cama. También distingue la cara grande y rojiza del güero Pascual.

¿Pascual? ¿Soñé con ese pinche culero?, se pregunta Vargas e interrumpe la mímica que hace frente al espejo. Entonces lanza un cross. Y otro. Da unos saltitos en puntas de pie. Uno, dos. Uno, dos, órale Chupín, órale que se cae, murmura. Ahora un gancho al hígado, ya, ya está campeón, grita y se abraza a sí mismo por unos instantes. Luego afloja los brazos, mete la camisa dentro del pantalón, se lava la cara y sale del baño para entrar a su oficina. Levanta el teléfono. Suena varias veces hasta que atiende Pascual. Le pregunta si mantuvo despiertos y en celdas separadas a los tres argentinos. Pascual ronca levemente al inspirar. El grito de Vargas retumba en la oficina. Pascual reacciona.

–Sí, jefe, así estuvieron –dice.

–Bueno, ahora una cacheada de las buenas.

Pascual entiende que debe examinarles todo el cuerpo, hasta las tripas, con los aparatos suecos que instalaron hace poco.

–¿A los cuatro?

Vargas vuelve a la escena del bar. El negro que había entrado junto a Tony se había escapado en pleno alboroto. Lo había visto cruzar Revolución hacia el sur.

–¿Quién es el cuarto? Los argentinos son tres.

–El otro es un dominicano chingón –dice Pascual, hace una pausa y agrega: se llama Freddy Ginebra, acá tengo sus datos.

Vargas revisa la lista de nombres que ha escrito en la hoja. No hay ningún Freddy, tampoco dominicano.

–¿Cómo llegó ese Freddy aquí?

–En el patrullero que vino de la cantina.

–Yo ordené subir solamente a los tres argentinos.

Pascual vacila.

–Entonces fue un error de los muchachos.

–Pues ofrécele disculpas y que se largue ahoritita mismo –dice Vargas.

Luego cuelga. Se queda pensativo. ¿Y si me llevo sólo el saquito de pana? ¿Para qué los otros diamantes? Se rasca la cabeza. Un momento después vuelve a llamar a su asistente.

–Oye, Pascualito.

–Mándeme, jefe.

–¿Qué es lo que pasa en el campanario? Sonó toda la noche, pues.

–No sé, jefe, tal vez es el menso que vive allí. ¿Quiere que investigue?

–No. Mejor dedícate a los ches. Los revisas, les das una calentadita y luego me los despachas. De uno en uno. Sin esposas. Empieza con el que reporté con un arma.

–Yo no recibí ningún reporte suyo, jefe.

–Lo mandé con la patrulla.

–A mí nadie me entregó nada. Sólo me dijeron que usted no quería que les diéramos ingreso en la guardia. Eso, y que los mantengamos despiertos y en celdas distintas.

Vargas suspira.

–Pues mándame al que está vestido de traje.

Pascual vuelve a vacilar.

–Jefe...

–¿Qué pasa ahorita?

–¿Son todos drogonos?

–Aún no lo sé... ¡Y no me traigas tus nahuales, que se chahuistlean las milpas!

El reloj del campanario da las seis. Vargas ocupa la media hora siguiente preparando el maletín con los otros objetos que se quiere llevar de su oficina no bien termine su turno. Mientras prepara el maletín piensa en las otras gemas. Se ilusiona. Alguno de los dos las tiene. Piquito de Oro o el achichinle de ese Aguilera. ¿Y si no aparecen? Pues ni modo. Pero en algún lado las tienen. Con esas gemitas y con las que ya volvió a guardar en el maletín, adiós pinche Pascual, adiós servicio. Tiene deseos de gritar. Entreabre la boca, como para gritar algo, pero la cierra sin emitir sonido. Enciende el monitor que reproduce las imágenes del pasillo que comunica a su oficina con la de Pascual y con la puerta que da al vecindario.

A esas horas ya todos han salido de la delegación. En la puerta de calle no hay nadie. El policía que debía estar allí, firme, vigilando, de seguro que está echándose unos tacos en la esquina. Por el pasillo avanza el argentino de traje. Ve cómo Pascual le quita las esposas antes de golpear a su puerta. Vargas se alisa el pelo con las manos, desenfunda su pistola y la deposita a la vista, sobre el escritorio. Adelante, grita después. Había dejado la oficina sin llave minutos atrás. La puerta se abre. Cruza la mirada con Pascual. Éste niega con la cabeza antes de empujar al argentino para adentro. Quiere decir que ese cabrón está limpio. Que ni siquiera ha tragado pinoles. Pascual se va de la oficina silenciosamente con el cuello un poco estirado con la intención de escuchar.

Vargas contempla al argentino. Ve a un hombre corpulento, con un traje ordinario, el pelo encanecido en las sienes y una expresión sombría en la cara. Recién entonces se da cuenta de que las imágenes que conserva de los extranjeros son limitadas y difusas. Como si los hubiera visto debajo del agua. Titubea. Piensa que si hubiera llevado sus anteojos sería distinto. Hubiera distinguido perfectamente a los tres. Pero no los tenía consigo. Pascual dice que con los anteojos de aumento parece un chivato. Pinche Pascual. Siempre chingando. Vargas contempla al extranjero que permanece de pie, en el medio de su oficina. ¿Quién es? Tony o el pinche Miguel. Abre un estuche que está sobre el escritorio, saca unos anteojos y se los calza al instante. Lo mira a los

ojos. El hombre no parpadea. Vargas tiene un pálpito: es Tony. Lo sigue. ¿Por qué no lo habría de hacer con la Milagrosa trabajando de su lado?

–Vaya con el mentado Tony –dice.

El argentino se mantiene en silencio.

–Tú, pendejo, estás en problemas. Sé de tu hermana, de tus propiedades en África, de tus mañas y de tus socios. Sé que allá, en ese pueblito, eres un rey. Un potentado. Pero si yo te acuso de alborotar el orden público, no sales de México ni que te encomiendes a todos los santos. Ni que venga el negrote ese... –dice Vargas, echa un vistazo a los nombres de la hoja y continúa– comandante Muteba o como se llame, ¿está claro?

El argentino tiene moretones en las mejillas y uno grande en la frente. Dice que sí con la cabeza. Vargas continúa.

–¿No habrás traído de África algún diamantito? –le pregunta.

El argentino se encoge de hombros.

–No –dice.

–Señor oficial –dice Vargas.

–No, señor oficial –corrige el argentino.

Vargas hace volar de un manotazo el recipiente con lápices que está en un extremo del escritorio. Algunos alcanzan a rozar el cuerpo del argentino, que se inclina hacia atrás.

–¿No tienes ni uno encima? ¿Uno de los buenos?

–No, señor oficial.

–¿Lo juras?

–Sí, señor oficial, lo juro.

–¿Por quién juras, fayuquero pendejo?

–Por la Virgen.

Vargas se echa hacia atrás. Recuerda que Miguel, Piquito de Oro, había dicho no creer en esas cosas. Un agnóstico. Eso había dicho que era. Piensa que su pálpito es certero.

–¿Por la Virgen? ¿A poco eres creyente?

El argentino titubea. Levanta la vista.

–Sí.

–No te oigo.

–Sí, señor oficial.

–¿Por cuál Santa jurarías?

–Por la Guadalupe.

Vargas asiente. Luego se da vuelta para mirar la figura que tiene colgada en la pared de su oficina. No vio que el argentino mirase hacia allí. Entonces señala el grabador. El argentino hace un gesto de sorpresa que Vargas tampoco advierte.

–Di: la historia que les voy a contar no concluyó esa mañana, bla, bla, bla...

El argentino carraspea.

–La historia que les voy a contar no concluyó...

–Bla, bla, bla...

–Bla, bla, bla... –dice el argentino rápido y en voz baja, casi en susurros.

Vargas toma la pistola y lo apunta.

–¿Quieres morir en tu mentira, pendejo?

El argentino niega con la cabeza. Vargas baja la pistola.

–Muéstrame tus zapatos.

El argentino levanta un pie. Calza sandalias, no zapatos. Vargas se inclina hacia atrás. Ha amanecido casi del todo. No hay mucho más tiempo. Tiene que acabar el asunto antes de que llegue el relevo.

–El arma y el dinero que tenías encima quedan confiscados. Pero si la próxima vez te encuentro a ti o a ese negro haciendo pendejadas en mi distrito, los meto a los dos de chanclas en la cárcel. ¿Está claro?

El argentino consiente.

–Anda, vete, que tengo prisa –le ordena Vargas.

El argentino se pone de pie, encara la puerta vacilante y sale de la oficina. Vargas lo observa alejarse por la pantalla del monitor. Su expresión es de alerta. Lo ve estrechar la mano de Pascual antes de perderse por el lado en sombra de la calle, con un aire misterioso. Modosito el argentino, conjetura. Luego llama a Pascual.

–Oye, cabrón, ¿estamos haciendo justicia o relaciones públicas?

–Justicia, mi jefe.

–Bueno, entonces qué tanto saludos, ve y tráeme al canosito. Deja al más chavo para el último.

Vargas traza rápido un plan. Necesita descansar. De la delegación irá directo al aeropuerto. Piensa salir por la puerta de atrás. La misma que usó al entrar esa noche. En el aeropuerto tiene un amigo. Un joyero abusado. Más tarde, después de una pestañita en compañía de la chichona, verá qué hacer con la lana. De movida, comprar un carrazo. Quizá gringo. ¿Pa' qué un carro chingón? Pues para irme derecho a Oaxaca. ¡Para presumir, compadre! A poco no. Pues sí. ¿A ver tú, Alacrán, que me querías ver hincado en la milpa? Aquí me tienes, güey. Mira en qué ando montado. ¡Míralo, cabrón! ¿Qué una vueltecita? No mames, güey. Si no me pones no me quites. Aquí suben solito mi padre y mis hermanos. El Arnaldo, Félix, Ismael y el pendejo del Chapo. Tú no. Claro que también llevaría a mi madre pa' donde quiera porque ella sabe, desde mucho antes que abandonara la Tierra, que seguiría sus buenos consejos. ¡Tú, Chupín, hijito, tienes que hacerte de una carrera en el DF! Órale, vete, que eres demasiado listo para quedarte aquí. Que aquí no crece nada de

nada, salvo la furia, decía. Me metí en la poli, mamacita. Unos años de estudios y luego luego el uniforme. No está mal, ¿no?, pues no, ¿verdad? Se quita los anteojos. Luego se levanta para empinar la botella de mezcal. Cuando Pascual empuja al otro argentino dentro de la oficina se siente animado. Vargas le ordena que permanezca de pie, enfrente de su escritorio. El argentino tiene un mechón de pelo quemado por el sol, sucio y despeinado. Amaga decir algo pero el suboficial lleva un índice a los labios.

–Tú, chitón. Aquí se platica sólo cuando yo lo permito –le dice, toma la pistola, se para a su lado y continúa–: porque a ti bien que te conozco... ¡Qué piquito el tuyo, cabrón!... Lo que voy a contar no concluyó esa mañana. Aunque esas imágenes me persiguen... ¡Qué historia! ¿Así que tú y ese Vasquito eran alzados? ¡Mucho güevo esa Laura!... Ahorita –dice el suboficial cambiando bruscamente el tono–, si no quieres terminar tus días en el bote entrégame esos pinches diamantes o dime rápido dónde chingados están. Órale... Órale, güey.

–No sé de qué habla.

–No me digas –dice Vargas.

–No sé –dice el argentino.

Vargas le apoya el cañón del arma en la sien.

–Yo sí que te mato, pendejo. No provoques mi costado más salvaje. Sé muy bien quién eres y qué haces. Dame lo que estabas vendiendo en esa pinche cantina.

El argentino comienza a llorar. Vargas le golpea la cara con la culata.

–Dímelo, que por tu culpa me las pasé cabrón. Allí está tu grabadorcito.

El argentino mira hacia el escritorio. Menea la cabeza. Sangra por la boca y la sangre le corre por la pera. Habla como si estuviera masticando algo caliente.

–Por favor, no me mate. Mi nombre es Antonio Orduna. Me dicen Tony. Usted, tal vez, cree que soy Miguel. Pero a ese hijo de puta lo largaron hace un rato de aquí...

Vargas le hunde la pistola en la cara. Se siente estafado. Tiene deseos de matarlo ahí mismo pero vacila al pensar que la noche, hasta ahora, resultó de toda madre. Y todavía le falta interrogar al achichinle de Aguilera. Cuando el reloj del campanario da las siete camina hacia el escritorio. Sopesa el maletín. Tony lo mira extrañado.

–Disculpe –dice–, pero tengo muchas cosas que contarle sobre ese hijo de puta. Me pasaría horas hablándole de Miguel. Si quiere las grabo. Yo lo ayudé, le di un trabajo, toda mi confianza, y me robó, me estafó a mí y a...

–¡Ya cállate!

El argentino lo pone nervioso. Vargas abre el maletín, mete los dedos en el saquito de pana y saca seis o siete brillantes. Se los muestra al argentino.

–¿Cuánto crees que valen?

Tony se inclina hacia delante. Los observa detenidamente. Niega con la cabeza.

–Nada. Son sintéticos. Ésos no valen nada. Tal vez diez dólares –dice.

–No puede ser.

–Sí, créame.

Vargas se pone de un rojo subido. Toma la pistola y lo golpea de nuevo. Esta vez en el pecho.

–¡Cállate!... ¡Maricón!

Tony se arquea.

–Disculpe –dice.

–¡Qué disculpe ni qué vergas! ¡Bájate los pantalones! Quiero ver tus piernas. En una debes tener un balazo.

Tony asiente con la cabeza. Pero al tiempo que comienza a bajarse los pantalones, Pascual abre la puerta. Observa la escena con ojitos burlones, como si estuviera a punto de hacer un chiste y aguardara el momento de festejarlo. Vargas conoce sus chistes. Los odia. Un odio jarocho, diría su hermano.

–¿Quién crees que eres para entrar así a mi despacho? ¿Dónde está el otro che?

Pascual encoge un hombro.

–Es que acaba de presentarse un tal Aguilera con dos licenciados reclamando por usted y por el argentino que todavía tengo en la celda.

El suboficial Vargas retrocede. Se desmorona en el sillón. Mientras retuerce las manos mira a Pascual con una expresión furiosa, interrogante y triste. Al fin y al cabo, como su vida. Como la de todos ellos, quizá.

Edición en formato digital: abril de 2012

© Eduardo Sguiglia, 2010
© Ediciones Siruela, S. A., 2012
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-868-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Ojos negros	4
Cita	6
Créditos	117